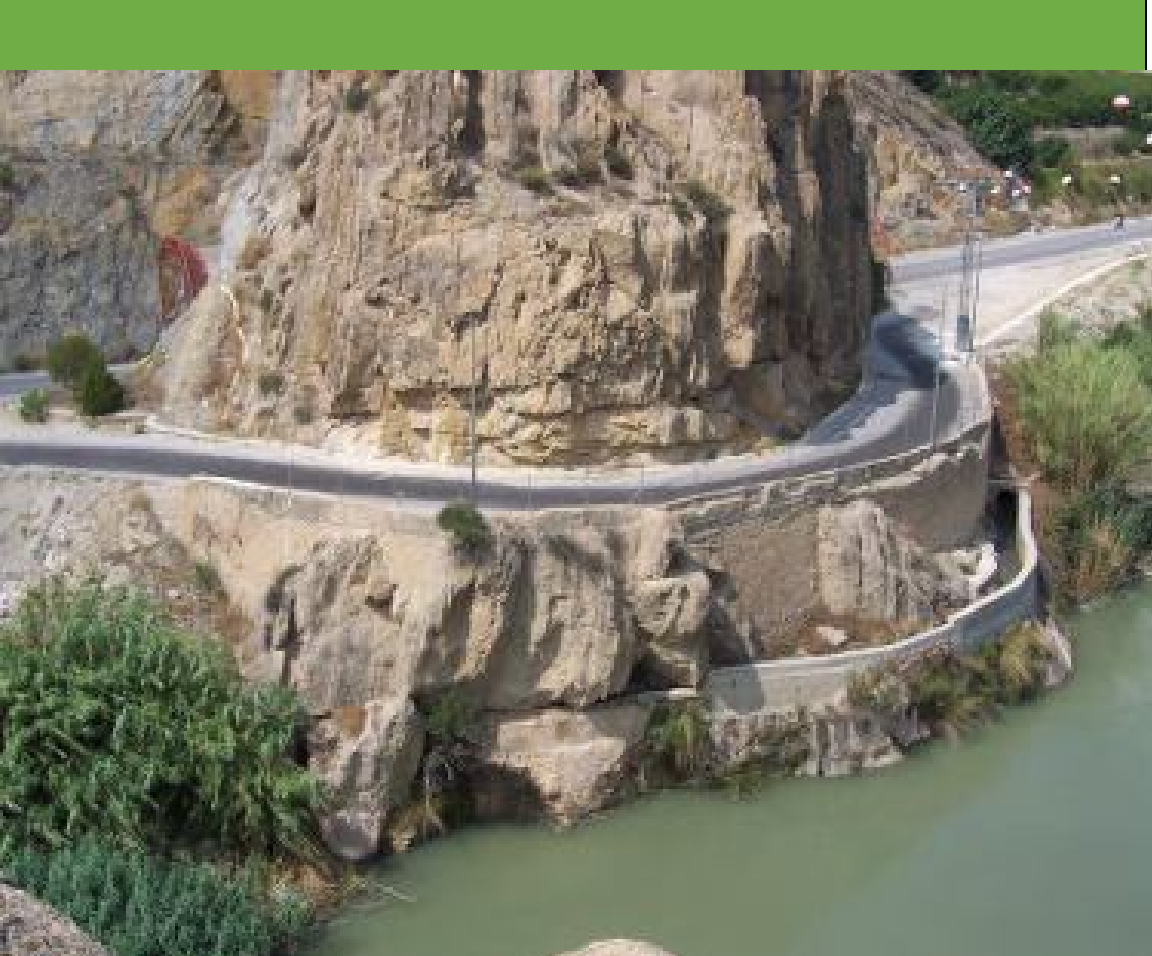
Cambiando Blanca por Ricote alrededor del año 1900

Ángel Ríos Martínez – Govert Westerveld



Cambiando Blanca por Ricote alrededor del año 1900



Ángel Ríos Martínez
Govert Westerveld

Cambiando Blanca por Ricote alrededor del año 1900



Ángel Ríos Martínez
Govert Westerveld

Copyrighted.com
Registered & protected

MwSVTPxMTPGKeQ4S
February 14, 2021 at 3:59 PM

Cambiando Blanca por Ricote alrededor del año 1900

© Ángel Ríos Martínez (Cronista Oficial de Blanca)
Govert Westerveld (Hispanista Emérito -Instituto Cervantes)
Academia de Estudios Humanísticos de Blanca (Murcia) Spain

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en ninguna forma o por cualquier medio, o guardada en base de datos o sistema de almacenaje, en castellano o cualquier otro lenguaje, sin permiso previo por escrito de Govert Westerveld, excepto en el caso de cortas menciones en artículos de críticos o de media.

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or distributed in any form or by any means, or stored in a database or retrieval system, in Spanish or any other language, without the prior written consent of Govert Westerveld, except in the case of brief quotations embodied in critical articles or reviews.

ISBN: 978-1-716-55470-4 (Hardcover – Lulu Editors)
Ebook: sin ISBN

© Ángel Ríos Martínez, Govert Westerveld,
Febrero 2021
30540 Blanca (Murcia) Spain

Foto portada: Jesús Joaquín López Moreno

Dedicatoria

A los amantes del Valle de Ricote

Prólogo

Rafael López de Haro fue notario de Blanca desde el año 1902 hasta 1905. De hecho, en 1902 fue el notario más joven de España. Luego de este tiempo, vivió en otras ciudades como Valdepeñas (Pontevedra), Zaragoza, Barcelona y finalmente Madrid, pero nunca pudo olvidar los años que estuvo en Blanca, un lugar paradisíaco.

Escribió muchísimas obras durante toda su vida. Gracias a su obra *Rosario* nos enteramos acerca de cómo era la vida diaria de Blanca. Así, en dicha obra podemos ver que para trasladarse desde la estación de tren a Blanca solo había un carrillo de dos ruedas (de los que allí llaman "atartanados"), el cual era únicamente accesible por la delantera mediante un estribo adosado a la vara. El carrillo era propiedad de Paco “el Mudo”, a quien así llamaban porque no callaba nunca.

La caminata hacia el pueblo era una verdadera odisea. La carretera de tercer orden con baches profundos y un polvo ardiente continuaba sesgando la llanura ilimitada y desierta. Esto tiene bastante sentido, si tenemos en cuenta que hasta el año 1900 la carretera, en la mayoría de los países, desempeñó un papel poco importante dentro del intercambio general de alimentos y materias primas. En el territorio de Blanca había extensos espacios entre las pocas carreteras. Estos grandes espacios tenían el servicio de una red de caminos que estaban llamados a cubrir las necesidades locales. Tanto los malos caminos como los peores servicios mantuvieron a Blanca deficientemente comunicada, salvándose sólo el comercio mantenido por los arrieros blanqueños. Algunos habitantes en Blanca contaban con una tartana. La tartana era una especie de vagoneta cubierta con dos ruedas, la cual era arrastrada por un

caballo o mula y era el carruaje utilizado en toda la región de Murcia. Pero más de uno procuraba tener su propio caballo, tanto para los viajes a Murcia como para realizar otros viajes diarios de corta distancia. Tal era el caso de Rafael López de Haro. Viendo todos estos problemas de transportes, el pueblo se las arreglaba para ser autosuficiente, en la gran mayoría de los casos. Esta manera de autosuficiencia trajo como consecuencia que en Blanca todo el mundo trabajaba en algo para servir a la comunidad. Siempre faltaba algo, pero allí estaba el talento de cada uno para solucionar el problema.

La construcción de la línea ferroviaria supuso una gran ayuda al transporte. Además, gracias a esto también observamos que el pescado de la costa cantábrica podía llegar en fresco, espolvoreado con sal o rociado con limón. Esto implica que ya en estos territorios se usaba el limón, y Blanca solía vender sus limones con ayuda de los arrieros. Sin embargo, ahora con esta red ferroviaria, desde 1864 la venta de limón podía cubrir gran parte del país. Esta vez la novela de López de Haro no trata sobre Blanca, sino sobre Ricote. O sea, mientras el notario prestaba su servicio a la gente de Ricote, también tuvo tiempo de conocer a fondo el pueblo y sus costumbres.

Pero no te diremos nada más. Ahora es el lector quien, con la novela “El salto de la novia”, puede dar a su imaginación la oportunidad de conocer la vida en el Valle de Ricote alrededor del año 1900.

Nuestros agradecimientos a cuantas personas han colaborado facilitándonos datos, fotografías..., ya que gracias a ellos tenemos en nuestras manos este sencillo trabajo.

Los autores

ÍNDICE

1 BLANCA EN LA LITERATURA 1
2 RAFAEL LÓPEZ DE HARO 4
2.1 Biografía 4
2.2 Azar y azahar de Blanca. 14
2.3 En la intimidad. 21
2.4 Motorfobia 26
2.5 Conversación 31
2.6 Escuela de cobardes 35
2.6.1 Observaciones de Heraldo de Madrid 38
2.6.2 Cartas enviadas 41
2.7 La fiesta 43
3 EL SALTO DE LA NOVIA 47
3.1 La hora de pensar 48
3.2 Herminia 62
3.3 Aparición 76
3.4 Fuego 89
3.5 Maestría 101
3.6 ¡Viva el amor! 112
3.7 El salto de la novia 125
3.8 El problema 141
3.9 La solución 154
4 NOVELISTAS JÓVENES 159

1 BLANCA EN LA LITERATURA

Azorín. El gran escritor de la generación del 98. José Martínez Ruiz, en la segunda parte de su libro “La Voluntad”, tiene dos capítulos que los titula, los dos, Blanca. Llega desde Madrid y se queda en Blanca. Cuenta que entra en una barbería y oye al barbero que hablaba, con todo entusiasmo de un tal Roque Barcia. Barcia. Sigue diciendo Azorín que él no conocía a más Roque Barcia que al autor de un Diccionario etimológico y que no se fiaba de un barbero que hablaba con entusiasmo del autor de un Diccionario etimológico. Leyendo yo después la obra de Ramón J. Sender “Mister Wight en el Cantón” aparece este personaje que Azorín desconocía. Roque Barcia había sido uno de los prometores más importantes del cantonalismo de Cartagena. Don Rafael López de Haro ha sido uno de los grandes novelistas de la Literatura española, en la primera mitad de este siglo. Tiene infinidad de obras donde refleja el ambiente de estos pueblos. Fue Notario de Blanca [entre 1902 a 1905]; dice él mismo “era yo entonces el notario más joven de España”. Debió ocupar la Notaría en los primeros años del siglo. Escribe Joaquin de Entrambasaguas, su biógrafo, “el ambiente paradisíaco de Blanca no lo olvidó nunca”. Yo recuerdo haber visto en el Cementerio, en la parte de arriba, mucho antes de la reforma actual, una tumba pequeña con una barandilla de hierro y una lápida de mármol blanco que decía, en sentido diagonal de la lápida, “Blanca López de Haro y Puga”. Fue una hija que se le murió al novelista aquí. Supongo que ha desaparecido la tumba porque ya no he vuelto a verla, aunque la he buscado. En una de sus novelas “Doña Rosario”, el nombre de este pueblo es Almoraña y el protagonista es el ingeniero que dirigió las obras de la central eléctrica. **No sé si Azorín y López de Haro tienen alguna calle dedicada. Sugiero, si no la tienen, ese homenaje a estos grandes escritores[1].**

---

[1] **MARTINEZ BRU, Santiago** (1994). Pregón de fiestas. En: libro de fiestas de Blanca. p. 15



Fotos: Ángel Ríos Martínez





Fotos: Ángel Ríos Martínez



2 RAFAEL LÓPEZ DE HARO

2.1 Biografía

Rafael López de Haro (San Clemente, 5 de julio de 1876-Madrid, 21 de marzo de 1967) fue un escritor, narrador, dramaturgo, periodista y guionista cinematográfico español

Biografía
Rafael López de Haro y Moya nació el 5 de julio de 1876 en la localidad conquense de San Clemente. Pasó en su niñez grandes penurias económicas como noveno y último vástago de una familia numerosa y asediada por problemas económicos a causa de que el padre, un juez de muchos años, padecía un gran quebranto de salud y falleció.
Vivieron en Asturias y Galicia y Rafael tuvo que estudiar el bachillerato en Cuenca a expensas de un hermano mayor abogado, a causa de cuyo fallecimiento tuvo que ponerse a trabajar como segundo escribiente en Obras Públicas con un sueldo de 5000 reales al año. Picado de vocación literaria y aislado de su familia, publicó pequeños trabajos en un semanario local y versos en la siempre abierta revista *Madrid Cómico*, cantera habitual de escritores noveles, pagándose la carrera de Derecho y examinándose por libre en la Universidad Central; concluida la carrera, logró unas oposiciones a notarías y fue destinado a una de tercera clase en Blancas (Murcia). En el notariado irá ganando diversas oposiciones que lo llevaron a otras de primera clase.
Tras un lapsus en Ciudad Real, donde dirigió el semanario literario *La Fiesta* (1895-1897), colaboró en el periódico *La Tribuna* y publicó su único libro poético, *Oretanas: Leyendas en verso* (Ciudad-Real: [s. n.] 1898).[1] Obtuvo una notaria de primera clase en Pontevedra, que ocupó cuando en Europa se dirimía la I Guerra Mundial, y entró en política de la mano de Antonio Maura.
Fue gobernador civil de varias provincias, la última Sevilla; después reingresó en notarías y desempeñó esa labor en

Zaragoza, Barcelona y, por fin, desde 1940 Madrid, donde se jubiló en 1951.
Durante la Guerra Civil publicó numerosos artículos de prensa apoyando a los sublevados, por ejemplo, en *La Vanguardia*, poco después de caer Barcelona, y estrenó una comedia contra los republicanos. Después escribió una maniquea trilogía de novelas sobre la contienda entre las cuales *Adán, Eva y yo* se señala por un fuerte antisemitismo.
Murió el 21 de marzo de 1967 en Madrid.[2]

Obras

Publicó 127 novelas, entre ellas 27 largas y unas cien cortas, veinte comedias, y algunos versos, ensayos y recopilaciones de artículos periodísticos. Muchas de sus novelas fueron traducidas al inglés, alemán, italiano etcétera y algunas alcanzaron tiradas de más de cien mil ejemplares (según sus editores; él creía que había que quitar un cero) o fueron adaptadas al cine. Quizá su novela más apreciada fuera *Adán, Eva y yo* (1939), subtitulada *novela en clave de la Guerra Civil de España*), que fue la más vendida, aunque él prefería considerar su obra maestra el *Alonso Quijano* de 1959, aunque tanto el crítico Melchor Fernández Almagro como el propio autor declararon no fue entendida en absoluto. En la actualidad se cree que su obra maestra y más representativa es *¡Muera el señorito! (Ni patria ni amor)* (Madrid: Renacimiento, 1916) por sus cuidados estilo y lenguaje, su durísimo retrato del caciquismo manchego y sus bien delimitados personajes y ambientes.
La trayectoria literaria propiamente dicha del autor empezó con *En un lugar de la Mancha*, 1906, obra que lo situó entre los escritores del naturalismo por su temática violenta, en particular entre los discípulos de Felipe Trigo, cultivadores de la novela erótica, que también cultivó él. Igualmente fueron muy leídas *La Venus miente* (cinco ediciones), *Dominadoras*, 1907; *Floración*, 1909, y *Poseída*, 1911. Entre estas fechas fueron apareciendo decenas de novelas cortas en las colecciones *El cuento semanal*, *La novela corta*, *Contemporáneos*, *La novela semanal* y *La novela de hoy*. Muchas de estas novelas están veteadas de inquietudes sociales y éticas.

Adán, Eva y yo, quizá la obra de más abierto antisemitismo en toda la literatura española del preguerra (todos los males del mundo se deben según esta novela a una conjura sionista), forma parte de una trilogía sobre la Guerra Civil formada también por *La herida en el corazón* y *Fuego en el bosque* y está narrada en primera persona por el ya fallecido personaje principal (especie de don Juan) a través de un médium, hasta es que es ejecutado por un Tribunal Popular.[3] Sus *Novelas escogidas* aparecieron en 1949.
En cuanto a sus colaboraciones periodísticas, de tema muy variado y aún sin recoger, fueron especialmente numerosas las del diario gráfico *Ahora* y las de la revista *Renovación Española*, órgano del partido derechista y monárquico del mismo nombre. El autor militó en las filas del partido de Antonio Maura, quien lo quiso llevar a la Academia pero falleció antes de conseguir su propósito, que tampoco el autor estaba demasiado animado para asumir. Entró en política en Pontevedra, indignado porque el asesino de un cacique no encontrara defensor; eso le hizo pedir el alta de la notaría; consiguió salvar al asesino, y se presentó en Pontevedra, siendo derrotado. Maura lo hizo gobernador civil de Segovia, Albacete y Sevilla, y después volvió a la carrera de notarías, consiguiendo la plaza de Barcelona.
Del Tajo en la ribera, n.º 149 de El Cuento Semanal (5 de noviembre de 1909). Portada de Agustín.
En cuanto a su concepto de novela, dijo al crítico Julio Cejador:

> *Yo no soy sistemático. Cada novela mía no parece hermana de las otras. Hasta de estilo cambio. El asunto me domina y me hace esclavo, y escribir de un modo que suele ser, no ya diferente, sino contrario a mi modo anterior*

Definió la novela, con su particular agudeza, de esta manera: "Debe ser la historia de lo que no ha sucedido, así como la historia debe ser la novela de lo que ha ocurrido". Dividió su producción narrativa en tres grupos: "Novelas de la vida", "novelas de la carne" y "novelas de las almas", aunque no siempre es fácil trazar fronteras, pues él mismo apreció que algunas de ellas fueron escritas *pane lucrando*, esto es, con "concesiones al bolsillo", porque "se escribe para ganar dinero". Por ello el erotismo que hay en parte de sus novelas obedeció a

meras razones de cálculo comercial. Sus novelas extensas fueron:

- **Novelas de la vida**: *En un lugar de La Mancha*, *Dominadoras*, *Impiedad*, *Batalla de odios*, *La novela del honor*, *Poseída*, *El país de los medianos*, *¡Muera el señorito!*, *Los nietos de los celtas* (adaptada al cine), *El más grande amor*, *Un hombre solo*, *¿Y después?*, *Por el amor se va* y *Eva libertaria*.
- **Novelas de la carne**: *El salto de la novia*, *Floración*, *Entre todas las mujeres*, *La imposible*, *Las sensaciones de Julia*, *La venus miente*, *Fuego en las entrañas*, *Yo he sido casada*.
- **Novelas de las almas**: *Sirena* (muy traducida y de gran éxito en su versión alemana), *Ante el Cristo de Limpias*, *Un hombre visto por dentro*, *Adán, Eva y yo*, *Interior iluminado* y *Entredós*.

Su estilo se resiente de algunos vocablos cultistas y cierta pedrería metafórica modernista y decadente. De su teatro se recuerdan piezas como *Ser o no ser*, *Entre desconocidos* (estrenada por María Guerrero en América y por Rosario Pino en España), *Una puerta cerrada*, *Una conquista difícil* y *Una ventana al interior*; también compuso piezas en colaboración con Emilio Gómez de Miguel y Pedro Muñoz Seca y una pieza de teatro de guerra durante la contienda civil, bajo el punto de vista de los sublevados, *El compañero Pérez*, de sesgo cómico y que, según Julio Rodríguez Puértolas, "no ahorra procedimiento alguno para ridiculizar al enemigo intentando conectar con el costumbrismo de sainete de tiempos anteriores".[4] Se acercó al cine realizando un par de guiones cinematográficos, entre ellos el de la primera película de ficción gallega, *Miss Ledyia*, dirigida en 1916 por José Gil Gil. Un equipo internacional formado por el director alemán Adolf Trotz, un director de fotografía danés y un montador ruso adaptó su novela galaica *Los nietos de los celtas* con el título de *Alalá* (1933). No Entre sus ensayos destaca *Su majestad, el individuo*

Novelas

- *Corresponsal de guerra*, Madrid: La Novela Corta, 1917 y Santiago: [s.n.], 1919.
- *Batalla de odios: novela*. Madrid, [19--?]
- *Ante el Cristo de Limpias, novela*. Madrid, Biblioteca nueva [1921] y Madrid, [1923].
- *Los nietos de los celtas*. Madrid, Renacimiento, 1917.
- *La monja de cera: novela*. Madrid: Prensa Gráfica, 1921.
- *El país de los medianos: novela*, Madrid: Renacimiento, 1913.
- *El salto de la novia: novela*, Barcelona: Ramón Sopena, [192-?]
- *El triunfo de la sangre: novela inédita*. Madrid: [Imp. de La Novela Corta], 1917 y *El triunfo de la Sangre. Novelas*, Madrid, [1923]
- *Pedazos de belleza: novela*, Madrid Los Contemporáneos, 1917.
- *Las sensaciones de Julia: novela*. Barcelona: Sopena, [1915]
- *Pero el amor se va: novela*. Madrid : Biblioteca Nueva, [1922?]
- *Todos los amores; novela*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1923.
- *La Venus miente: novela*, Madrid: Biblioteca Nueva, [19--?]; 2.ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, [1923]; 3.ª Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, ¿1925?; 4.º, Madrid: Ed. Estampa, 1930. 5.ª MAdrid: Ed. Dólar, s. a.
- *Dominadoras: novela*. Madrid: Renacimiento, 1914.
- *Sirena: (novela)*. Madrid: Biblioteca Renacimiento, 1910 y Barcelona: Ramón Sopena, [1922].
- *La imposible, novela*. Madrid, Renacimiento [1912?]
- *¡Muera el señorito! (Ni patria ni amor), novela*. Madrid: Renacimiento, 1916 y Barcelona: Ramón Sopena, ¿1916?
- *Fuego en las entrañas, novela*. Madrid, Biblioteca Nueva, s. a.; 2.ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, [ca. 1930]
- *El más grande amor: novela* Madrid: V. H. Sanz Calleja, [1918?]
- *La vieja canción: novela*. Madrid: La Novela Corta, 1919 y Madrid: Prensa Moderna, 1928.
- *El pelele: novela*. Madrid: Prensa Moderna, 1928.

- *Un hombre visto por dentro: novela*. Madrid: Editorial Atlántida, [1924]
- *Interior iluminado*. Madrid: Ed. Febo, [1945] (con prólogo de Gregorio Marañón) y [Madrid], [Aguilar], [1951].
- *Entre todas las mujeres, novela*. Madrid, Biblioteca Nueva [192-?]
- *Flores del Dancing: novela*. Madrid: Prensa Gráfica, 1924.
- *Ahora*, Madrid: Rollan [1952]
- *Poseída, novela*. Madrid: Biblioteca Renacimiento (V. Prieto y compañía editores, 1911.
- *Alonso Quijano*, novela. Madrid, Aguilar, 1959.
- *Adán, Eva y yo; novela*. Barcelona, Casa editorial Araluce, 1939 (novela en clave sobre la Guerra Civil).
- *La novela del honor*. Barcelona, Ramón Sopena,
- *Yo he sido casada*: Madrid, Editorial Estampa, 1930; ed. Betis, 1941; Madrid: General de Ediciones, s. a.
- *Un hombre solo, novela*. Madrid, Editorial Pueyo, 1920.
- *Entredós; novela*. Madrid, Aguilar, 1955.
- *Floración: (del amor y del pudor)* Barcelona : R. Sopena, [1909] y Barcelona: Ramón Sopena, [1916], 2.ª ed.
- *Piropo*. Madrid, Cid, [19--?]
- *Uno de tantos: novela* [Madrid] : Los Contemporáneos, 1921.
- *¿Y después? Historia de un imaginativo erótico y sentimental*. Madrid : Biblioteca Nueva, [1921?]
- *El secreto de Hortensia: novela* Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- *La novela de un viaje* [Madrid]: Los Contemporáneos, 1918.
- *La zarabanda de las pasiones; drama de almas*. Madrid, J. Pueyo, [1918].
- *Los ojos verdes de Otilia: novela* Madrid: La Novela de Hoy núm. 38 /Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- *Se ignora cual de las dos: novela* Madrid: Novela Mundial, [1926]

- *En un cuerpo de mujer: novela inedita* Madrid, 1918 y *En un cuerpo de mujer, novelas*. Madrid, V. H. de Sanz Calleja [1922]
- *...En un lugar de la Mancha; novela*. Madrid, Pueyo [1906]
- *Demasiado hermosa* Madrid: Sucesores de Rivadeneira, 1924.
- *¿Dónde he visto yo esta cara?: novela*, Madrid: Novela Mundial, 1928.
- *¿Eres tú?: novela*, Madrid: Novela Mundial, [1926]
- *Amar y... morir: novela*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1925.
- *Coqueta: novela inédita*, Madrid: [Prensa Popular], 1918.
- *Doble crimen: novela*, Madrid: La Novela de Hoy núm. 79 / Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- *Joaquinito: novela*, Madrid: Novela Mundial, 1928.
- *Cara a cara: novela*, Madrid: Novela Mundial, 1927.
- *Interior obscuro: novela*, Madrid: Prensa Moderna, [1928]
- *El hombre que se vio en el espejo*, Madrid Editores Reunidos 1936.
- *La duquesa ofidia: novela*, Madrid: Prensa Gráfica, 1922.
- *La suprema ley: novela*, Madrid: Prensa Gráfica / La Novela Semanal, 1922.
- *Nadie lo vio: novela*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1924.
- *¿Quién manda?: novela*, [Madrid]: Los Contemporáneos, 1919.
- *Olivia, la genial: novela*, Madrid: Atlántida / Imp. Artística de Sáez Hermanos, 1925.
- *Un carácter: novela*, [Madrid]: Los Contemporáneos, 1920.
- *No es un cuento: novela*, [Madrid]: Los Contemporáneos, 1920.
- *Eva libertaria; novela*. Madrid, Estampa, 1933.
- *El hombre del sombrero gris: novela,* Madrid: La Novela Mundial, 1927.
- *Deigénita*. Madrid, [Prensa Popular], 1917.
- *Eva en el hotel: novela*, Madrid: La Novela Mundial, 1927.

- *El día siguiente*. Madrid, Rollán [1953]
- *Mi amigo el viajero: novela*, Madrid: La Novela Mundial, 1927.
- *El principio primero*. Madrid, 1919.
- *Doña Rosario*, Madrid: [Prensa Popular, La Novela Corta], 1919.
- *Nera*. Madrid, La Novela Corta núm. 232, 1920.
- *El prodigio de un amor; Doña Rosario*, Madrid: [s.n., 1941]
- *Espejo de paraísos: novela*, Madrid Los Contemporáneos 1916.
- *La hija del mar: Novela*, Madrid: V. H. Sanz Calleja [s.a.] y en *La Hija del Mar. Novelas*. Madrid, [1923]
- *Fuego en el bosque*, Madrid: Ediciones Españolas, [1939]
- *La mirada del ciego: novela*, Madrid: Los Contemporáneos, 1916.
- *La inmolada: novela*, Madrid: Los Contemporáneos, 1917.
- *Espejo de paraísos*, Madrid, 1916
- *El amor de Doria*, Madrid El Libro Popular 1913.
- *La cueva de las ideas* Madrid, Los Contemporáneos, 1916.
- *En el misterio de la noche: novela* Madrid: Imp. Artística de Sáez Hermanos, 1926.
- *El amor, la codicia y la muerte* Madrid: El Libro Popular, 1914.
- *El traidor*, Madrid: Atlántida, 1931.
- *Vulgaridad*, Madrid: El Cuento Semanal, 1909.
- *Coincidencia extraña: novela*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1922.
- *Del Tajo en la ribera. Novela*., Madrid, El Cuento Semanal, 1909.
- *Eleonora*, El Cuento Galante núm. 9, 1913.
- *La mujer de los dos*. Madrid, El Libro Popular, 1914.
- *Nora la intrépida*. Madrid: Los Contemporáneos, núm. 355, 1915
- *Las sensaciones de Julia*, Madrid:, Ed. Renacimiento, Madrid 1915.
- *Coqueta*, Madrid: La Novela Corta, 1918.

- *El más grande amor. (Novela)*, Madrid: Renacimiento, 1918.
- *El prodigio de un amor*. Nadrid: La Novela de Hoy núm. 89, 1924.
- *Fútbol... Jazz-Band*. Madrid: La Novela de Hoy núm. 127, 1924.
- *En el misterio de la noche*. Madrid: La Novela de Hoy núm. 203, 1926.
- *La novela de noche. Demasiado hermosa*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1924.
- *El fugitivo*. Madrid: La Novela de Hoy, 1930.
- *¿Cómo era Susana?*, Madrid: La Novela de Hoy núm. 453, 16 de enero de 1931.
- *El Día siguiente*, Madrid: Edit. Rollán, 1953.
- *Batalla de odios. Novela*. Madrid: Sanz Calleja, (192...)
- *La imposible. Del Tajo en la ribera*. Madrid: V. H. Sanz Calleja, s. a.
- *Ojos claros*, Sevilla: Betis, s. a.
- *Yo maté a Juan León: novela*
- *Los zurdos*
- *El enigma de la Gioconda*

Teatro

- *Ser o no ser. Una puerta cerrada. La novia de ayer. Comedias*. Madrid, Biblioteca Nueva [1926]
- *Ser o no ser: comedia en tres actos* Madrid : La Farsa, 1930.
- *Una puerta cerrada*
- *La novia de ayer*
- *Una conquista difícil: comedia en tres actos, en prosa original* Madrid: La Farsa, 1931 y MAdrid: La Escena, núm. 26, 1942.
- *Ella o el diablo: novela representable en un prólogo y tres actos* Madrid: La Farsa, 1930.
- *Entre desconocidos: comedia en tres actos*, Madrid: La Farsa, 1928 y Madrid: Rivadeneyra, 1928.
- *Sencillamente*
- *Un timbre que no suena*, publicada como novela (Madrid: La Novela Mundial, 1928) y más tarde: *Un*

timbre que no suena: comedia en tres actos, original [Madrid?], [1942?]

- *Una ventana al interior*
- *Voz del silencio*, Madrid: La Escena, 1943.
- Con Emilio Gómez de Miguel, *K-29: comedia en tres actos* Madrid: La Farsa, 1930.
- Con Pedro Muñoz Seca, *Poca cosa es un hombre, comedia en tres actos* Madrid: Tall. gráf. Piñera, [1926?]
- *El compañero Pérez.*

Otras obras

- *Oretanas: Leyendas en verso* Ciudad-Real: [s. n.], 1898.
- *Vencejos*. manuscrito
- *Endogamia y exogamia*, manuscrito.
- *Vendrán ellos*, manuscrito.
- *La casita rodante*, manuscrito.
- *Balance moral*, manuscrito.
- *Lobos y perros*, manuscrito.
- *¿Qué es el trabajo?*, manuscrito.
- *Sí, pero no*, manuscrito.
- *[María Fernanda Ladrón de Guevara. Su vida. Sus anécdotas. Su arte. Sus creaciones]]. [Barcelona, s. n., 1940]*
- *¡A la fuerza!: argumento de película, inédito* [Valencia]: La Novela con Regalo, 1916.
- Guion de *Miss Ledyia*, el primer filme de ficción gallego que se conoce dirigido en 1916 por José Gil y Gil.
- *El sentido de la ortografía*, manuscrito.
- *Nuevo régimen de la propiedad inmueble: Ley de bases*, Madrid: Reus, 1919.

2.2 Azar y azahar de Blanca.

Rafael López de Haro (1876-1967).

A pesar de que Miguel de Montaigne dejó una obra imperecedera y creó un género “presentándose a sí mismo como asunto y argumento de sus ensayos”, hay quien dice ahora que eso es de mal gusto. Yo voy a cometer tal pecado de inelegancia dejando correr mi pluma al impulso de un recuerdo y de una emoción. Voy a evocar tres años de mi vida en Blanca, un pueblo de la provincia de Murcia, a orillas del Segura claro y benéfico, a que sus afluentes continuos o eventuales acrecen de vez en vez, conviertiéndolo en enemigo catastrófico y desolador. Acababa yo de ganar mis primeras oposiciones, por las que merecí ser nombrado notario de Blanca, primer azar, pues, pude serlo de otro pueblo cualquiera. Era yo entonces, ¡ay! el notario más joven de España. Mi carrera literaria había empezado antes en “Madrid Cómico” y otras revistas. Quedó planteada la pugna que había de reñirse durante toda mi vida y que sigue en tablas: ni el escritor ha vencido al notario, ni el notario al escritor; ambos conviven en mí siempre a la greña. Implicaba renunciar a muchas ilusiones el desterrarme de Madrid a un pueblo lejano cosa que Emilio Carrere hubo de juzgar el más vil de los suicidios: pero yo todo lo hice muy temprano, tenía ya una mujer y un hijo de cuyo bienestar era responsable. Me fui a Blanca. Camino de la estación, me despedí apenado de la Cibeles. Yo no sabía de Blanca sino que allí se crían naranjos y frutales: “agrio y frutales” se dice en los títulos de propiedad. En una frutería de la calle de peligros veía con frecuencia un marbete anunciando “peras de Blanca” sobe el montón fragante de una especie de pomas de forma alargada, amarillas con rubores de carmín. Imagínese mi estupor al dejar el tren y encontrarme en despoblado ante una planicie esteparia de barbechos y rastrojos, campo paupérrimo, secano y hostil, sin morada humana visible. Sólo el edificio rojo de la estación ínfima y sus muelles desproporcionados. Monté en el carro de Paco “el Mudo”, a quien así llamaban porque no callaba nunca, y emprendí la caminata hacia el pueblo, juzgándome víctima de una maniobra por parte de quienes me habían aconsejado pedir aquella Notaría en primer lugar. La carretera de tercer orden

con baches profundos y un polvo ardiente continuaba sesgando la llanura ilimitada y desierta. “¡Te has lucido Rafael.!” Pero de pronto, el terreno se quiebra en amplio hondón, descubriendo un paraíso. Allá abajo la vega, casi toda poblada de naranjos de un verde oscuro y jugoso: motean el panorama las casas de los huertanos; en el río, ancho y azul, se baña otro sol; el agua discurre lenta panda transparente; sobresalen del arbolado las palmeras, saludándose unas a otras en quieto minué antes de amarse, el aire por galeoto.



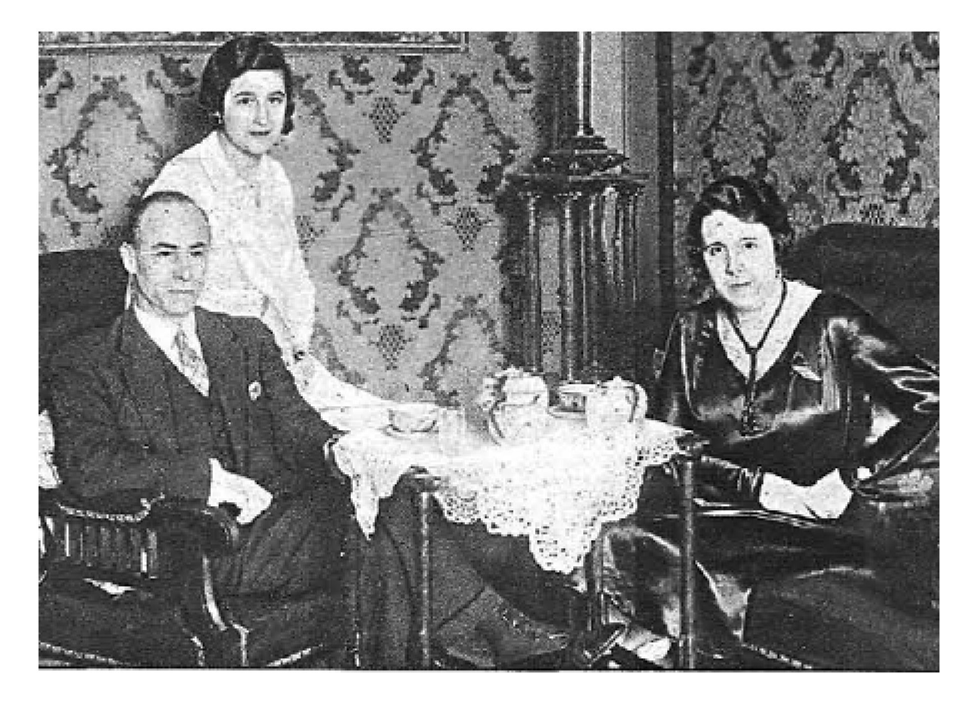
Pero de pronto, el terreno se quiebra en amplio hondón, descubriendo un paraíso. Allá abajo la vega, casi toda poblada de naranjos de un verde oscuro y jugoso: motean el panorama las casas de los huertanos; en el río, ancho y azul, se baña otro sol;

el agua discurre lenta panda transparente; sobresalen del arbolado las palmeras, saludándose unas a otras en quieto minué antes de amarse, el aire por galeoto.



El avenamiento de acequias y regatos de origen **moro**, galones de plata las galas de la huerta. las gigantescas ruedas de las ñoras que elevan el agua a los bancales más altos, giran preladas de gotas irisdicentes, fuegos artificiales en pleno día. No, no me habían engañado: aquello tan escondido era delicioso. La carretera desciende en zig zag. El ambiente reseco y acre del secano se purifica por momentos; ya huele a tierra mojada y a azahar. El pueblo es pequeño, limpio y acogedor. Al día siguiente soy amigo de sus moradores, quienes se cuidarán de que no falten en mi mesa ni las frutas ni las flores del tiempo. Yo me intereso ensequida en sus afanes y quehaceres. Me gusta ver todas las operaciones del embalaje para la exportación. Las naranjas, después de clasificadas y calibradas, envueltas en fino papel son colocadas en hileras y tamos en las

cajas, que carpinteros muy duchos cierran afiazándolas con tiras de cuero. El embalaje de las mandarinas en pequeños estuches, sólo capaces para veinticinco frutos era un primor: antes que en el de seda se las forraba de papel plateado que guardaría su fino y trascendente aroma para gozo de los ingleses, sus principales consumidores.



Rafale López de haro y esposa, 1930

Pero todavía resultaba más delicada labor preparar para su viaje al extranjero las ciruelas claudias, exquisitas, caramelo de la huerta, cuya tenue capa de polvillo que traían del árbol, llegaría inmaculada a la mesa de los magnates más exigentes. Nunca me pude explicar cómo se las componían las embaladoras para envolver aquellas golosinas sin tocarlas. Durante la floración de los naranjos se vestían de blanco las huertas, tendidos en el suelo lienzos en qué recoger los pétalos de azahar. Algunos huertanos habían conseguido tener naranjos en flor en todo tiempo; cómo convencían a los árboles de que siempre estábamos en abril era un secreto suyo. El azahar de millares de novias, de Blanca procedía. Las flores eran preparadas de tal

modo, que llegaban a cualquier parte- y no existían aeroplanos- como si las acabaran de cortar. ¡Que bien se vivía en Blanca.! Para ejercer mi profesión en “los pueblos del río” -Abarán progresivo; Ricote, donde los limones son más grandes y ricos en zumo; Ojos, junto a un gollizo par el que el Segura se precipita silbando; Ulea y Villanueva, cuyas bellas mujeres parecían **vestidas a la usanza mora** -me compré un caballo fuerte, nervioso y dócil, que sabía saltar un ramblizo, pasar despacio sobre un trémulo puente colgante y clavarse inmóvil en una barca guiada de ribera a ribera por el antiquísimo andarivel.



¡Que hermosas, qué alegres eran las mañanas de mil colores y aromas.! Los naranjos son árboles lujosos: o se adornan con las perlas de sus flor o lucen el tesoro de sus frutos dorados; algunas veces, ambas cosas a la vez. Los fustes de las palmeras suben como cohetes para abrirse en lo alto. Los melocotones de terciopelo hacen gemir la rama que los sustenta como a una madre. Todo es fecundo y generoso. ¡Qué bien si vivía en Blanca.! Uno de los pilares del puente, en tajamar estaba coronado por una especie de tribunas con bancos semicirculares. le llamaban a aquello “la pica del puente”. Allí, en las tardes serenas, que eran casi todas hacíamos tertulia las personas principales del lugar: el alcalde, el médico, el secretario, el notarios y los más importantes exportadores. Los

exportadores solían preguntarnos si queríamos algo de Londres, de París o de Hamburgo ciudades frecuentados por ellos. A la vuelta nos contaban cosas de sus viajes. Y no se hablaba de política. Que gobernasen unos u otros, ¿qué más daba.? Dos señores, don Rafael y don Jesús, turnaban en la alcaldía, de común acuerdo.



No se barruntaba entonces ninguna guerra. Se hablaba mucho del tiempo y se miraban al río con inquietud. Porque el primer azar de Blanca es el tiempo: una granizada en la época de las flores, una helada en invierno, malogran una cosecha. El otro azar de Blanca es su río. El río sufre estiajes pelogrosos. Pero

son mucho más terribles las riadas. Yo presencié alguna. Su aviso es la turbiedad del agua. Cuando el Segura crece con agua limpia, no hay nada que temer. Lo malo es cuando se ensucia hasta tomar el color del barro. En cosa de treinta minutos y aún menos la velocidad de la corriente se acelera y el nivel sube ensanchando el río, que va inundando las riberas. Empiezan a verse flotando en la turbulencia brozas ramas de árbol millares de naranjas, animales muertos y, por fin tablas, una mesa unas sillas...., y el nivel sube más, y la riada, al chocar con los pilares del puente, se rompe en espumas bermejas con aterrador estruendo. Por fortuna, mientras yo estuve allí, las riadas no causaron daños de importancia. Porque tales siniestros son infrecuentes. No pensando en ello, ¡qué bien se vivía en Blanca.! Pero yo había escogido esta carrera de notario porque en ella se puede ascender por oposición. Durante tres años dejé a un lado mi vocación de hombre de letras y estudié con ahinco el Derecho civil y la tremebunda ley Hipotecaria. Ascendí. Me dicen que si volviese al pueblo no lo conocería. El puente y su "pica" ya no existen, se los llevó una riada. En su lugar hay uno de hierro mucho más alto. Los caminos de herradura se han convertidos en carreteras que permiten visitar en automóvil los "pueblos del río". Mis sucesores no recorrerán a caballo la huerta perfumada; viajarán oliendo a gasolina. Han desaparecido el puente colgante y la barca. ¿Para qué volver? Prefiero la estampa que contempló ilusionada mi juventud. Por ella, cuando días pasados leí en los periódicos que en Blanca han sido catastróficas las inundaciones y que el huracán descuajó árboles corpulentos lanzándolos como arietes contra los muros de las casas, un agudo dolor ha punzado el recóndito seno de mi recuero y mi gratitud[2].

---

[2] **GARCIA TRIGUEROS, Luis** (1992). Escrito en un periódico madrileño de fecha 10.11.1948. Publicado en Libro de fiestas de Blanca, 1992. (Rafael López de Haro escribió preferentemente novelas; entre ellas: "El Salto de la novia".

2.3 En la intimidad.

Rafael López de Haro, en la Intimidad
Nos proponemos sorprender a este hombre de letras en su ambiente de Notario, y sin anunciarnos, como un cliente más que va a asuntos de justicia, esperamos en el antedespacho. En él trabajan tres oficiales de notaría y dos mecanógrafas. Como si realmente aguardásemos turno para *evacuar consulta jurídica* esperamos y observamos el ambiente. En el despacho, ya en pie, López de Haro habla a una señora, un sacerdote y un caballero. Termina la consulta. El Notario ha ido despidiendo cortésmente a sus clientes. Llega mi vez... Confieso entonces a López de Haro el objeto de mi visita y comienzo por pedirle que me hable de su carrera, del prosaico menester a que le encuentro entregado.



Rafael López de Haro y su esposa, 1928

-—¿De mi carrera? Admirable. Yo estoy enamorado de muchas cosas de la vida, *pero de mi carrera* sobre todo—y mira a su esposa, como si con aquella mirada desmintiese con los ojos lo que su boca dice—*:* Mi carrera—continúa—ha sido, sigue siendo,

mi novia más apasionada. Cuantas veces le pedí algo, ella me lo concedió. Mi carrera se enamoró de mí, y le debo mucha gratitud.
—Es curiosa la apreciación.
—Sí. En algunas épocas de mi vida la tuve un poco olvidada... Hice la primera oposición y gané la Notaría de **Blanca**, en Murcia. Después, volví a pedirle la Notaría, de segunda clase, de Valdepeñas, y la obtuve. Y la tercera vez, aquí me tiene usted en esta de primera clase, de Zaragoza. Dan unos golpecitos discretos a la puerta.
—Pasen, pasen—dice López de Haro a uno de sus auxiliares y a un señor que le sigue con unos pliegos en la mano.
Este entrega los papeles y dice algo que no entendemos. López de Haro hojea rápidamente los pliegos, y contesta:
—Ño puede ser. El protutor no puede, a la vez, hacer de tutor. Tienen que nombrar á otro señor que sustituya el cargo del difunto. Cuando marchan, al fin, consultor y oficial, dice López de Haro:
—Ya ve usted. Así me paso seís o siete horas diarias. Desentrañando enredos, resolviendo consultas, *echando* rúbricas laberínticas de notario, dictando documentos delicados, estudiando asuntos...
—Usted es admirable. ¿Y aún le queda humor para hacer literatura?
—¡Hombre, qué gracioso! Mis novelas, mis obras, son mis mejores ratos de descanso de la labor abrumadora del bufete. Yo hago literatura por lujo por *sport* descansar de mi trabjao y, claro está, por afición, por amor a la literatura.

EL NOVELISTA

—¿Quiere usted que hablemos de sus novelas?
~Sí. Puede decir que el éxito mayor de mi vida fué cuando Gregorio Pueyo me editó *Dominadoras*. Fué una cosa fulminante. Se agotaron no sé cuántas ediciones que hizo. Fué el paso definitivo en mi carrera literaria. Después he escrito mucho, pero no he podido superar aquel éxito.
—¿ ... ?
—Sí. *El salto de la novia* lo escribí en Blanca (Murcia). En Valdepeñas publiqué *En un lugar de la Mancha* y *Sirena*.

Después, en Pontevedra, escribí y publiqué *Muera el señorito,* un éxito enorme de público y librería; *La Venus miente, y Los nietos de los Celtas,* novela que promovió un escándalo formidable, y mis contrarios políticos se encargaron de desmenuzarla para derrotarme en mi candidatura maurista... Pero hoy no me interesa la política y ya no tengo enemigos de aquella clase.
De otra índole, tengo a mi esposa.,.
-—¿Es que su esposa es contraria?...



Rafael López de Haro y el reportero

—No—interrumpe su esposa—. Mi mayor placer consiste en conocer las novelas de mi marido conforme él las va produciendo apoderándome una a una, de las cuartillas, en cuanto las escribe. Nadie puede imaginar el interés que tiene una novela leída así. Pero...—añade con cierta melancolía— preferiría que mi marido no escribiese. Toda la fama y todo el provecho que consiga no compensan ni el afán, ni el estudio, ni el trabajo que él se impone, ni mucho menos las horas de angustia que yo paso cuando se estrena una obra suya.

Además—confiesa por fin—la literatura me roba el marido demasiadas horas. A través del balcón entreabierto, el novelista sigue la dirección de mi mirada, y dice:
—¿Magnífica vista, eh?... Asómese, asómese...
—y ya los dos en el balcón—: Esta gran arteria es Alfonso I, la calle aristocrática por excelencia, que parece una calle de Madrid... *Al* fondo, el Pilar... Por aquí pasa toda Zaragoza para visitar a la Virgen: de doce a dos, las señoras y señoritas, gente «bien» toda; más tarde, antes de entrar en los talleres y oficinas, repiquetean por las aceras los tacones de las modistillas y mecanógrafas, que van a ver a su Virgen. Luego, público general, población flotante, viajeros, personas sin catalogar, y... también las «tanguistas», al atardecer, que van a visitar a la que a todos escucha y a todos ampara... Más tarde, la calle vuelve a animarse con las señoras y nenas, que salen de compras, con la salida de las modistillas...

EL COMEDIÓGRAFO

—¿ ... ?
—Supongo que se refiere usted a la crítica teatral, y creo que no debe preocuparnos a los autores, porque su influencia en el público es casi nula. He ahí su fracaso evidente. Fracaso que arrastra a muchos críticos respetables que no quieren desligarse de unos pocos advenedizos. Estos se encaraman en las columnas de un diario y gritan para que se repare en ellos. La gente los va conociendo y no les hace caso. Otro gran pecado, de una parte de la crítica, es el servilismo con que elogia todo lo extranjero en contraste con su desdén a la producción española.
—Dejando eso a un lado, porque, peor es meneallo, don Rafael, cuénteme usted algo de doña María Guerrero y de su comedia de usted. *Entre pesconocidos*...
—Me renueva usted Una emoción que no olvidaré nunca. Traía ella la obra representada más de cuarenta veces, y, sin embargo, se obstinó en que yo viese, antes de hacerla en Madrid, cómo había entendido el personaje. ¡Su último ensayo! ¡Estuvo maravillosa!... Y se fué. Puedo decir qué María Guerrero trabajó

para mí solo la última vez. Esta será la página más intensa de mi vida de escritor[3].

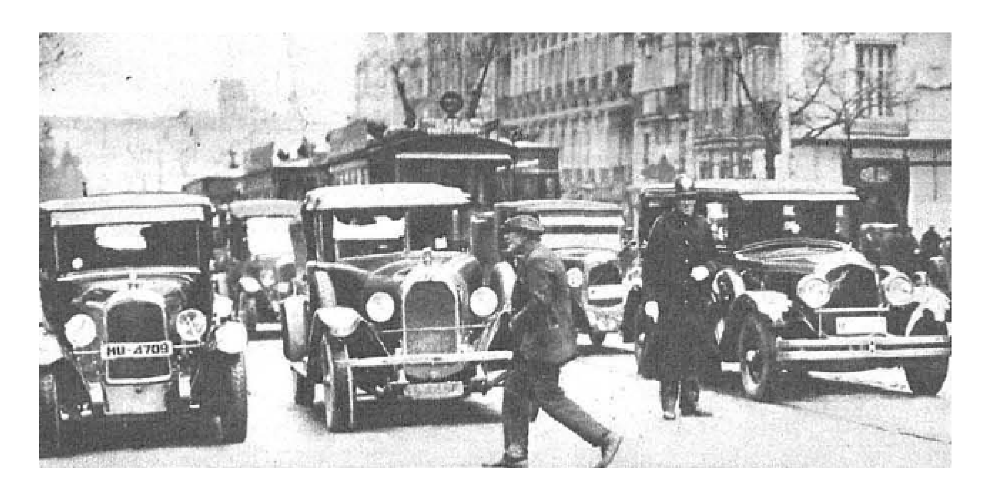


[3] COMERA, Hernando de la (1928). Revista Estampa (20-3-1928), p. 26

2.4 Motorfobia

Rafael López de Haro

La historia de todas las máquinas es la misma. Al crear un nuevo modo de hacer una cosa o al simplificar el antiguo, provocaron siempre la enemiga furiosa de aquellos a quienes beneficiaba lo anterior. Es clásico el ejemplo de la Imprenta maldecida por los copistas, que con el advenimiento de la máquina de escribir han perdido sus últimos valuartes. El ferrocarril fué una hecatombe para las diligencias y «ordinarios»; la luz eléctrica arruinó las fábricas de quinqués y de velones; las máquinas agrícolas van licenciando a millares de braceros...

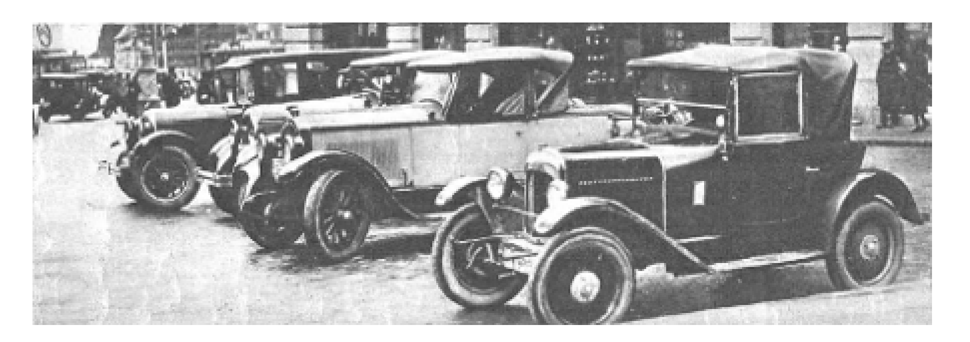


El guardia vigilante ha ordenado a los automóviles que se detengan, y el gran rebaño de coches aguarda, inmóvil, a que atraviesa la calle el pobre peatón. (Foto Zapata)

Se comprende que los perjudicados por un nuevo mecanismo lo odien. El bendecirlo cuando viene a quitarles el pan, porque significa un avance de la Ciencia, sería un altruísmo que no se les puede exigir. Lo mismo en maquinaria que en política, toda innovación ha de chocar con los intereses creados. No les podemos llamar salvajes ni obcecados al copista, al arriero, al pisador de uvas, ni al segador. No pueden transformarse instantáneamente en tipógrafos, maquinistas ni técnicos. Para

ellos la máquina es la definitiva exclusión, la inutilidad irremediable. Su fobia debe ser disculpada.
Los enemigos más feroces del automóvil no son los intereses creados. El carretero, el arriero y el labrador que van carretera adelante con sus mulas, no odian al automóvil por usurpador de sus oficios sino, sencillamente, por que les espanta los animales. La vieja y horrísona diligencia se substituye con el autobús, y el carromato con el camión; desde el pescante al *baquet* se pasa con facilidad y las ventajas económicas con inmediatas. El automóvil no deja sin oficio más que a los caballos y a las mulas.
Nada, pues, justifica la *motorfobia* y sin embargo la *motorfobia* parece general, unánime. Los periódicos dedican amplios espacios a la sección fina de «accidentes de la circulación», «choques, vuelcos y atropellos» o «las víctimas del automóvil»; los caricaturistas no agotan el venero de sus chistes y hasta, recientemente, se ha logrado un éxito teatral con el tipo de un chófer que es el campeón de los espachurradores. Existe una preocupación constante, una obsesión, una *motorfobia* popular. Se supone a todo el que coge el volante candidato a homicida; se cree que sale del garage, no a realizar una labor ni a procurarse un recreo; contrariamente, a perseguir peatones, puesto que el mayor placer del automovilista consiste en lamina al prójimo. Este es el criterio que parece inspirar las informaciones de los diarios. Y esas informaciones, naturalmente, influyen en la conciencia colectiva, envenenan al pueblo -- tan habituado a que la letra de molde lo abastezca de ideas y dirija los sentimientos --, y le sugieren los actos de barbarie que la policía ha de reprimir con frecuencia. Es claro: las turbas están saturadas de *motorfobia*. Pero basta haber recorrido en automóvil un centenar de kilómetros para persuadirse de esta verdad: en el noventa y nueve por ciento de los atropellos, la culpa es del atropellado. Quien conduce un automóvil por carretera y ve un carro, se echa a temblar. Indefectiblemente, el carro marcha por su izquierda o, cuando menos, por el centro de la vía. En esta conducta nuestros carreteros demuestran una perseverancia admirable. No van por la derecha su los aspan. En el caso más favorable, duermen. Entonces las mulas se apartan al oír el aviso, o bien, si el automóvil lleva la misma dirección, no tiene tiempo de reaccionar, pasa sin que lo vea y, aun viéndolo, no se

asustan. Saben los pobres animales que yendo el carretero dormido las cosas avienen de un modo muy diferente. El sonido del «klaxon» causa al hombre un sobresalto indescriptible: corre a la vara, se agarra a las riendas, blasfema airado, muchas veces les cubre a las mulas la cabeza con una manta y se comporta, en fin, como si el mundo le cayese encima. Aunque el cruce con automóviles se repita cien veces por jornada, siempre el carretero será sorprendido a la mitad de sus precauciones. El carretero no calculará jamás la velocidad de un automóvil; no la concibe. Sus mulas ahora tiemblan al oír el petardeo del motor, se espanta. Se espantan porque el instinto les recuerda lo que sufren después; la paliza brutal. Es lo que se dirán los indefensos cuadrúpedos: «Carretero despierto y automóvil que pasa, palos que nos dan».

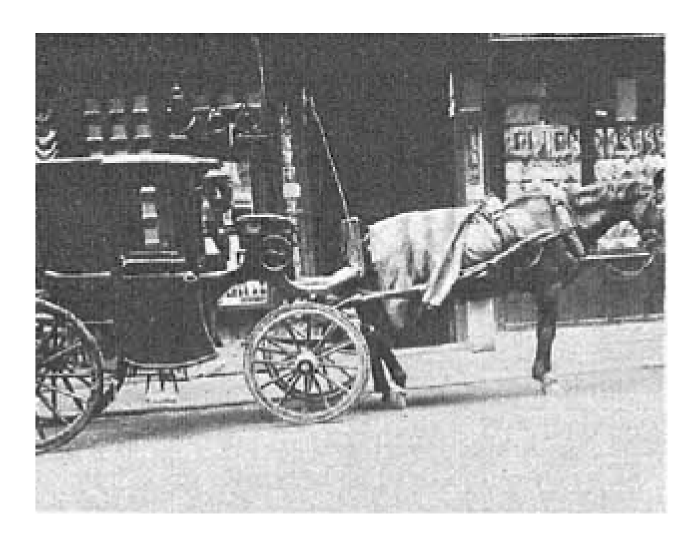


He aquí aguardando el instante de correr por la ciudad los automóviles, los humildes automóviles, sobre los que pesa un prejuicio funesto. (Foto Zapata)

El rústico a caballo es otro ejemplo de incomprensión. Debe saber, porque siempre es así, que una caballería al oír un motor reculará. Después la pone de popa para que venga a romperse los corvejones contra el radiador. Lo mismo hará a la vez siguiente.

En la ciudad el fenómeno es mucho más absurdo. El peatón que tiene las aceras para su uso exclusivo, ha de ir por el arroyo, ha de cruzar, sin mirar antes, ha de plantarse en el centro de una avenida porque le da la real gana. Si no oye la bocina menos mal. Yo prohibiría las bocinas, que sólo sirven para no dejar dormir. Cuando el peatón no oye la bocina seguirá su ruta y el

automovilista lo evitará haciendo un esguince. El conflicto se plantea cuando el peatón oye la bocina. El peatón hará varias piruetas, iniciará una huída hacia la izquierda, volverá a la derecha de un brinco para saltar a la izquierda de nuevo; en sus vacilaciones bailará ante los faros la más estúpida tarantela; elegiría para ponerse a salvo la acera más distante y, finalmente, se meterá debajo de las ruedas. No hablemos del niño que atraviesa la calle corriendo, imprevisto, sin mirar ni oír; no del golfete que salta de la zaga de un tranvía repentinamente; ni de la vieja que va por una acera y al ver al automóvil pierde el juicio y se lanza a la acera de enfrente; ni del imbécil que oye el aviso y sigue sin apartarse más chulo que un ohco.



**Este viejo simón es ya casi una prenda de museo.
En su tiemo, la circulación era pacífica,
pero tan lenta... (Foto Zapata)**

La gente no sabe andar todavía, y sobre todo, a la vista de un automóvil se aturde de un modo trágico. La gente lee todos los días que el automóvil es un monstruo antropófago, una bestia apocalíptica, un azote de la Humanidad, la Muerte a galope... y, naturalmente, al verlo la pobre gente pierde la serenidad.
La *motorfobia* parece unánime y, sin embargo, el deseo de poseer un automóvil es unánime también. Están baratos. Basta

trabajar con ahinco para procurarse ese lujo. En los Estados Unidos hay un automóvil por cada cinco habitantes, y en los demás países el número de coches de este género aumenta en geométrica progresión. La *motorfobia* no detiene la difusión del automóvil. Ninguna fobia se opuso al progreso eficazmente. Las fobias contra el progreso fueron siempre irracionales. ¿No les parece a ustedes que ya es mucha campaña? Dejemos de una vez la *motorfobia* para los únicos que se van quedando sin ocupación: los caballos y las mulas[4].

[4] LÓPEZ DE HARO, Rafael (1928). Revista Estampa (3-4-1928), pp. 26-27

2.5 Conversación

Conversación con Don Rafael López de Haro[5]
Una tarde llegó a la peña de periodistas, artistas, pintores, etc., que se reúnen bajo el toldo de uno de los cafés de la Plaza de Cataluña, un hombre enjuto, señorial, que vestía con británica corrección y llevaba en lo alto de las aletas nasales uno de estos lentes de finos cristales montados al aire. Era un Notario. Para nosotros, un literato: don Rafael López de Haro, descendiente de uno de los fundadores de Bilbao, conservador discreto y novelista dilecto.
-- Don Rafael López de Haro... don Fulano... don *Mengano... don Zutano...*
Terminado el ritmo de las presentaciones, con la inmediata unión de manos, el señor López de Haro se sentí en uno de los sillones de mimbre, pidió café y empezó a observar el sonsonete de nuestras conversaciones. Supo adueñarse del ambiente. Por la peña habían acudido los pedantuelos insoportables que no saben hablar de otra cosa más que de sus propias personas y de sus obras; los que creen que al sentarse en una reunión de gentes recién conocidas deben dar a conocer los perfiles de sus vidas enfadosas; los lamentables críticos de todas las figuras representativas y de todas las labores... El señor López de Haro, con su peculiar gravedad -- una gravedad que deseaba pasar inadvertida -- y el aire de hombre mundano, se captó las simpatías de la muchacha alegre y jovial que le rodeaba... El notario señor López de Haro pasó a ser D. Rafael. y don Rafael fué dejándonos sentir el peso de su influencia sin que nos diéramos cuenta... De pronto, en las carteleras de los quioscos, en las librerías, en los escaparates, surge la mancha de un nuevo libro: "Yo he sido casada". La obra va firmada por nuestro compañero de café.

- Pero, don Rafael, ¿cómo es que no nos ha dicho usted que publicaba una novela?
- Porque no es un hecho extraordinario de mi vida.
- ¿Un libro?

[5] MADRID, Francisco (1930) Revista Estampa (21-10-1930), p. 30

- Un libro tras otro libro, ¿qué de particular tiene? Encontraríán ustedes ridículo si cada día, al despedirme de ustedes, les dijera: "¡Me voy al despacho!..." Podrían ustedes decir que ya lo suponían. Los novelistas publicamos novelas. El hecho de lanzarlas a la calle no tiene importancia. Lo que sí la tiene es el eco que encuentra en la masa el libro. Y esto ya no pertenece a mi sección, sino al público, al crítico, al juzgador.
- ¿Y escribe usted con facilidad?



Francisco Madrid y Rafael López de Haro

- Depende... Desde luego, yo no escribo nada que no tenga un reflejo de la vida; no me gusta escribir por escribir, ni tampoco hacer fotografías. Una novela puede ser la reflexión de un escritor ante un hecho. Lanzar una anécdota vivida por otros por la razón de poder llenar quinientas cuartillas es un absurdo. Lo importante es que el lector o la lectora se halle comprendida por el escritor, que en todo el libro o en una página las lectoras

encuentres que el personaje obra como ellas lo harían ante el caso expuesto por el novelista...

- Así, por ejemplo, ¿este último libro de usted, "Yo he sido casada", responde a un hecho real y a una fantasía moralista?
- Se acerca a eso, sin serlo. El momento inicial de la novela puede, por ejemplo, habérmelo proporcionado el hecho de ver cómo una francesa sin hijos besaba a un niño en una estación de Francia, despertando en el beso el calor maternal que llevan en sí todas las mujeres normales. Luego, la trama de la novela va tejiéndose por lo que sugiera la vida con sus lecciones.
- Entonces, la facilidad de su escritura...
- ...Estriba en que lleve dentro la novela mucho tiempo. Los argumentos no se despiertan así como así en mí. Ahí tiene usted esta novela última. La escribí con relativa facilidad cuando vi su desarrollo. Entonces es cuestión de ir garabateando unas cuartillas diariamente. No de un tirón, sino pautando la labor. Diez, veinte, treinta cuartillas diarias. Que no se fatigue la pluma y que se pueda corregir el estilo; corrección que no quiere decir que se estropee la naturalidad inicial del escritor, sino el respeto de las letras que más tarde deben pasar al buen juicio del lector.
- Vamos a ver: usted, que ha vivido en la paz provinciana de nuestras viejas ciudades ibéricas y en dos ciudades españolas, ¿dónde escribe usted más a gusto, en una ciudad dinámica o en un rincón provinciano?
- En una vieja ciudad, el aislamiento puede ayudar a sentirme mejor acompañado con la obra que le sirve a uno de compañera, y, en cambio, en una urbe la vida que le rodea colabora a que las obras tengan un nexo más vital. El escritor, de todas maneras, puede aislarse, lo mismo en una capital de provincia que en una metrópoli.

▪▪▪

La conversación con D. Rafael López de Haro tiene siempre el interés de lo humano. Este hombre tan discreto, tan afable, tan distinguido, tiene una virtud de atracción interesantísima...

Parece un hombre de aventuras y de azarosa vida a través de sus libros, y, sin embargo, tiene un sentido meticuloso del deber y de la vida. Indefectiblemente, a las cuatro de la tarde, aun cuando la discusión del café -- estas discusiones que no acaban nunca jamás -- sea interesante, se levanta del sillón, se despide cordialmente, rozando la vida que va proyectando en sus libros múltiples y amables.

Francisco MADRID

2.6 Escuela de cobardes

Rafael López de Haro

Los ingleses no quieren ser soldados -- uno de los mayores obstáculos para el reclutamiento-- ha manifestado el comandante general Pitt-Taylor -- es el ex soldado del tiempo de la guerra, con todo el honor que le es debido. Refiere al que intenta alistarse historias de cieno y sangre en las trincheras...

(De AHORA)

La guerra de Troya dejó a través de las edades una estela inextinguible: produjo a Homero; las gestas de Alejandro y de Aníbal nos maravillan por su grandiosidad; toda la Edad Media fué heroica y aun, casi en nuestro tiempo ya, Napoleón inspira a sus cronistas épicos relatos que al más pusilánime enardecen. A cada gran campaña bélica ha sucedido siempre una rica y exaltada floración de poesía. Tal si la sangre vertida en los campos de batalla fuese semilla de ingentes pensamientos. Las armas, antes que las letras, crearon lo más hermoso y noble de la literatura universal. Después de la última guerra ha sucedido todo lo contrario: la bibliografía subsecuente es casi toda desolada, exasperada y acusadora; más que la historia se escribió el proceso de la hecatombe. Al cabo de tres lustros, que debían ser bastantes para acallar los lamentos y borrar el estupor de la carne herida, rebrotan el pesimismo y el espanto y un nuevo alud de volúmenes cae deprimiendo los espíritus con su aniquiladora pesadumbre. A Remarque le corresponde el primer puesto, el de paladín de la caterva de apologistas del egoísmo y la negación. Si les creemos a ellos, la guerra fué una guerra de ratas, tan asustadizas como voraces, y la muerte del enemigo un asesinato en toda ocasión; el soldado un ilota cuyo vientre se descomponía al oir el primer cañonazo y cuyos alaridos aturdían en los hospitales. La sublimidad del heroísmo ya no es asunto. En su lugar se escriben páginas truculentas y malolientes en las que, por si fuera poco, las imágenes se substituyen con interjecciones de la mayor indecencia. Y toda esta miseria y depravación es codiciosamente aprovechada por

las empresas de "cine", que así difunden con mayor eficacia en las multitudes la horrenda visión de una lucha encenagada y repugnante. Por primera vez, en los fastos de la Humanidad, vemos una generación obstinada en legar a sus sucesores todo aquello que, si fuese verdad, debía avergonzarla.
Ya es tiempo de salirle al paso a la falange plañidera. En la guerra última hubo mucho más que ese estudiante- soldado neurasténico y mándria, para quien la disciplina es un concepto pecuario, que combate inconsciente y que, al encontrarse una vez cerca al enemigo, mata por miedo insuperable y con alevosía. En la guerra última culminó el heroísmo de millares y millares de hombres completos, inmolados por no ceder una pulgada de terreno; de millares de asaltantes de trincheras, que en la acción olvidaban absolutamente el peligro; y se repitió el ejemplo del aviador, que, las entrañas atravesadas por un balazo, sesgó el aire, que silbaba en sus sienes, para llevar a la vez un aparato a su base, un despacho a su destino y una existencia a su término glorioso. Pero estos valientes figuran muy raramente en las novelas de moda y menos la brillantez de sus hazañas. Los escritores pareces aspirar al campeonato de la desilusión y el desfallecimiento; toda su obra es pavura y fetidez. Y, como es sabido, la literatura popular sugestiona hasta a los mismos protagonistas del suceso, con lo que no nos debe sorprender el fenómeno observado por el comandante general Pitt-Taylor. La escuela de cobardes empieza a lanzar sus discípulos.
Desde que leí el primer novelón de trincheras y alambradas vengo pensando que su éxito obedece a la insana curiosidad del vulgo, cuya es la causa de su difusión extraordinaria y pasajera. Remarque no es novelista, cosa que nos va a demostrar él mismo muy pronto. En cuanto a sus imitadores, hacen bueno al precursor. Vengo pensando así, sin atreverme a escribirlo, por si alguien maliciase que me amargaba la envidia. Ahora las consecuencias se tocan y no hay por qué callar. Esa literatura es nociva, es deletérea; es la más temible de todas las propagandas; debe provocar la reacción saludable de los verdaderos escritores para combatirla implacablemente. Y no les envidio a sus cultivadores ni las pingües ediciones ni la nombradía. Si mañana Alemania se ve en la necesidad de defenderse y un lector de Remarque, influído por él, le vuelve la espalda al enemigo y huye

como una liebre, no le envidiaré al narrador famoso semejante gloria. Antes inmóvil para siempre la pluma mía, que emplearla es extinguir del corazón de mis hermanos el santo sentimiento de la Patria[6].

[6] Ahora (Madrid) 15 de enero de 1931, p. 10

2.6.1 Observaciones de Heraldo de Madrid

EL NOTARIO QUE TENIA EL ALMA NEGRA

La extravagencia hay que administrarla bien. Nos permitimos dar este consejo a D. Rafael López de Haro. Porque su artículo en defensa de las guerras ha tenido mala fortuna. Hasta para ir contra la corriente general hace falta perspicacia. Pompeyo Gener paseaba una merluza, atada con una cadena, por las ramblas. «Azorin», cuando Madrid era como una provincia, callejeaba muy serio con un enorme paraguas rojo bajo el brazo. Noel, al emprender su campaña antitaurófila, eshibia sin sombrero -- cuando nadie se había atrevido a quitárselo -- una melena aleonada. ¡Extravagancias! Pero extravagancias tan inofensivas en el fondo como la chalina y la pipa de los artistas murgerianos. Para epatar al buen burgués, nada más. Si quería llamar la atención el Sr. López de Haro pudo haberse desnudado en plena Puerta del Sol, o pudo haber escalado la torre de la Telefónica con un calendario de pared colgado del cuello. Cualquier cosa, en fin.
-- ¿Quién es ese? -- hubiese preguntado la gente.
Y le hubiesen contestado:
López de Haro. Uno que escribe novelas algo verdes. Y el señor López de Haro hubiera tenido más admiradores. Los que pudiese tener como novelista y los aficionados al modismo o a los ejercicios de circo.
La defensa de la guerra no se ha podido tomar ni como extravagancia ideológica en un momento en que las generaciones que fueron a la Gran Guerra recuerdan con espanto la época de lucha bélica, en la que muchos se dejaron en el campo de combate para siempre o a sus hermanos o a su padre, o se dejaron un brazo o una pierna en la sala de un hospital en sangre. Eso no puede ser extravagancia, sino tontería completa. Si no tuviese demostrada la salud el notario de Barcelona había que pensar en recluirle en un manicomio, por su acalorada defensa de la guerra.
Hace falta una mentalidad troglodita para decir ciertas cosas. O ser un tontaina. O tener un ansia vesánica de popularidad. Este

último caso es del Sr. López de Haro. Y para llamar la atención aplaude la muerte de veinte millones, elogia la ruina de varias naciones; hace la apologia de aquellos hombres evitando los pulmones corroidos por los gases asfixiantes y de los niños depauperados pidiendo a sus madres inútilmente pan.
El Sr. López de Haro dice que la guerra es valor. ¿Valor? ¿Es ser valiente aguantar en una trinchera, con el fango hasta la rodilla, en espera de la granada explosiva, cuando hay una ley que mata al que pretenda huir? Pues si eso es valor despreciamos ese valor. Preferimos el del radiólogo que se quema las manos; el del aviador que se estrella al intentar perfeccionar la técnica del vuelo; el del médico, que se inocula de una enfermedad al practicar una operación, etc., etc. Entre el heroismo guerrero y el civil optamos por éste. Porque es fecundo para la civilización. Porque cada individuo que muere asegura la vida de muchos.
La verdad: no merece la pena morir agujereado por una ametralladora para que cante la muerte de uno el Sr. López de Haro. Aunque la cantase con bello estilo. La verdad es que no acierta uno a salir de su asombro.
¿Cómo es posible publicar eso que ha firmado el belicoso notario? A ver, unos médicos en seguida y unas camisitas de fuerza. Aunque no de mucha fuerza, no. Porque no es necesario hacer frente a ningún coloso. Se trata de un temperamento; pero nada más.

HASTA "EL DEBATE" PIDE LA SUPRESIÓN :-: DE LA CENSURA :-:

Hasta «El Debate» ha pedido ya la supresión de la previa censura. Izquierdas y derechas claman en favor de la libre emisión del pensamiento. Hablar de elecciones es incompatible con mantener esa aduana de las ideas que dirige el censor y que, en definitiva -- pasado un momento excepcional, para el cual únicamente podria estar justificado este resorte extremo de gobierno --, no conduce sino a aislar al Poder de la corriente de opinión pública. Este fenómeno le fué fatal a la primera dictadura. El censor tachaba entonces todo lo que le pudiese ser desagradable; los periodistas, hartos de escribir para el censor, llegaron a ahorrarse muchos comentarios, y el Gobierno llegó a creer en la adhesión de España a su labor, salvo «un grupito de

revoltosos». Y bastó, al separarse el dictador de la esfera de mando, el transcurso de veinticuatro horas para ver su total aislamiento y el odio general hacia su obra.
Los periódicos sin censura son como sismógrafos. Avisa. Una catástrofe geológica no puede sino advertirse. Un movimiento político o social puede además corregirse. Por eso la Prensa, aun la adversa, es elemento de colaboración del Gobierno.
A nuestros lectores no les extrañará que insistamos en la petición de la desaparición de la censura. Ni un solo momento hemos dejado de combatir este sistema en el tono y con extensión que nos ha sido posible[7].

[7] El Herado de Madrid, 19 de enero de 1931, p. 1

2.6.2 Cartas enviadas

Correspondencia particular motivada por el Sr. López de Haro

Nuestro compañero Valdivielso dió la réplica adecuada a un belicoso exabrupto del Sr. López de Haro. Y ello ha dado lugar a que en estos días hayamos recibido innumerables cartas y telegramas de enhorabuena y adhesión a nuestro compañero y de protesta contra el atrabiliario artículo del Homero "in potentia" que, por lo visto, se alberga en el Sr. López.

Vamos a responder a algunas de estas cartas:
Señor D. Pedro Saavedra. Madrid -- Hemos recibido la copia del escrito de protesta que, avalado con otras veinte firmas además de la suya, intentaron ustedes publicar, sin conseguirlo. Nosotros dejamos aquí constancia del hecho, y no la publicamos porque ya protestamos por nuestra cuenta oportunamente. Ante actitudes como la adoptada por el Sr. López de Haro nosotros reaccionamos automática y enérgicamente.

Ni escuelas de cobardes ni escuelas de valientes. Escuelas, auténticas escuelas son las que hacen falta. La única guerra Santa y respetable, la única guerra que hoy puede defenderse dignamente es la guerra al analfabetismo y la incultura.

Señor D. Francisco Romualdo. Palencia. -- Gracias por sus frases de elogio y aliento y vamos a resolverle su duda. Dice usted que los que hacemos HERALDO DE MADRID defendemos los ideales de paz y de justicia "por convencimiento o por traición". Pues bien, amigo mío, es por las dos cosas: "por traición y por convencimiento". La guerra, azote de la humanidad, uno de los cuatro apocalípticos jinetes (ahora no aludimos a la concentración liberal), no merece mas que execración. Toda la gloria de los poetas épicos no compensa del dolor de las madres que perdieron sus hijos bárbara o inútilmente sacrificados en un absurdo sacrificio ni bello ni útil,

para servir al impulso irrazonado de un par de paranoicos ambiciosos.

Un padre. Sevilla -- Estamos completamente de acuerdo, Y con usted y con nosotros muchos padres, muchas madres, muchos hermanos y muchos hijos.

Señor D. Teodoro Núñez. Madrid -- Nosotros indicábamos al Sr. López de Haro la conveniencia de que se fuera al Tercio. Usted le señala en su carta una dirección nueva. Bueno. Por nuestra parte no hay inconveniente.

Señor D. Jesús Mandul. Madrid -- Sí, señor. Son los jayanes quienes dirimen sus diferencias a estacazos. Tratan mutuamente de convencerse y la razón acaba por terminar la discusión con su triunfo. Esto no significa, ni falta de virilidad ni de energía; es simplemente superioridad mental y elegancia de espíritu. Igual sucede o debe suceder con los pueblos. Los trogloditas encomendaban la satisfacción de sus salvajes apetitos a la eficacia de sus hachas de silez manejadas con violencia. Pero de los hombres de hoy a los hombres de las cavernas hay una diferencia considerable. Queda, esto es inevitable, algún notario con espiritualidad de "phitecantropux".

Señor D. Antonio Buárez Incián. Oviede. -- Sentimos que su carta, tan interesante, no pueda ser reproducida[8]

[8] Heraldo de Madrid, 20 de enero de 1931, p. 15

2.7 La fiesta

La Fiesta era antes más bella. Ahora es más bonita», dice RAFAEL LÓPEZ DE HARO

Visitamos al escritor López de Haro -- escritor del difícil género de la novela; escritor moderno hace veinte años y moderno ahora, y leído con igual gusto siempre --, y no para preguntarle por qué no vemos nuevas ediciones de sus novelas en los escaparates de las librerías, ni ediciones primeras de novelas recién hechas -- nos intriga que el gran novelista haya abandonado su actividad más brillante --, sino para que nos hable de su afición a los toros. Rafael López de Haro ha ido mucho, y va aún, a los toros, porque en el gran espectáculo ha encontrado lo que siempre buscó en todas las cosas: belleza y emoción.

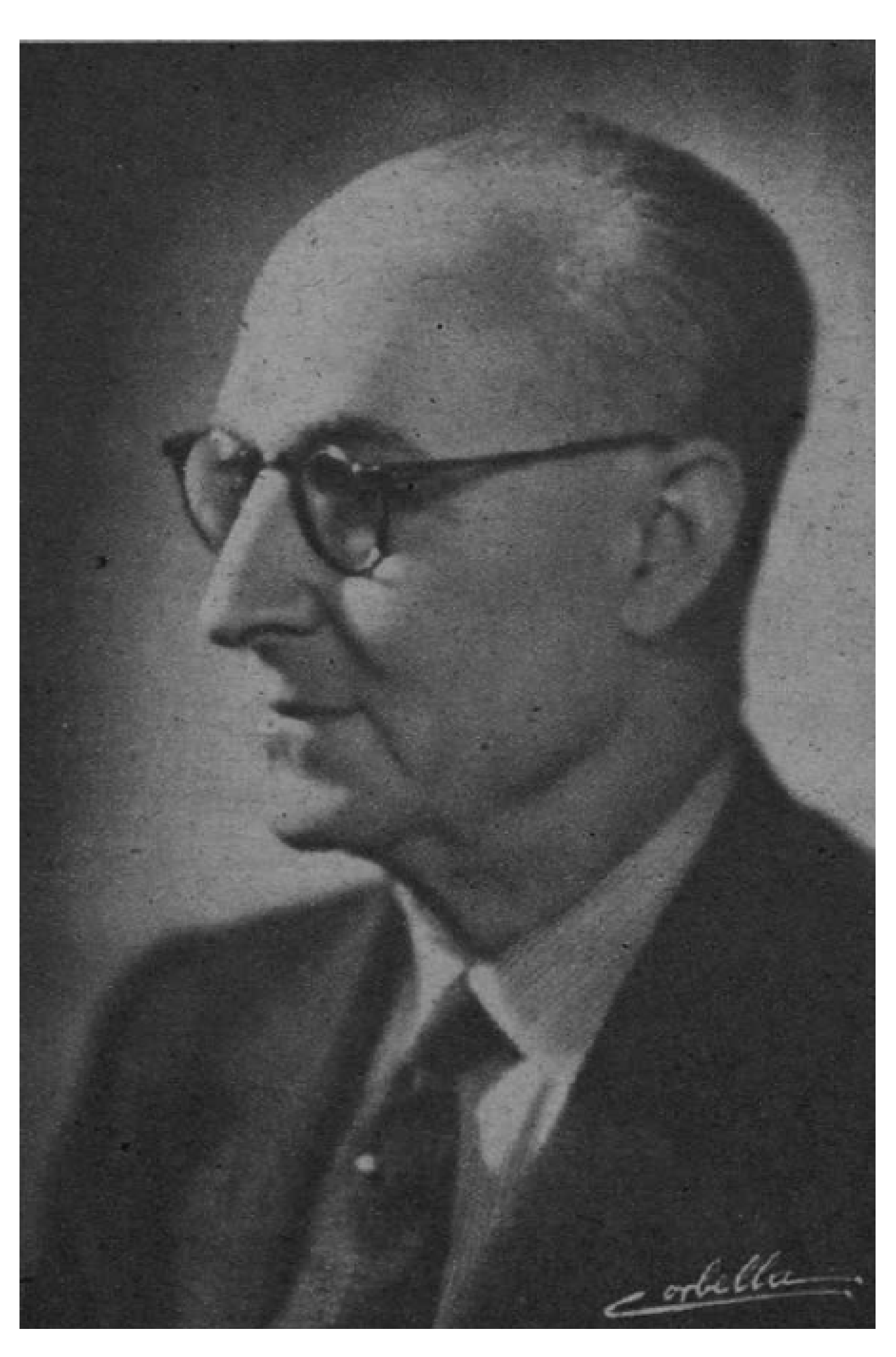
-- Me aficioné a los toros siendo muy joven -- nos dice -- y elegí siempre para asistir a las corridas las tardes en que figuraban en los carteles nombres famosos. He conocido los tiempos de Mazzantini, de «Boimbita» y de «Machaco»; he visto a «Reverte»; hasta muy vagamente recuerdo haber visto una vez al «Guerra», ya en sus últimos tiempos.

-- ¿Ha presenciado usted la cogida más importante de algunos de estos toreros?

-- Afortunadamente no he tenido esa desgracia. Pero una cogida mortal fué la causa de que mi afición se enfriase por una larga temporada: la que causó la muerte de «Joselito». Cuando toreaban «Joselito» y Belmonte, era yo un apasionado espectador de la Fiesta. Me afectó mucho la desaparición de aquél, a quien consideré único hasta la llegada de «Manclete». Ahora parece que es Luis Miguel Dominguín la primera figura en los ruefos, y es una realidad que la afición a los toros aumenta de día en día. Pero, de todos modos, creo que antes existía más pasión entre los aficionados.

-- ¿Le gusta a usted más el toreo de antes?

-- En los tiempos en que yo empecé a ir a los toros, la Fiesta era más bárbara si se quiere, pero tenía mayor belleza.



Rafael López de Haro, 1947

Hoy es más bonita, más afiligranada, y, sin embargo, creo que no puede superar en emoción a la de entonces. Recuerdo haber visto derrotar a un toro contra la montura de un caballo derribado en la arena, y mandarla a muchos metros de distancia de la Plaza; eso supone una potencia en el toro que no la tienen los de hoy. Sin embargo, ahora creo que hay más cogidas que antes.
-- Y ¿a qué atribuye usted el hecho?
-- A que el torero se confía más, se acerca más al toro, y a que lo estudia menos. Cuando «Joselito» estaba en el ruedo, aprovechaba el corto espacio de tiempo que transcurre desde que sueltan al bicho hasta que el torero tiene que ir a él, para estudiar con cuidado su actitud y sus movimientos y empezar con seguridad desde los primeros pases. Esos toros también tienen, como las personas, infinidad de matices que los hace distintos unos de otros; lo que podríamos llamar su psicología.
-- ¿Qué es lo que más le gusta de la lidia de un toro?
-- La suerte de banderillas. Es el momento más plástico de una corrida, cuando el torero avanza sobre las puntas de los pies para poner un par de banderillas al quiebro. Las actitudes de los toreros son siempre bellas; no hay mayor exaltación de la figura humana que la que adquiere en los ruedos ante la dominada fiereza del toro. Como no hay posturas más feas ni actitudes más grotescas que las que adopta el jugador de fútbol.
-- ¿Suprimiría usted algo en las corridas?
-- Los petos, y cambiaría las puyas y elegiría mejor los picadores. Tal como hoy se efectúa, la suerte de varas es inconcebible. Más valía que les diera a los toros alguna inyección para debilitarlos, que no que los hagan llegar medio muertos a la suerte suprema a fuerza de pinchazos demasiado contundentes. Antes, las puyas tenían una especie de tope, llamado limoncillo, destinado a evitar que los pinchazos fueran demasiado profundos, y eso resultaba más legal que lo que hoy se hace.
-- ¿Le gusta el rejoneo?
-- Siempre es bonita la figura de un caballo bien montado. Pero el rejoneo a caballo me parece algo así como jugar con demasiada ventaja sobre el toro. Tal vez en el espacio libre de la

dehesa, donde puedan correr más libremente el rejoneador y el toro...
-- ¿Quién es el torero que a su entender realiza mejor su suerte favorita?
-- De los de ahora puedo hablar muy poco; es mejor que cite al que más me ha gustado entre todos poniendo banderillas: a Emilio Torres, «Bombita».
-- ¿Recuerda usted algún lance que haya llamado su atención fuera de los ruedos, pero relacionado con los toros?
-- No he tenido nunca trato con toreros y poco puedo contar de ellos. Por casualidad, sin embargo, puedo referir una anécdota graciosa. Iba yo a tomar el expreso de Andalucía y me encontré en la estación a «Machaco», que también emprendía el viaje aquel día. Estábamos tomando una cerveza en el bar de la estación, cuando oímos un alboroto grande: era que el rey Alfonso XIII se iba de caza a Santa Cruz de Mudela y la gente le seguía curiosa por ver de cerca al monarca. Había llegado el momento de que subiéramos al tren, y dije al torero: «¿Vamos ya al departamento?», a lo que él me contestó: «Sí, vámonos muy despacito, sin que nos sienta nadie, que no quiero quitarle la parroquia a Don Alfonso.»
Nada más nos cuenta don Rafael López de Haro. Le damos las gracias por habernos distraído con sus amenas respuestas y nos despedimos de él[9].

PILAR YVARS

---

[9] Semanario El Ruedo, 11 de diciembre de 1947, Número 181, p. 18

3 EL SALTO DE LA NOVIA

3.1 La hora de pensar

¡Ea, imaginación, señorita mariposa, loca de atar, versátil, ilusa!... ¡Alto! Se acabaron los revueltos, los juegos, la alegría, que ha llegado la hora de pensar. La hora de pensar, esto es: la hora de no pensar cosas bellas, cosas soñadas. ¡Quiera, quieta, veleidosa, fantasía! A aplomarse, á plantarse ¡á tierra, que ha llegado la hora de pensar!

¡A ver, tú, señorito corazón! ¿Qué carrera es esa? Freno, mucho freno, señor alborotado, señor acróbata. No más saltos, no más aceleramientos; calma, á aquietarse, á obedecer, á obedecer sobre todo, señor rebelde, que ha llegado la hora de pensar. La hora de pensar, esto es: la hora final de tu reinado anárquico, corazón desatinado, corazón saltarín. De hoy más no tienes voz ni voto. Callarás, asentirás, irás donde te lleven sin chistar ni mistar, sin armar trapatiestas de golpes, sacudidas y soponcios. Ya hiciste bastantes tropelías, corazón insensato. ¡Soldado de fila! Ahora querrás lo que se te ordene, odiarás lo que se te mande, amarás lo que se te imponga; según estatutos, según ley. ¡Eh! ¿Qué algazara es esa, majadero? Quieto, ó se te pondrá la camisa de fuerza. ¡Chitón! ¡Ha llegado la hora de pensar!

Tú, pensamiento embaído, pensamiento alado, pensamiento pájaro, ¡al suelo! Ha llegado tu hora. Es decir: ha llegado la hora de que te domeñes, te rindas, y te amoldes á los altibajos del terreno como las plantas rastreadoras. Bien, muy bien están todas esas filosofías, todas esas verdades que empezabas á vislumbrar, todas esas grandezas que barruntabas en tus anhelos de perfección y sabiduría, señor Pensamiento; pero hay que estudiar ahora cosas más útiles; no las llames ruines, señor Pensamiento-quijote, que son la realidad, tu prisión, tu carga, tu pecado, señor Pensamiento humano.

¡Firmes, soldados, firmes; firmes y prontos á morir ó vencer! ¡Corazón, Fantasía, Pensamiento, firmes!... ¡Ha llegado la hora de pensar!

Y la verdad es que Eduardo abrigaba el propósito de romper con su pasado, haciendo en su vida una esquina. A ciencia cierta no sabía él qué mundo dejaba ni en qué pícaro mundo se metía. Había que comenzar por poner en orden toda la balumba de

sentimientos é ideas que hervían revueltos é indistintos en su majín desorientado y aturdido. Por de pronto no hallaba en su acerbo intelectual más que cosas fragmentarias, inconexas, heterogéneas, como las piezas de un rompecabezas embarullado. Lo primero era inventariar, clasificar, componer y ¡quién sabe de aquellos trozos y colorines el conjunto que podía resultar!

Tenía Eduardo veinte años y ya era Abogado. Los Padres del Colegio se habían dado una prisa loca en atiborrarle el cerebro de historias, de derechos y de leyes que allá andaban revoloteando en el rompecabezas mezcladas, en algarabía y laberinto científico, con fábulas de novela, recuerdos de noviazgos, emociones de teatro, soledades de colegial y cacerías de verano. Había concluido sus estudias prendiéndose con alfileres los cuestionarios y sin cerrar del todo los ojos ante las letras, lo cual fué bastante para que le cayera pintiparada la frase hecha "acabó su carrera con aprovechamiento".

En éstas estábamos cuando el estirado Señor de Gómez, Senador vitalicio, ex Director general de la Deuda, rico propietario y padre de Eduardo, le endilgó, á éste la admonición consabida. EL muchacho la oyó sin espantarse. Todo aquello que pondría punto final á las naderías y chiquilladas estudiantiles, le pareció muy bien. ¡Así que no estaba él hasta los pelos de textos y de Aulas! Lo de irse preparando para heredar la posición política del ex Director, tampoco era ninguna purga. Bueno, se adiestraría en la intriga, y luego sería diputado y muñiría entre gentes estólidas y a bajunas; azuzaría las concupiscencias de alcaldes y caciques. Sí, bueno, se iría iniciando en la truhanería distinguida para poder coger, sin soltar un cabo, los hilos de la red de intereses, secretos, influencias y ambiciones que tenía extendida sobra toda la provincia su señor papá. Todo aquello tenía mil ventajas y una sobre todas halagüeña: ya no había que estudiar más.

Pero cuando sintió como el frío de una cuchillada, fué al final del memorable sermón paternal. No contaba él con que el ex Director tocase á nada de cierto negociado; creía, el muy simple, que las razones de la política, de la posición, del prestigio de la familia y todas las demás zarandajas, con que el buen padre

adobó y mechó la perorata, no llegarían á aquel rinconcito. Pero el senador acabó así:

- ¡Ah, y es preciso que dejes esas relaciones! El Gobernador es un hambriento que no se contenta con que le permitan aprovecharse de todo y parece que se forja la ilusión de salir del mando sin trampas y con buen terno. ¡No falta más! Se acabaron todos los juegos y ese el primero. Aunque demasiado comprendo que el noviazgo no tiene más importancia que otro cualquier pasatiempo, es prudente no dar esperanzas ni comprometerse. ¡Que no vuelva yo á saber que hablas á esa pelafustana! ¡Ha llegado la hora de pensar!

Prometió Eduardo tácitamente que cortaría los amoríos; pero allá dentro, el corazón revoltoso la emprendió á saltos, sacudidas y apretones, diciendo contra la pared del pecho ¡que no, que no, y que no! Dejar él á su Almita! ¡Pero qué cosas se les ocurren á estos señores del siglo pasado! Eso de pedir la venia paterna para enamorarse de una chiquilla rubia como los ángeles, estaría muy bien en aquellas familias petrificadas de los tiempos del Rey que rabió; pero ahora, papaíto, hay libertades, hay derechos individuales innatos é irrenunciables, y uno de ellos, el primordial, es tener cada cual su novia según su inclinación.

Vamos á cuentas. No hay que echarlo todo por la tremenda, señor corazón. Tú no debes tener ya voz ni voto, que ha llegado la hora de pensar. ¿Acaso era Almita más que uno de tantos juguetes que había que licenciar? ¿Era? ¿No era? De cualquier modo era el jueguito más lindo... ¡Bah! Eduardo se hacía hombre y los hombres se extirpan con mano firme los abcesos que les dañan. Iba á doler mucho la amputación, pero también debe dolerles á los árboles jóvenes los vástagos que se les cortan... ¡para que crezcan más! Había que podar, había que podar aquella flor.

¿Por qué se entristecía al proponérselo? Dejar una novia de ventana no debía ser asunto que truncase la serena felicidad de un hombre. El no sabía cómo obsesionan y amarran las pasiones grandes, pero juzgaba que aquello que sentía por la muñequita, no era más que una ficción de su alma entretenida en jugar á los amores. Matando este caprichillo, se iría ejercitando en la virtud poderosa de dominarse siempre para ser fuerte y triunfador.

¡Ea, ea! dejar una novia de ventana no debe ser cosa tan grave. Esta reflexión donjuanesca pudo mucho en el ánimo predispuesto por la idea de ser hombre, que es el primer mal paso. Existía además otra razón potísima: El ex Directo. Eduardo sabía que toda insubordinación se estrellaría contra la voluntad férrea de aquel hombre calculador y frío, cuyas entrañas eran la política... que no tiene entrañas. Oponerse á los designios de aquel rectilíneo criterio, era esperar el simóu cruzado de brazos: le arrastraría como á una pavesa.

Hecho. Rompería con Almita. ¡Fin al idilio de colegial! Un pretexto, unos celillos, la reyerta obligada, canjeo de cartas, de rizos y flores secas, y... ¡á vivir!

Acabó de vestirse y se miró en el espejo de su cuarto de soltero. Era un buen mozo, alto, cenceño, de complexión ponderada y esbelta. El traje, de corte modelo, caía sobre sus formas con la misma irreprochable justeza que en las láminas del figurín, pero resultaba más elegante puesto en él por el donaire de su apostura gallarda. Quedó satisfecho de su figura y no podía dejar de estarlo por muy exigente que fuera su amor propio. Era Eduardo un hermoso joven de ojos negros y expresivos, que vivificaban una cara varonil, en donde se equilibraban lo firme de la mirada y el imperio de la frente, con la simpatía de la boca coronada levemente por el bigote nuevo. En la calle solía oir como homenaje á su juventud llena de promesas:

- ¡Vaya un muchacho guapo!

Salió de su casa ni más ni menos alegre que los demás días. Nadie, oyéndolo en la terraza del Casino decir retruécanos y piropear á las modistillas que cruzaban, hubiera adivinado que aquella máscara de jovialidad parlera escondía el propósito felón de dejar a la novia. Y era así. Cuando más tarde en el paseo cruzó ante él y sus amigos el coche del Gobernador y Almita envió al mancebo una mirada azul que todos envidiaron, él dijo con desdén:

- Voy á dejarla; no me conviene seguir; ha llegado la hora de pensar.

A la hora del palique cuotidiano, el propósito era ya definitivo. El toque estaba en inventar un pretexto adecuado para provocar la ruptura. Hubiera deseado hallar en la conducta de Almita una deslealtad, una falta, por leve que fuese, para salir airoso. Como

los jueves venales, búscala en el inocente reo una sombra de culpa, una maca donde clavar el aguijón de la sospecha, prender la duda, anudar la desconfianza y rematar la urdimbre insidiosa con la hijuela del desamor. Pero Almita estaba limpia, inmaculada; era su amor tan puro y diáfano como la mirada de sus ojos de cielo; tenía la fortaleza inatacable de los buenos á quienes no hay modo de dañar justificadamente. ¡Ah, había llegado la hora de pensar y ya tenía que pensar la manera de apuñalar sin escrúpulos aquel corazón tan noble y amante!

Ni siquiera se hizo esperar medio minuto aquella tarde para dar pie á una reconvención, base de una disputa. Cuando él se acercó á la ventana, ya estaba ella junto á los hierros, alegre y decidora, hermosísima. El cometería el crimen, pero con alevosía había de ser.

- ¿A quién mirabas esta tarde?
- A tí, mi Dios.
- Tu Dios, está sin duda en todas partes.
- No sigas, cruel. SI quieres pedirme celillos para que me enoje y llore, y luego hagamos las paces, y te salgas con la tuya de darme un beso, más vale que empieces por el final.
- ¡Qué pronto te has acostumbrado! Ayer tanto remilgo y hoy me lo ofreces á las primeras de cambio. Veo que aprendes estas cosas con demasiada facilidad.

Comprendió que se había excedido. Al entrar la punta de la espada no pudo contenerse y adentro, adentro, ¡hasta la cruz! La insultó villanamente. Ella debió anteponer su dignidad á su amor y decirle ¡indecente! con lo cual estarían al cabo del camino, mas la pobre niña amaba á Eduardo, y si cien veces lo viera atravesar sañudo su corazón, cien se lo volvería a presentar sangrante y humilde hasta morir. Recibido el ultraje, miró á su novio con los ojos muy abiertos, como quien no comprende; después sintió que al tragarse la injuria se le atragantaba en la gargante ahogándola, que la sangre subía á su rostro enardeciéndolo de rubor, y por fin, que una congoja la invadía con su inundación de lágrimas. Rompió a llorar.

Eduardo la contemplaba pesaroso del paso dado, pero son atreverse á desandarlo. Había caido Alma contra el alfeizar y cubríase el rostro con aquellas manos divinas comparadas por él en días mejores con los bolillos de marfil de hacer encaje. El

pecho latente se hinchaba á los sollozos con trémolo blando, y abatida la cabecita rubia, se veía el nido de la nuca circundado por un iris de crenchas desertoras. Lloraba la novia tan lastimeramente y era tan emocionante la música de sus gemidos de tórtola, y tan límpido el caudal de su llanto, y tan rojos los labios suspirantes, y tan blanca la frente de aurora, que si llora un instante más, Eduardo le pide perdón. Pero, de pronto, la cabecita se irguió, resuelta con la altivez orgullosa del amor propio que hacía una de las suyas.

- ¿Qué buscas, - dijo - que acabemos? ¡Sea! Hace tiempo que lo presentía. Quisiste poner tus labios en mi mejilla por dejarme para siempre sonrojada. No me importa: te dejé besarme porque te amo. Pero no te detengo, no te quiero sujeto ni disgustado. Vete. Prefiero tu olvido á tus odiosas hipocresías; mejor te quiero esquivo que venenoso. ¡Déjame!

¡Ea, ya estaba allí la ocasión! - ¿Qué haces Eduardo? Anda; ha llegado la hora de pensar... No. Dejar así á una niña rubia con ojos de arcángel es empresa de héroes, y Eduardo no pasaba de ser un simple burgués, hijo del senador. Otro día reñiría con ella; hoy le faltaba el valor.

- Araña, gatita, araña - la decía metiendo entre los hierros una mano pícara. - Anda, desahoga, porque te queda mucho que decir. Vamos á ver, preciosa, ¿á que eso de que me vaya y te deje no va de veras?
- ¿Por qué me haces daño?

Pasó el arrebato, la cabecita rubia vaciló de nuevo y apoyándose en la reja, cerca de la boca traidora del fingidor, volvió á llorar.

- Eduardo, amado mío, ¡no me maltrates, no me hagas sufrir por Dios!

Total: que ni riñeron aquel día, ni un mes más tarde llevaban trazas de reñir. A solas, se confesaba él que Almita ejercía una misteriosa atracción que lo llevaba á la reja sin que fuese capaz de arrancarse así, reflexivamente, la costumbre. Iba porque al llegar la hora sentía como una necesidad periódica, consecutiva, tenaz y fuerte; iba sin querer. Le parecía que no quería ir por una de esas hipocresías de las voluntades débiles que se disfrazan para engañarse queriendo sin querer. Iba á la ventana

y estaba resuelto á dejar de ir; consecuentemente con su inconsecuencia, como el fumador decidido á quitarse el vicio que está siempre encendiendo el último cigarro. A eso, se sumaba una honda compasión. Vió todo el amor de Almita y al saberlo grande, muy grande, se asustó. ¿Qué haría aquella criatura al verse abandonada? De su espíritu romántico era de temer cualquier atrocidad. Estas locas que creen en el amor de las novelas, ese amor más fuerte que la vida, son capaces de dar la vida por el amor. El no debía contraer una responsabilidad tan grande. Mirando por este lado su debilidad, tenía un cierto color de hidalguía, por caridad, que envanecía doble al tenorio incipiente. Así seguía, seguía, pero, menos mal, sin adentrarse más en las intimidades del idilio, porque el mismo instinto de cobardía que lo ataba para retrocedes, le impedía avanzar.
Alma presagiaba una desgracia con la maravillosa seguridad con que los pájaros barruntan las tormentas. A fuerza de mirar aquellos ojos, se había metido por ellos hasta los más recónditos repliegues del pensamiento de su novio, y comprendía la inseguridad de aquel amor cansino, amor de niño, superficial y deleznable. Pero esta desilusión no amenguaba, antes era acicate de su empeño en señorearse del amado. Quería encontrar el punto vulnerable, el resorte ignoto, la fibra que pudiera sacudir con una caricia ó con el desvío; esperaba el momento propicio para dar el tirón que arrancase la capa de indiferencia; tenía fe en que al cabo hallaría el venero de amor que hay en todos los humanos, oculto por la corteza del barro de que fueron hechos. Y con esta fe atisbada, insistía, con la dudosa tenacidad de quien quiere ver su camino á través de la niebla.
El enigma se iba descifrando poco á poco con la fatal lentitud y seguridad aterradora de esas enfermedades que minan ocultamente la vida, sin ser ostensibles hasta que son incurables. Así como las víctimas de esos morbos invisibles, Alma iba viendo declinar y extenuarse el amor de Eduardo y estaba persuadida de que lo había de sentir fenecer entre sus manos.
Bien sabía ella la causa; la eterna causa de mil dolores semejantes, epidemia moral de las engañadas ingénuas que se llaman señoritas pobres. El novio, hijo de su tiempo, obedecía, como todos, á la influencia dominadora del medio, á la tarifa de una sociedad fría que viste con la máscara de matrimonios los contrarios de sociedad conyugal con fines de lucro, y gasta el

exceso de afectividad en extravíos vergonzosos. Para ella también había llegado la hora de pensar que en las hijas de la burocracia, es la hora de caer del quinto cielo de los perifollos al séptimo suelo de la miseria, haciéndose añicos el corazón en la caida y dejándose á veces la honra desgarrada en las zarzas del talúd. Eduardo no sería suyo porque era del mundo. El mundo falaz la había elevado al nivel de los que están cimentados y la consideraban su igual mientras se sostuviese, para darle un empujón y celebrar con una carcajada su derrumbamiento, cuando se viniese abajo la embustera ficción que la sostenía. Los tiburones del vicio esperaban el naufragio con la boca abierta.
Al ex Director competía precipitar la catástrofe. Aquel noviazgo que empezó haciéndole sonreir y siguió haciéndole fruncir el ceño, ya le desvelaba. La chiquilla era linda como un diablillo tentador, y se estaba adueñando bonitamente del alma del futuro ministro. Un buen padre no debía tolerarlo. Veinte años cultivando la viña política, desbrozando el camino, afianzando la escala para que el hijo al llegar á sazón no tuviese más que subir; veinte años de labor de zapa, tortuosa, no se podían dejar perder por un atranque amoroso habido tan al principio... ¡Púa... Esos amorcillos que brotan en los ribazos de la pubertad se escardan fácilmente Novelerías del periodo romántico por que atraviesan los hombres y los pueblos; exaltaciones de la época constituyente, duran la cual todo son delirios de libertad. No hay sino fusilar á cuatro revoltosos y hartar á media docena de descamisados, y el orden se restablece y la reacción gobierna. El mozo padecía un exceso de espiritualismo; algo como un fermento de teorías sin base. Para equilibrar este vuelvo de lo ideal, no había más que despertar la carne: el idealismo no ha sido nunca la escuela de los hartos.

- No crear que te voy á reprender; no soy un padre esclavizador que exija la anulación de tus sentimientos, hijo mío.

  Para desobedecerme tú, siempre sumiso, siempre dócil, algo debe haber en tu corazón. No me opongo; mi criterio es atender toda aspiración ordenada y justa. ¿Es definitiva tu resolución? Yo la acato. Te casarás con esa mujercita. Después de todo tú eres rico y puedes conformarte con una dote de buena crianza y de amor.

Atónito ante tan inesperada determinación, Eduardo no sabía qué contestar: aquello era insólito, inverosímil, absurdo. El senador empalmó, sin aguardar respuesta, su discurso; discurso de alta política, basado en la teoría parlamentaria de desviar los radicalismos, fingiendo transigir, para llevar á los rebeldes á un campo donde toda oposición sea estéril. "Pues bien, señores", iba á decir, pero se contuvo á tiempo y habló así:

- Pero hijo mío, lo primero es contrastar la alhaja para ver si es oro de ley. Hay que poner á prueba tu amor mismo hasta adquirir la certidumbre de que estás realmente enamorado y no es todo ello una mera ilusión de democracia, digo, de corazón. Porque acaece muchas veces, que este loco se disfraza de amante y nos hace componer madrigales castos, cuando lo que efectivamente sentimos es un apetito atroz. Acontece frecuentemente, que esos amores de joven son una especie de encelamientos versificado. Para quilatar la pureza de esas inclinaciones, es gran crisol la distancia y gran fuego el placer; elementos de alquimia psicológica á que voy á someterte. Disponte á viajar; irás á donde quieras y gastarás lo que pidas. Diviértete, airéate, atúrdete en la gran vida llevando contigo ese programa, quiero decir, ese ideal, y si después que lo hayas expuesto á los embates de la anarquía, se conserva incólume, yo, tu padre, votaré esa ley; entiéndase, te llevaré con ella á los Altares.

¡Qué triunfo oratorio! En la Cámara sonó un aplauso cerrado. Eduardo sintió que todo el Olimpo de fascinaciones juveniles zumbaba en su cabeza; ante sus ojos ávidos pasaron en tropel mil desnudas visiones de lupanar; toda la galería de portfolios y postales clandestinas danzó en su mente una diablesca y lujuriante jerigonza. Sacudiéronse todas las libidinosidades de sus sueños de adolescente, y todos sus extenuantes desórdenes de colegial iniciado se pusieron de punta al mágico conjuro de la orgía, que era para él, teórico del placer, algo divinamente carnal.

Viajar, transportarse libremente al mundo de lo prohibido, tocar con sus manos calenturientas aquellas cosas; entrar de sopetón

en el Paraíso y tener al alcance de la boca sus sabrosas y no gustadas frutas... ¡Oh, padre, padre qué bueno eres!... ¡Y que al buen señor le sobraba la razón" ¿No era una imprudencia entregarse á ciegas al primer arrebato? Había que estudiar antes qué cosa era el amor, había que otear campos, descubrir horizontes, foguearse, para no caer como la codorniz sencilla á la primera reclamada. ¡Si parecía que al solo anuncio de libertad y de goce, la figura de Almita se decoloraba, se perdía...

- Mi padre es hombre experto. Me va á costar un disgusto, pero pasados dos meses no me acordaré de ella. Además, ahora veremos qué tal se porta... ¡Las mujeres!... - ¡Lo que sabía él ya de mujeres!... - Seguramente no tarda una semana en cubrirse la vacante.

¿Se despediría de ella? El egoísmo le decía que no; se ahorraría oír los quejidos de la víctima. Sí, pero eso era canallesco é imposibilitaba toda reconciliación futura. La alborotada conciencia de Eduardo se acogía á todas las atenuaciones del delito, y á la de no ser definitiva la ruptura, era una. Se trataba, no más, de una prueba que saldría bien. Algo le pedía muy adentro, que no renunciase en absoluto, que dejase pendiente el hilo de una esperanza, y era que quería engañarse porque le dolía arrancarse de raíz aquel amorcillo, primero de su vida. Sí, se despediría de ella, inventaría cualquier pretexto, una de esas mentiras que irónicamente se llaman piadosas. El golpe que mata, es propio de brazos fuertes; el martirio lento que extingue la vida retorciéndola en el potro, es el escogido por los criminales empedernidos y por los cobardes.
Vacilaba solicitado por apremiantes deseos, contenido por obstáculos de hidalguía; perplejo ante caminos tan opuestos. Mas el espíritu anheloso, amigo de la novedad, soliviantado por el hervor de la juventud gana sa, venció. Había dicho que se iría, y se iría. Cierto que lo ineludible de la separación removió todo su sér, descubriendo que quería á Almita mucho más de lo que podía suponer: hallazgo que hizo en los mismos posos de la sangre, noticia que le salió al paso como cosa nueva; pero él ya tenía echados sus cálculos. Sencillamente no la olvidaría, ella lo aguardaría fiel, y el padre tendría que sancionar al fin lo que por inquebrantable se impondría.

Corroborado por esta promesa fué á la reja la tarde de su partida. La novia le aguardaba como siempre, fijos los ojos azules en el cielo cual si le preguntara: "¿vendrá hoy?" Los dedos invisibles de una de esas anemias de alabastro, había ido empalideciendo su tex y orlaron las cuencas de sus ojos con cercos nazarenos. Era la rubia languideciente lirio, bello como la soledad de la luna.

- Hoy, nena, tengo que darte una mala noticia.
- ¿Que ya no me quieres?
- No, tontuela; siempre dices eso.
- Espero oírtelo nada más, para convencerme. Estoy como los sentenciados á muerte que lo saben y no lo quieren saber.
- ¡Bah; llevas algún tiempo como un viernes santo!... Pues verás... Verás cómo no tienes razón. He tenido una explicación con mi padre y se ablanda, se ablanda, vamos, que consiente.
- No lo creo. Tu padre no te quiere para una infeliz desheredada, y aunque fuera así, tú...
- Escucha, mujer: pues verás... verás...
- Algo malo me vas á decir. Me lo anuncia el corazón y me lo confirman tus rodeos. Anda, yo te doy valor. Verdugo: aquí está mi cuello. ¡Hiere!
- No... Si... ¡Pero chiquilla, atiende sin esos meneos de cabeza que me desconciertan! Mi padre no consiente, no se ablanda. ¡Ca! Cada vez más duro. Lo que hay es que he discurrido un medio de...
- Estás mintiendo.

Los ojos azules adivinaban; Eduardo se veía residenciado, descubierto siempre. No sabía engañar: pero como de algún modo se tenía que valer, porque aquella misma tarde había de partir, acudió á otra mentira mayor, si bien más creible.

- Mira... no quiero hacerte padecer. La mala noticia es que tengo que hacer un viaje.
- ¿Te vás?
- Sí... á un asunto. Por poco tiempo.
- ¡Por siempre! - gimió Almita, y tegiendo sus manos gráciles retorció los brazos hasta hacerlos crujir. - ¡Por siempre, Dios mío, por siempre!... ¡Ay, amado, mío, cuánto daño me haces!... ¡Mátame! ¿Por qué no me

matas? Tú clavas y yo espero. Así, sin parpadear, para quedarme viéndote... porque sin verte, Eduardo de mi alma, voy á morir peor.

- Nena ¡por todos los Santos, no te pongas así! Espérame; si volveré... pronto.
- No, no vuelves, no vuelves... ¡Si no sabes mentir! ¡Si lo veo en esos ojos queridos, que son lo único que de tí me queda porque se resisten á dejarme de mirar. ¡En tus ojos míos!...

Aquí la mujer saltó gatuna y quiso arañar.

- ¿Pero estás loca?
- Es que quiero sacártelos, para que no te los lleves y miren á otras; porque son míos, míos, ¡míos!...
- Y ciego no me ibas á querer.
- ¡Oh!, sí; ciego, cojo, tullido, enfermo; de algún modo que fueras débil, que te pudiera yo tener, que no te quisiera nadie. Que se trocaran nuestras situaciones y que fuera yo la dueña, la libre, la fuerte para que entonces me quisieras mucho, porque verías que yo por muy desgraciado que te hallaras no te dejaría jamás.
- Almita, vamos, serénate. Te aseguro que volveré, que volveré... pronro.
- ¿Y cuándo te vas?
- Hoy.
- ¿Hoy? Habrás tomado la resolución de repente para no tener tiempo de arrepentirte, como quien teme, como quien escapa.
- No escapo Almita, afirmo que volveré a buscarte.
- ¡No volverás, ó volverás tarde!
- ¿Tarde? ¿Es que piensas sustituirme?
- ¡Bien sabes que no! Y yo te juro ahora, Eduardo mío, que no querré á nadie más que á tí. Y yo te pronostico que nadie te querrá como te quiero yo. Así, cuando estés vencido, cuando los desengaños te arrojen del mundo, pobre ó rico, bien ó mal, como estés, vuelve, búscame y me hallarás esperándote. Dame tu frente.

Las manos frías, como las manos de una muerta, ciñeron las sienes del mancebo, y los labios pálidos pusieron en la frente varonil un ósculo purísimo.

- Toma: es mi juramento. Ahora, vete.

Dió un paso atrás y quedó misteriosa, sibilina. Los ojos azules posaron en él una mirada quieta y profunda, y hubo un instante solemne. Alma erguía detrás de la reja su impavidez serena, excelsa, con el heróico estoicismo de una santa camino del suplicio. Esperaba la separación con la imperturbable inmovilidad con que una estatua aguarda las llamas que ya lamen su pedestal. Su brazo se tendía imperioso, deífico...

- ¡Vete!
- O no me quiere - pensó Eduardo - ó es más valiente que yo.

La grandeza de aquella actitud sublime en que la novia tenía toda imponente majestad de los mártires augustos; el gesto bellísimo en que las facciones parecían petrificarse, taladrantes los ojos, tersa la frente, apretada la boca, rígido el busto, erguida la mujer entronizada en su superioridad moral, hubieran hecho caer al novio confundido á los pies de la poderosa. Pero el brazo implacable, tenaz, lo subyugaba, y la voz sonó nuevamente con acento ultrahumano.

- ¡Vete!

Eduardo empezó á andar sugestionado, humillado, vil. Sus primero pasos fueron torpes, enseguida, ligeros... Cuando iba á torcer la esquina oyó:

- ¡Adiós, amor mío, adiós, vida mía!

Y luego un golpe, un ruido inequívoco: ese trágico ruido que producen los cuerpos humanos cuando se desploman. La estatua había caído, se había roto. Eduardo vaciló un instante, como si la repercusión de aquel golpe le fuese á derribar. Por última vez dudó. ¿Volvería?... ¡No! El daño estaba hecho, la víctima en tierra; al asesino no le quedaba más que huir.

Llegó á su casa; el coche esperaba ya y partieron enseguida. El mismo padre le tomó el billete y le acompañó hasta el vagón. El buen señor estaba impaciente y nervioso como en un día de elecciones.

- Toma, van quince mil pesetas. Sin cuenta. Cuando se acaben, pide.

Partió el tren. Desde la ventanilla se veía el conjunto de casas que formaban la ciudad. La torre surgía destacándose de los

tejados denegridos. Allí cerca estaba el gobierno civil... ¡Pobre Alma, qué noche pasará!... La máquina silbó furiosamente, ganando toda la velocidad. Quedada entre las sombras se hundió la ciudad en la lejanía... ¿Qué es eso, lloras, Eduardo?... Encendió un cigarrillo y fumó ansiosamente, el humo se desvanecía disuelto por las brisas de la noche...

¡Qué diablo, tres mil duros y cuenta abierta! ¡Fantasía, Corazón, Pensamiento; soldados, firmes, que ha llegado la hora de pensar!...

3.2 Herminia

Se acababa el tormento diario. Ya había estado Eduardo asfixiándose en el *vaporarium* sin poder resistir los minutos prescritos por el médico respirando el cálido vaho de la fuente de aguas azulinas que bullía como una espita de las calderas del infierno. En aquella especie de horno líquido, los pulmones se agitaban faltos de aire, angustiados de luchar con un ambiente saturado de gas sulfídrico, olor á podredumbre, asqueante, soportado á una temperatura de rehogo. El capuchón de grotesco aspecto se empapaba en el vapor pegajoso y en la abundante exhudación que rezumaban abiertos todos los poros, amenazando extravasar la sangre y rendir el organismo.

El baño era, al fin, más tolerable porque se reducía á dejarse cocer en una piscina llena de líquido pestífero que producía una laxitud y enervamiento casi placenteros en su último período, como debe ser el trasudor de la agonía de los tísicos. Pero la *estufa* era sencillamente inaguantable. Salió de allí feble y desfallecido y sintió frío en la galería, que al entrar le pareció caldeada por una llamarada senegalense. El bañero lo envolvió en la sábana afelpada y en una manta recia para que continuase la copiosa licuedacción, sentóse él en la silla de manos y, conducido como en andas por dos mozos, llegó á la *buvette*.

Los leones de piedras vomitaban su perdurable chorro humeante del agua nauseabunda que era preciso beber. La fuente era remedo de aquella otra fuente de la Alhambra, á cuyo estilo se ha ajustado toda la decoración del Establecimiento termal de Archena. Mas estos leones no rizaban el cristal irisado que en la siesta andaluza refrescaría los labios agarenos de una mujer del Korán; arrojaban un venero de aquel endiablado líquido venido de ígneas profundidades, hirviendo todavía por el calor de las fraguas de Vulcano y enturbiado por el azufre de las calderas del Averno, que se iba depositando en las bocas de los leones pintándoles de amarillo los hocicos.

Por las lóbregas galerías, como de un extraño árabe, en noche de luna, - tal asemejaba la lechosa claridad que se filtraba por las claraboyas - transitaban los bañistas metidos en otros

capuchones, al aire los tobillos, chancleteando las babuchas, semejantes á moros para que la visión africana, insistente en aquella región, fuera más completa. Oíase por todas partes el borboteo de los gritos, el rumos atragantado de las tuberías que repartían la salud á cincuenta y cinco grados, llevando el agua á escaldar los cuerpos enfermos y sacarles en la cochura los malos rumores. El agua corría también por canalillos teñidos del mismo color ocre, y era en ellos más azul que en el ebullente manantial.

La impresión de bienestar gozada al salir del *vaporarium* fué breve; inmediatamente sintió Eduardo la misma fatiga porque también allí respiraba aire impregnado de vapores sulfurosos, pastosos y fétidos. Y era imprescindible añadir otra tortura bebiendo de aquella agua; el bañero había llenado una copa, se la ofrecía con una sonrisa que podía ser misericordiosa ó cruel. Bebió: el sabor, al pronto salado, pasó á ser á huevos podridos al segundo trago, y una arcada de asco le hizo devolver aquel caldo revuelto con la bilis. Nadie se extrañó del vómito frecuente en aquel lugar; pronto un chaparrón del agua purificadora lavó los azulejos dejándolos inmaculados. El bañero insistía con otra nueva copa en que había escupido uno de los leones hasta el borde. Debía volver á beber: no era bastante aspirar los componentes minerales por la piel y por los pulmones, se imponía además llevarlos por el estómago á la sangre adulterada. Apuró, pues, su cáliz de amargura y esta vez se quedó dentro lo ingerido fregándole las tripas y abrasándole las entrañas. El corazón se apresuró alarmado por tal inundación férvida, volcán de las venas, los leones hicieron espantables muecas y saltaron horriblemente, hundiéronse las galerías... Y los mozos cargaron escalera arriba con el bañista desmayado, envuelto en las mantas hasta taparle la cabeza, hecho un rebujo, un fardo averiado...

Una hora después, Eduardo despertaba en su lecho del sopor agonioso, sumido en otro baño de sudor. Estaba solo.

Sentía una sedante sensación de cansancio y una extraordinaria lucidez de pensamiento. Las aguas del Jordán de Archena iban lavando al mismo tiempo de su cuerpo y de su alma las lacras del pecado como si lo prepararan á una nueva vida. Era una crisis moral, una contrición que lo disponía al arrepentimiento y

á la enmienda prevenido de un escrupuloso examen de conciencia.

...

Tres años hacía que abandonó su casa hambriento de goces y bien municionado de dinero. Recordaba él como Madrid, ese Madrid somero y fácil de los jóvenes alegres y los viejos viciosos, lo recibió con los brazos abiertos. Se inició rápidamente en la vida crapulosa estallando en pompas su frenesí, como se derrama la espuma por la boca de las botellas de champagne.

Al principio, el cuerpo joven era como los lobos en invierno: voraz y omnívoro. La carne era siempre buena; lo mismo la del corderillo que la rendía balando, que la de la res putrefacta hallada en el barranco, tal vez envenenada por el cazador. Pero muy pronto, ahito, le acometió el anhelo de algo más intenso. La conjunción pasagera y alquilada que el primer día es reveladora, truécase en repugnante revolcadura apenas ha desaparecido la novedad; y lo que al hambre le pareció exquisito, asquea el estómago satisfecho. Sólo almas acorchadas pueden reducirse á esos hartazgos é infecundos. Los espíritus ávidos se ven defraudados por una carnalidad de espasmos mecánicos que se da con látigo y espuela como los caballos, sin tener ni aún el arranque de desbocarse. El primer avance en el camino del refinamiento de su degradación fué su deseo de que le dieran *de capricho* los besos tan fáciles á sus larguezas, y no faltaron astutas que le regalaran esta ilusión cobrándose luego según tarifa más alta.

Eduardo, frecuentó muchas perdidas buscando desesperadamente en alguna de ellas la simultaneidad efectiva de la atracción y de la crisis. No la hallaba. ¿Dónde estaban las ardientes, las encenegadas, las ebrias, las viciosas? No se explicaba él, notada la fría indiferencia de tantas arrendadoras, que viviesen del amor las que no lo sentían ni lo conocían tal vez. ¿Cómo si fué para ellas un horrible desengaño, persistían en él? ¿Acaso como oficio no podía ser reemplazado por otros mil, menos penosos, menos humillantes? ¿Qué burla infama representaba un mundo que parece gobernarse por el amor, cuando el amor es para sus creadoras una prestación molesta, una humilde soportación de la bestialidad? El presentía un algo imperante y fuerte sin ser lo que le llevaba á la reja de Alma, tendría su poder acrecentado por la tangible certidumbre del fin.

Estaba entonces en esa sazón de potencialidad que le hacía buscar un amor entero con ansia de náufrago. Eran aquellos los días en que nuestro corazón sale á la calle dispuesto á prenderse de los primeros ojos que lo miren. Epoca transitoria en que amamos el amor y lo seguiríamos volando, si por el cielo cruzase, ó nos quedaríamos solidificados, si pudiéramos convertirnos en amantes de piedra para estar besando eternamente la boca de la Cibeles.

Una noche, salió de su hospedaje sin rumbo; las horas de su holganza, atizadas en el desasosiego de su disipación por el vehemente anhelo de un encuentro, pasaban terribles entre el bullicio de un mundo atareado ó distraído. Eduardo, recorría las calles populosas clavando en cada mujer *honrada* una mirada insolente de ladrón, y respondiendo con un agrio desprecio á cada *perdida* que se le acercaba. Se metió en el Kursaal, porque en algún sitio había de matar la velada.

La sala del frontón estaba concurridísima, gracias á la *gran atracción* de un espectáculo nuevo, importado á España sin más estudio de su belleza que la circunstancia de ser cosa del extranjero. Llamaba á aquello *luchas romanas*.

El gladiador hercúleo que ensangrentó el circo de los Césares, estudioso de la estética del morir, tigre y artista, era remedado groseramente. Hasta doce hombres de musculaturas exageramente mórbidas, redondeadas como carnes femeninas, aparecieron en el escenario exhibiendo sus pechos afeitados, sus biceps ostentosos y sus espaldas carnosas, con tal esmero cuidada la tersura de la piel, depilados y relamidos, que sus cuellos merecían descotes de encaje. Tales Adonis de la reciedumbre, barrigudos como cerdos cebones, desfilaron á pares por la escena verificando un truculento simulacro de lucha. Se agarraban, se abrazaban forcejeando, se retorcían con sauriescas contorsiones, moviendo los remos fofos, rozado sus desnudas humanidades, sobajándose, cruzando en zancadillas y pataleos sus piernas y sus brazos en contubernio de carnaza, hasta que la piel irritada adquiría encendidos tintes de naranja, donde se marcaban las huellas fugitivas de la presión de las manos. A veces rodaban caídos, revueltos; la cabeza del uno quedaba sujeta entre las rodillas del otro y las posturas simiescas, las revolcaduras, se sucedía, en aquel frotamiento de

miembros cada vez más correosos y exhudantes... La noble escultura humana, ya deformada por un desarrollo in armónico de músculos que parecían postizos, era profanada vergonzosamente en innobles contactos y por descontuntadas y repugnantes sacudidas que hacían de las líneas majestuosas del cuerpo del hombre, un sucio y desastroso montón de basura.
Eduardo, sintió repulsión ante el degradado espectáculo, y más aún ante aquella parte del público que aplaudía á los pulidos atletas. Pensó en el fuego de la Pentápolis... Y esta desagradable impresión predispuso su ánimo para gozar de la antítesis que el siguiente número del programa le ofrecía.
Desaparecidos de la escena los luchadores, la orquesta tocó una música canallesca y apareció sobre tablado una bailarina gracil y pícara. Ahora era muy distinta la sensación: ahora la carne era tierna, rosada, delicadamente elástica, y los movimientos ligeros sin brusquedad, sin violencia, agitados y ágiles. En vez de bestializar la figura, la embellecían con aleteos de pájaro, saltos de corza, contoneos de paloma, ondulaciones de cisne, contractilidad nerviosa de gatita juguetona. La bailarina en indiscretos y rápidos volteos de su danza lasciva, permitía fugacísimas visiones de las inquietantes gracias de su cuerpo ducho, insinuando á los avisados habilidades de maestra.
Era una rubia, ¡rubia!, menuda, de gentil talle mimbreño, de curbaturas oscilantes y armónicas, de cuerpo admirable por la probidad íntegra de sus redondeces y la asombrosa tornalidad de las articulaciones que debían ceñir en el abrazo como anillos de serpiente. Tenía los ojos azules, ¡azules!, y miraba relampagueando chispazos incendiarios, dueñas sus pupilas de un rayo de luz que esgrimían como la hoja de un florete. La semejanza física de esta rubia voluptuosa y *perdida*, con la otra rubia cándida y romántica, era muy grande: como si Alma trasmigrando al nuevo mundo en que él vivía, hubiese, por su gusto, cambiado su sér en este sér espléndido y provocativo.
Sí, á la novia le faltó para retenerlo la sagacidad pecaminosa de esta bailarina redomada, fogonera de la brutalidad del concurso que ella sabía atizar tan sabia y supercheramente. Y como si el amor vacío que por la otra sentía, encarnase en ésta, realizándose tangible, deseó á la perdida con deseo indomable, la amó ardiente desde el primer momento.

Corrió al escenario presuroso para ganar la vez en el entretenimiento de la nueva *estrella*, que no tendría compromiso todavía, y no pudo hallarla. Se había retirado enseguida, segura tal vez de haberse *anunciado* eficazmente. Allí supo que era una *debutante* salida de un obrador y averiguó las señas de su casa. Ir allá fué su primer pensamiento, mas se contuvo comprendiendo que sería imprudente y seguramente inútil. Buscó, pues, á la mediadora.

- ¡Pero chiquillo, esa te va á costar un dineral!
- Lo que cueste; la quiero mañana mismo.
- Descuida, hijo, que como toree, que sí toreará, la tendrás.

Nunca había sentido Eduardo la desazón de impaciencia, el fuego, como aquel día. Creíase vecino á un desposorio definitivo y feliz. La bailarina era resueltamente la esperada por su corazón, la única, la suya. Sin saber por qué trasmutación de ideas, contaba en ésta con el amor sereno é intenso de la otra, y la creía ya subyugada y amante como aquélla, á quien él hubiera querido de la condición de ésta. Se decía él que la obsesión de la romántica, no era sino el aviso de la observación de la real y accesible hembra. Así pensaba Eduardo en la plasticidad del amor, forjándolo en barro.

Al día siguiente, acudió más temprano de lo convenido á la casa propicia para recibir un latigazo que hostigase más sus ansias avasalladoras.

- Pues chico, que no, que no y que no. Se pone muchos moños, porque hay puja. Si esperas un par de meses, por cinco duros.

¡Esperar! No. El la quería antes, es decir, *primero*. La exclusividad celosa del amor carnívoro, se revelaba á toda idea de antecesión en el disfrute de la bella bestizuela. Que le ofreciese hasta decirla, mil, dos mi... pero pronto, ¡pronto!

- ¡Ah, y le dices que el *punto* estará esta noche en la butaca tres de la segunda fila. Para que se fije.

Llegaría antes que nadie. El sabía que no era una intacta, que estaría manoseada y gozada por muchos; pero como costurera, obscuramente; como bailarina, no había sido de ninguno, y esta absurda virginidad lo consolaba. Del pasado sin relieve, vulgar, de aquella mariposa de colores, nada intentaría descubrir. La quería así, sorprendiéndolo, sin premisas para quitarle el asco

que á la carne tenía, como se le reveló en la escena, destruyendo la asqueante impresión de los luchadores. Así, inesperada, nueva para él, también novicio en el amor presentido.

A la noche siguiente, esperó temblando que el telón se alzara cuando debía aparecer Herminia; deseaba recibir la mirada única que le dirigiría advertida de que allí estaba el solicitante, y temía una mala impresión por parte de ella. ¿En qué actitud se colocaría? ¿Cuál sería el gesto seductor capaz de interesar á la veleidosa? Subió el telón y salió la amada vestida con otro más arlequinesco traje corto. La falda se esponjaba y, á los revoloteos, surgían las medias negras de un crujiente vellón de encajes como la espuma pomposos y leves; la cintura se clavaba en aquel nuboso torbellino y el seno visible á medias, gracias á un escote amplio, parecia querer desbordarse; los brazos desnudos enredaban toda suerte de espirales, como si escribieran en el aire sortilegios y conjuros de amor. Una sonrisa loca y burlesca de Colombina, jugaba en sus labios, estableciendo la atracción magnética con que dominaba á los espectadores. Los reflectores eléctricos la enfocaban, envolviéndola en su luminosidad blanca que daba á sus carnes tornasolados de nácar.

A Eduardo, le pareció mucho más hermosa, y siguió ávido, implorante, sus bulliciosos donaires. Ella, miró por fin con inquisitiva mirada rápida. A esta mirada, bebida por él ansiosamente, siguió una más sincera sonrisa: estaba complacida. Cuando hubo de volver á presentarse requerida por los aplausos de tanto hombre excitado, una de sus manos astutas, dirigió á Eduardo una seña inadverti da de todos, y cogida al vuelo por él. Quiso decir: "Espérame"

Más tarde charlaban en el restaurant.

- Dije que no porque á lo mejor esos recados vienen de un viejo baboso ó de un antiático. ¿Por qué no me buscaste sin embajadores?
- Hubiérame visto forzado á esperar ocasión y tenía prisa.
- ¡Qué gracioso! Porque *tiés guita* y los hombres que tienen guita, no quieren andarse con rodeos. Así es mejor.
- Oye Herminia: yo quiero que tú no me des besos por un tanto. Tendrás joyas, dinero, lujo; pero no porque te lo dé para pagarte tu salario de placentera, sino porque lo mío

será tuyo, como quiero que tú seas mía, porque nos hemos de adorar.

La mundana sintió que retozaba en el hoyuelo una carcajada con mil cascabeles. Se contuvo, no obstante, temiendo alguna atrocidad del cliente que *hacía vino triste*.

Estaban en los postres. Varias botellas vacías, que ya no humeaban, eran testigos de que fué alegre la cena nupcial. Herminia, casi borracha, más hermosa con los carmines de la borrachera, miraba ingenuamente, no dueña de sus ojos, cuando obedientes á sus mañas, felinos, cuando libres de fingimientos celestiales. El atavío de lentejuelas y madroños de la escena, fue sustituido por un serlo vestido de señorita honestamente inaguantable. Tenía los brazos desnudos no más que hasta el codo, y el pecho se hacía notar hinchado sedas. Aún conservaba el peinado *para el público*, un peinado que partía en dos bandós el oleaje de su cabellera de ese rubio de té infalsificable, y caían sobre sus orejitas caracoleando los rizos como sierpes diminutas. De cerca se aquilataba su perfección. La nariz recta de aletas nerviosas, la boca de carnosos labios, siempre húmedos, como una cereza partida; un óvalo murillesco, que se dibujaba preciso, cualquiera que fuese la posición de la cabeza sobre el cuello cosquilloso.

La risa era su escudo: brotó al fin la carcajada frívola.

- Mira, mira chiquillo: déjate tú estar esas cosas que el diablo dispara. Yo no sé lo que es eso... ¡ni quiero, ea! A mí no me vengas con novelerías. De seguro has oído, cada vez que conoces á una, la historia de romances del hombre que las perdió, de la limosna que pidieron, del padre en presidio ó de la madrastra que vendió el palmito... Pues hijo, yo no tengo drama. Vine á donde me ves porque me gusta ¡ea!; porque mi cuerpecito es goloso y holgazán y tengo miedo de noche ni duermo sola. Vengan goces, muchos goces, que harten, que rindan, hasta que me caiga molida... que aún le falta.

De un brinco se sentó en sus rodillas y una lluvia de besos que le picaba como su hundiera el rostro en una mata de ortigas, hizo sentir á Eduardo el estallido del deseo. Y fué como si ambos cabalgando en velocísimos corceles avarientos de correr, desbocados, frenéticos, quisieran adelantarse en una carrera

deliciosa, vertiginosa, vesánica. Y por primera vez, Eduardo, vió como se quedaba detrás pataleando su potro, mientras el de su compañera había llegado al fin sudoroso y convulsivo para caer jadeante. Quería el vencido seguir, seguir y siguió su galope teniendo que hollar y sacudir violente el cuerpo del otro, que había trocado las fuertes impulsiones de los saltos por el hipo blando y temblador de la fatiga orgía de todos los sentidos, requisa de los más hondos resortes de la sensibilidad.
Herminia decía luego:

- Vamos adonde podamos estar pegaditos. Quiero dormirme sobre tu pecho, porque estoy muy mimosa.

Al día siguiente esta él seguro de haber hallado la verdadera felicidad.
En el Kursaal se habló de que *á la bella Herminia la iba á retirar uno*. Efectivamente Eduardo intentó que su amada dejase aquel oficio que, además de robársela muchas horas, le imponía el diario suplicio de verla codiciada por mil hombres dueños de ella unos minutos, pagadores de sus gracias, que se la comían con los ojos, mientras él recluído en el *camerino*, se mordía el bigote cada vez que atronaban la sala los aplausos. Pero Herminia sabía lo que avaloraba sus preferencia el hecho de ser por tantos deseada, mérito muchas veces único de esas mujeres del teatro, dueñas del albedrío de amantes que no hubieran reparado en ellas á ser unas burguesas sencillamente, y que las abandonarían hastiados si no renovara cada noche su amor el orgullo de monopolizar la que tantos envidian. Estas queridas se elevan como algo superior á sus adoradores, ignorados del mundo, y se abrillantan con la luminosa aureola del escenario.
Tuvo, pues, el querido que resignarse á compartir el disfrute de la belleza de Herminia con todos los espectadores y que tolerar esa especie de adulterio moral cometido por las que buscan la admiración y estudian el modo de despertar los deseos de hombres que no son el suyo.
Aún sucedía algo peor: cuando ella, dominadora ya, tuvo por seguros el amor y la bolsa de Eduardo, dejó de ser asidua, y muchas noches lo condenaba á la soledad. Los ensayos la retenían, la cansaba el exceso de trabajo, era preciso preparar un traje original, estaba malucha... y Eduardo, como si recibiera de limosna lo que tan caro le costaba, obedecía sin protesta

esperando cada vez con mayor ansia las horas en que ella se dignaba venir á sus brazos, que eran muchas menos de las que él quisiera.

Colgaron su nido en la propia habitación del enamorado. El antes desolado y revuelto gabinete de hotel se transformó en edén, y al olor acre del tabaco, dominaron los penetrantes perfumes de la liviana. Sus retratos estaban profusamente repartidos por todas partes campeando en las paredes, barajándose en las mesas, sirviendo de registro en las novelas leidas durante las noches de forzosa soltería. En uno aparecía Herminia ataviada con el disfraz de su trabajo, preso en el cartón el gesto de picardía que era su triunfo; en otro estaba desnuda: Eva sin vergüenza; y en otros muchos se la veía ilustrando historietas galantes que tenían al pie una explicación grosera. Por ser *del público*, lo era la amada hasta en las postales que todo el mundo podía comprar por diez céntimos. Un remusguillo de celos, de esos celos indefinidos que suelen atormentar á las esposas de los escritores, hizo á Eduardo obligarla á retratarse vulgarmente vestida como una burguesita cualquiera, como Alma, por ejemplo, y esa fotografá en que se mentía un orden y una virtud, era la preferida por el distraido, que estaba convencidísimo de que odiaba el pudor.

Un corsé abandonado sobre un diván recordaba el empaque del tesoro palpitante. Zapatitos desperdigados jugaban al escondite entre los flecos de la colcha. En el colgador había enagua en promiscuidad con levitas y chalecos. Entre las corbatas se mezclaban los guantes de seda. Con las botonaduras, las cartas del padre y los paquetes de cigarrillos, se confundían las pulseras, los pendientes y los mechones de pelo rubio. Unas medias arrugadas se señoreaban del *bureau*.

Toda la estancia denunciaba el amor pecaminoso. Las camareras de los Hoteles distinguen fácilmente las habitaciones ocupadas por matrimonio de las *de dos*. En los descuidos de la mujer casta hay cierta prosa dañina para esas esposas ingenuas que olvidaron la noble coquetería conyugal. Una cocota deja á granel sus prendas íntimas siempre interesantes, bien olientes y limpias; una señora esconde detrás del baúl el lío repugnante de su ropa interior sucia, que exhala un tufo inconfundible. No hay más que aspirar el ambiente de las alcobas en que se ha

pernoctado: el olor á querida es amable, tentador; perfume amoroso, fragancia de besos. El olor á matrimonio suele ser pegajoso, humano. Hay algo repulsivo en la habitualidad de una alcoba legal en que se ronca, y hay algo endiabladamente seductor en los nidos nefandos á los que se acude sin pensar en el sueño. Mientras las buenas casas no aprendan bien esta verdad, habrá maridos infieles. ¡Oh, burguesa, lávate, báñate, perfúmate, que tu felicidad se espanda del sudo de tus axilas!

En aquellas habitaciones que trascendían á Herminia, esperaba él una tarde la llegada de ella. Retrepado en una butaca fumaba lentamente hilando la hebra de su deseo de que llegara pronto. El servicio de café humeaba su valor sabroso el velador y junto á la copa de cognac había un estuche de joyería.

El regalo de aquel mes: un collar. Desde Margarita hay en la historia de cada mujer indefectiblemente algún collar. Es como la argolla que las amarra al hombre, toisón de la orden de las amadas. Herminia tenía debilidad por los collares, porque allí donde se los ponía era el mejor sitio para los besos estremecedores y los collares la besaban al bailar con un beso frío, caricia de piedra, como si el mar de oro en que deseaba zambullirse le llegase ya al cuello. Eduardo esperaba la escena feliz que á aquel, como á otros regalos, sucedería.

Pero Herminia tardaba, tardaba mucho. El, impaciente, había ya contado las flores del entrepaño empapelado y los picos de la estrella del centro del techo que se adhería al cielo raso como un pulpo de estuco; había quemado tabaco hasta colmar el cenicero, y sin darse cuenta bebió varias copas... Herminia tardaba.

- Es extraño; me prometió venir hoy.

El reloj marcaba que eran idas ya tres horas después de la convenida. Mientras lo dijo callado con su cara esférica. Eduardo no se soliviantó; pero al oir las campanadas la desazón fué definitiva: tiene el oído sobre nosotros más poder que la vista.

¿Por qué no venía? Esta cita fallida tras una semana, una interminable serie de ocho días, de enfado, cita de reconciliación, de capitulación por parte de él, tenía un interés superior al de las otras citas de su idilio anterior. La última noche había sido desastrosa. Así fué como riñeron:

- ¿Estás de monos?

- Estoy.
- Pues duerme.
- Pues no. Es necesario que acabe de una vez mi situación ridícula. ¿Oyes Herminia? Es necesario. He tolerado que te sigas peinando *para el público* como tú dices, porque en ello había cierto orgullo mío; pero se acabó. No quiero más niños elegantes, ni más amigos antiguos, ni más luchadores polacos.
- ¿Lo dices porque lo has encontrado en mi cuarto?
- Lo digo porque llevas varios días *timándote* con él. ¡Clarito!

Herminia se sentó en la cama descubriendo su irresistible busto, abrazó al amante, lo envolvió en su perfume enloquecedor le dijo:

- ¡Niño de mi corazón, no tengas tú celitos! Anda come y calla.

Y luego al amanecer, cuando conversaban pacíficamente, dejó escapar esta frase:

- Esos bárbaros de luchadores son mucho hombre.

A ésto él le contestó saltando del lecho:

- ¡Y tú eres mucha tía!
- ¡Estúpido!

Empezó á vestirse.

- Hemos concluído, ¿sabes?, hemos concluído. ¡Pues vaya con el bruto éste! ¿Qué te habías *figurao*? ¿Que porque *tiés guita* la ibas á esconder á una *pá* que se encontrara sin camino el día que tú te hartes? Pues no señor: tú te quedas con tus duros y yo con mi cartel.

Y cuando estuvo vestida acabó.

- *Pá* que te enteres: el polaco me gusta más que tú porque *tié* tanta *mosca* como tú, más vergüenza que tú, y es más hombre que tú. ¡Que te diviertas, hijo! - y salió.

Tal había sido la última entrevista. Lo había dejado victoriosa, zaleándolo y arrojándolo hecho un guiñapo como arrojaba sus zapatos viejos. Y él, pasado el primer ímpetu de ira, al encontrarse solo y abrazar el vacío, había llorado en la cama que conservaba la huella cálida del cuerpo precioso, hundiendo la cabeza en las almohadas desde el amanecer hasta el medio día.

He aquí el motivo de que aquella tarde la aguardase con tanta ansiedad. Por no perder sus caricias dulcísimas, amainó sus celos: toleraría las visitas discreto, envilecido; toleraría las cenas con amigos, todo, hasta la participación del polaco. El amor que redime, encanalla también, y Eduardo estaba ya encanallado...

...

¡Ah, con qué dolor se removía el rescoldo de su conciencia al recordarlo! Rebulló en la cama como si le pincharan y tuvo vergüenza de sí ante sí. ¡Más vergüenza que la que le causaba exhibir en los paseos de Archena su cara enmascarada de pupas!

Seguía recordando: Herminia no acudió a la cita, prometida cuando fué á buscarla rendido y degradado; le ahorró el último bajón á la villanería.

Al convencerse de que no venía, salió á la calle furioso, meditando una venganza. Si la encuentra, se doctora de rufian, la pega. Por fortuna no la encontró. En el Kursaal fenecieron todas sus esperanzas. La estrella de la machila había partido para el extranjero contratada por un empresario francés. También iban allá los luchadores,

Eduardo volvió a llorar. ¡Qué pena, qué pena tan grande es verse burlado por el amor!

Muy tarde, escaldados los ojos, desfalleciente topó con un amigo paisano, cuya presencia le obligó á fingir jovialidad.

- ¡Hola! ¿Dónde diablos te metes? No tendrás nada que hacer. ¿No? ¡Claro! Pues cenemos juntos... y acompañados. Me espera una... Ya verás, ya verás. Hay una remesa. ¿Qué?, ¡habla hombre! ¿vienes ó no?
- Vamos.
- ¿Cómo la quieres, rubia ó morena?
- ¡Todas son iguales!

Y vino una morena.

Y cuando la hubo besado, Eduardo le preguntó:

- ¿Te gustan los collares de rubíes? Hazme olvidar y te regalaré uno.

Borrachos los cuatro, á la hora de separarse con sus encontradizas esposas de una noche, el paisano exclamó:

- ¡Ah! Me olvidaba. Una noticia de nuestra ciudad: se murió el gobernante aquél, el padre de tu novia. Un escándalo, chico. Han quedado rabiando de hambre... La almoneda no perdonó ni los colchones... Si no la hubieras

dejado, la gran ocasión. La chiquilla estaba por tí; desde que te ausentaste, no la volvimos á ver.

3.3 Aparición

Llamaron á la puerta respetuosamente. Era el camarero.

- La hora de almorzar. ¿El señorito quiere que le sirva aquí? El señorito debía salir al comedor; el médico lo recomienda.

¡Ah, si! Era el camarero; el camarero del pabellón número uno del balneario de Archena, donde se encontraba Eduardo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, dar un gran tirón á la imaginación loca que andaba devarando el sueño de revivir lo vivido... Tuvo que recapacitar un poco para darse cuenta de la realidad.

Todos los días al salir del baño le sucedía lo mismo. El ahogo del *vaporarium* y las arcadas del agua pestilente, eran sucedidos de un amodorramiento lúcido que envolvía todo su sér como en el humo de una quemazón. Las aguas le hacían expeler los malos humores y las malas ideas en aquella evolución de su vida. El tránsito, al retornar á sí mismo, se operaba nebuloso y mareante, cual si traspusiera de un vuelo la distancia habida entre el pasado delictivo y el presente expiatorio... Sí, sí, estaba en Archena, curándose una enfermedad gorrina, y aquel que había llamado era el camarero.

- Bueno, saldré al comedor.
- ¿Quiere el señorito que lo vista?
- Vísteme.

Levantó el sirviente las mantas humedecidas sin hacer un gesto al recibir la bocanada acre que emanaba el techo, y descubrió el cuerpo enflaquecido y amarillento cual tinto en el azufre de las aguas purificadoras. Eduardo se incorporó lánguidamente y vió en un espejo frontero la imagen hética de su extenuación.

- ¡Qué mal estoy aún!

Las pápulas de color de fresa que invadieron su rostro, lavadas por el baño salutífero, desaparecían arrodalándose y dejando estigmas blaquecinos que también se borraban poco á poco. Mas la fiebrecilla consuntiva persistía en su labor de enflojecimiento. Depauperado y pálido era, el antes gallardo mozo, un andrajo viviente. En sus ojos negros, saltones sobre la cara sin color, había una opacidad siniestra. El pelo faltaba en calvas lívidas y

una úlcera rebelde se obstinaba en desnutrir los tejidos, desportillando la nariz.

- No, aún no salgo al comedor. Debo causar asco. Sírveme aquí.

Era la segunda vez que visitaba el balneario. En su primer viaje no se dejó ver de nadie; ahora llevaba ya ocho días recluído en sus habitaciones, sin osar salir temeroso de las miraddas que tanto le sonrojaban y del "¡cómo está ese!", que le partía el corazón: Y ya, menos mal, que antes hubo una época en que renunció á mirarse al espejo para no pegarse un tiro.



Balneario de Archena

¿Cómo fué aquéllo? ¿Quién le pringó? Tuvo que ser Herminia. Los médicos le enteraron del proceso de incubación de la enfermedad y él, computando fechas, adquirió la certidumbre de que el virus procedía de la bailarina infame. Pasaron meses, muchos meses sin que, embebido en el amor de Herminia, tocase á ninguna otra, y el picotazo apareció una semana después de la fuga de ella. Era su rastro envenenado, su recuerdo vil. ¡Fué ella! No era bastante haberle hecho descender

á la degradación, la mala obra se completaba inoculándole cochinamente.
El picotazo inesperado, y hasta inadvertido en un principio, fué como la quemadura de un cigarro; sucesivamente vino luego la roseola de flores de albaricoque en el pecho; la infartación, la alopecía, la escaración de pápulas y la fiebre, completó el cuadro. Todos sus amigos diagnosticaron enseguida; son síntomas conocidos por toda la juventud. ¿Quién no los ha visto?
¡Maldita víbora!... ¿Maldita? ¿Y por qué? ¿Acaso él no había hecho lo mismo? ¿Cuántas lo podrían maldecir desde las camas de los hospitales? ¿Cuántos las maldecirían á ellas luego? Tal enfermedad es la moneda con que se cobra el diablo los vicios que insinúa y los placeres que proporciona. Puesta en circulación hace siglos, va y viene, se multiplica, se difunde, llega á todos los rincones, cruza los mares y anda por todo el mundo embarcada en los besos y perpetuada en las generaciones.
Herminia no era maldita. Fué uno de tantos vasos en que se vierte la ponzoña. Tal vez ella lloraría también la destrucción criminal de su juventud y de su belleza corroída por el mismo morbo que ambos buscaron por camino idéntico. Algo latía aún en el abandonado, que le movía á perdonar. Herminia, la traidora, lo había elevado á las cumbres de la sensualidad, generosa de sí misma, pródiga de sus encantos, hábil pulsadora de toda una gama de notas voluptuosas en el arpa vibrante de su cuerpo complicado, hiperestésica, insaciable. Ninguna modalidad, ninguna de las locas maneras del vicio, había sido negada por la exquisita, toda goce, toda pasión. Tenía la flexibilidad de las anguilas, escurridiza y adherente para darse entera enroscándose, envolviéndolo, y eran sus labios ventosa de vampiro que se posaban cálidos y extraían la esencia de la vida... Y como siempre que recordaba las caricias vitandas, sintióse deseoso...
El médico interrumpió su soliloquio dañino. Un médico amable é indulgente, que miraba con compasión á los inválidos del amor. Entró jovial.

- Señor mío: me ha dicho el enfermero que insiste usted en no salir, y eso no puede ser. Hay que combatir esa

depresión de ánimo. Esta tarde quiero verlo á usted por el Parque.

- Doctor, me dá vergüenza.
- ¿Ahora con eso? Sobre que aquí todos visten el mismo uniforme con las mismas (...)
  cruces, esa vergüenza es pueril. No la sentiría usted cuando fuera á teatros y paseos del brazo con la dadivosa; seguramente el pecado le sirvió de galardón... Pues quien viera aquello, se figuraría esto. Es indefectivo: no escapa un cinco por ciento sin este tropezón. En fin, es parte de mi plan curativo. Salga usted porque lo mando yo.
- Está bien; saldré á exhibir mis lacras como el presidiario arrastra su cadena.
- Entre presidiarios... ¡Bah!... Hasta luego

...

Aquella tarde se aventuró en efecto á dar un paseo por los jardines. No conocía el panorama y la impresión fué consoladora. El balneario está abrazado por dos cordilleras áridas sin verde ni pájaros; son estériles cabezos que apenas crían matujos hirsutos de esparto. Pero el marco adusto encuadra un bello fondo: los naranjos, perdurablemente verdes, de un verde intenso, pueblan la próvida vega del Segura, cuyas márgenes festonean álamos y chopos enhiestos y toda suerte de frutales. Las palmeras alzaban sus abanicos y los sauces las saludaban con su reverencia desmayada. En el Parque se cultivan mil variedades de flores lozanas. Es un contraste hermoso: arriba, los montes hablan de volcanes, de diluvios, de desolación; abajo, las huertas hablan de paz.

Este verjel murciano, tonificó más que ningún otro analéptico el espíritu de Eduardo, que apenas hubo cruzado el río en la barcaza, se notó fortalecido, con esa fortaleza sana que á los cuerpos ávidos comunican los ambientes puros y libres. Anduvo por las avenidas entre arriates, que son muestrario de todas las rosas; por el paseo de palmeras que entoldan un túnel de verdor y de poesía, preferido por los ruiseñores para sus conciertos vespertinos; por las orillas del río guarnecidas de setos de jazmines; y respiró el aroma de la huerta, leve, delicioso.

Enfrente estaba el balneario agrupando sus edificaciones pulcras, entre las que sobresale la torrecilla puntiaguda de la erraita coquetona y alegre, donde se adora á Dios mirando un cuadro que tiene en las figuras de unos tullidos el arrepentimiento y en el desnudo de una bella mujer, la tentación. En lo más alto, el Hospital Militar se erguía recortándose en el azul purísimo, y de sus ventanas salían canciones cuarteleras de que tardarían en aprender los chulapones del pueblo vecino: Archena, villa parásita del establecimiento termal.
La tarde era tibia y rumorosa: una de esas tardes en que la primavera habla de vivir desde las corolas, desde las yemas preñadas de gérmenes. Los rosales estaban cuajados de aromosos capullos; grupos de blancas flores, como ramos de desposadas, adornaban los naranjales, perfumistas de la brisa, y en los árboles había muchos nidos. Cantaban los pájaros su himno á la reproducción, y la tierra se hinchaba alimentando vidas infinitas. Eduardo se sintió influenciado por el triunfo de la fecundidad, recibiendo del sol y de las plantas tanto bien, que por vez primera nació en su mente el barrunto de un alto amor universal, transcendentalísimo y pruo. Sonó en su alma la hora de la redención.
Esta primera salida marcó una fase de su enfermedad; desde aqueñña tarde mejoraba ostensiblemente. La piel se limpiaba en definitiva é iba recuperando su color. El veneno dejó de hacer sus visibles manifestaciones, cesó de caer el pelo, y restituido casi por completo á su aspecto habitual, nadie hubiera reconocido a Eduardo, al destrozado bañista que arribó medio muerto al balneario en la temporada anterior.
El mal, huyendo de la batida que contra él trababan las aguas maravillosas, se había escondido, emboscándose en recónditos senos, para seguir minando inadvertido; porque es un mal hipócrita y alevoso que se atrinchera y oculta para herir á mansalva.
Sacaría la cabeza cuando menos lo pensara: el reato de esta clase de culpas es inestinguible.
Esta pseudo-salud lo engañó: se dió por curado sin pensar en más y hubiera recuperado hasta la alegría si no llevase herido el corazón.
El médico le dijo:

- Por ahora no tenemos más que hacer; siga usted la medicación depurativa y hasta la temporada de otoño.

Bendiciendo las angustias *vaporarium* y los malos tragos de agua pestífera, se dispuso á partir. ¿A dónde iría? El buen padre no le llamaba ya. Al cesar la causa de la ausencia, cuando Almita, huérfana y pobre, abandonó la provincia después de hacer almoneda hasta de los colchones, el buen padre le invitó á regresas con mucho cariño;
"Ya te supongo curado de niñerías. Basta de mundo: ven. Los excesos de libertad bastardean las instituciones.
Y á estos requerimientos, Eduardo contestó con vanas excusas, con timideces, hasta que la insistencia de las reclamaciones paternales le hicieron confesar.
"Tú - escribió - me arrojaste á la ciénaga, y no te debe extrañar verme lleno de fango hasta los ojos. Te obedecí cuando me engañaste diciéndome que había llegado la hora de pensar; acójeme tú ahora, padre mío, cuando te anuncio que ha llegado la hora de sufrir".
La carta que recibió en contestación fué muy digna de un político de altura:
"La libertad es condición del bien; no es el libertinaje. Al error no hay derecho... Pongo á tu disposición lo que te pertenece por herencia de tu madre, pues eres ya mayor de edad. Si ella viviera, su abnegación te recibiría; yo te poscribo. No vengas mientras traigas á este hogar limpio la mancha de tu crápula. Cuídate bien y acude cuando yo pueda besar tu frente sin repugnancia".
No inquietó gran cosa el extrañamiento á Eduardo; germinaba en él cierto rencor contra el padre mezquino, que abrió la válvula de sus apetitos para que partiese resoplando animalidad lejos del amor verdadero. Estaba, pues, solo, huérfano, como Alma; estaba en ese horrible naufragio de los afectos en que se busca "alguien" á quien querer. El recuerdo de la novia dejada cruelmente, resurgía alzándose sobre el pantano de su vida podrida, como brotan de los pantanos ciertas flores bellísimas. Su alma niña había escapado como niño travieso en pos de la mariposa y había corrido alejándose distraido por los versátiles vuelos del deseo; y ahora al encontrarse perdido entre gentes

extrañas, sin saber por donde volvería, se acongojaba cobarde y lloraba cual llora el párvulo extraviado.
¡La novia romántica!... ¡La inocente novia del amanecer de la vida!... ¿Qué sería de Alma? Tal vez, después de aquella almoneda terrible, sola, desvalida, había caido; tal vez, sería una de las que *tienen drama*, como decía la impura Herminia. ¡Qué horror! ¡Eso no, santo Dios! La novia romántica debía conservarse incólume; otra cosa sería una espantosa maldición. ¿Qué habría hecho? ¿Dónde la buscaría? ¿Dónde se empalmaría el trucado camino de la felicidad?
- ¡Oh, Alma, tú, la virgen, ¿dónde estás?

...

Pensando así se hallaba una mañana, en la terraza del balneario, encuadrada entre los hoteles con la ermita en el fondo. En torno á los veladores se sentaban los bañistas y algún *turista* curioso, tomando cerveza y comentando las últimas noticias de la política ó de los toros que traían los periódicos de Madrid, llegado á aquella hora. Eduardo, aislado de todos, se dejaba aplanar por su honda pena de solitario.
Oíanse en graciosa mezcolanza, acentos de todas las regiones de España, y unos franceses que aprendieron el castellano en su país, abrían la boca desorientados por semejante guirigay. La confusión de los hombres de distintas zonas de la Península, hacía resaltar las diferencias étnicas, radicales, profundas: la heterogeneidad era ostensible entre un andaluz de hueca jacarandosidad, un vasco de reciedumbre musculosa, corto de talla, un catalán brusco, de facciones duras, un madrileño menudito y acicalado. Todos convergían allí, atraidos por la fuente maravillosa, y todos hablaban mal del Gobieno, como si la sífilis y la charlatanería política, fuesen el más sólido lazo de unión, entre las diversas razas españolas.
Los extranjeros deslumbrados por nuestro sol, atestiguaban, por su parte, el cosmopolitismo del vicio.
Leíanse periódicos de todas tendencias; lo cual demostraba, también, que la bestialidad humana es compatible con todas las ideas. Un poeta superhombre, adorador del *divino* y asqueroso Marqués, rimaba con su lápiz, en el mármol del velador, versos elegiacos renegando de su hiperestesia, que lo llevó en mal hora á los brazos bohemios de una vagabunda de manos blancas y

exangües; por huir de la cochina eutrapelia y quintaesenciar la voluptuosidad, veía ahora la llaga purulenta en la misma punta de su lengua pecadora. Un comerciante calculaba las pérdidas de aquel mal negocio. Un médico abominaba de su imprevisión. Un torero renqueaba cuarteado por la única cogida en que no le valieron su arte ni su valor. Un respetable padre de la patria, se acordaba de que al día siguiente del percance, votó muy orondo una ley sobre la represión de la trata de blancas....

Y así, escogiendo hombres de todas las clases y de todos los países, la Venus venérea reclutaba su ejército doliente y pringoso. Los periódicos insertaban sendas galeradas copiando el debate de las Cámaras sobre la construcción de una escuadra...

...

Entremetiéndose de un lado á otro, con su cajón de betunero, iba un enano cuya cabeza no sobresalía de los veladores. Un enano patizambo, contrahecho, enormemente deforme, como un escuerzo. Tenía una gran cabeza achatada y lironda, que inquietaba creyéndose verle caer á cada paso; una descomunal cabeza que lo hacía semejante á esas caricaturas, en las que el cuerpo del retratado es minúsculo, ó á una tachuela que anda. Su tronco, cargado de espaldas, no era menor que el de otro hombre cualquiera, y su mayor desgracia consistía en unas piernas torcidas, cortísimas y en unos pies zompos, que lo obligaban á balancearse. Cuando se arrodillaba, para lustrar unas botas, aquellos apéndices se doblaban y retorcían, cual si no tuviera huesos, y quedaba un montón de facciones derrumbadas, verdaderamente repulsivo.

El enano es amigo de todos los bañistas, y reconoces enseguida al que va al balneario por segunda vez. Parásito, vive entre la roña, como en su medio adecuado, y aún es más estimable que sus parroquianos porque él no debe á sí mismo su monstruosidad. Todos utilizan sus pedestres servicios, le compran décimos de lotería, que él un tanto irónico, consiente que le froten en la jiba, todos lo favorecen con espléndidas propinas, y con un traje viejo que le dé cualquiera, se viste durante un año. ¡Cuántos mendigos esbeltos y sanos lo envidiarán! Acabará por dar dinero á préstamo. Y sin embargo,

el enano llora una gran pena: llora su amor no correspondido por una enana de Santomera, aún más que él.

- ¿Y tú la quieres?
- ¡La quiero, señor, con toda mi alma!
- Pero si dicen que es horrible - le respondió Eduardo. - Tu deformidad no te impedirá tener buen gusto.
- Es mi igual. Eso de quererse debe ser cosa de iguales. Los dos desgraciados, los dos feos... ¡iguales! Además, señor, nosotros no podríamos tener hijos; yo no quiero que nazcan nuevos enanos. De eso, nada; no pienso en eso. Yo la quiero porque es la única que no puede reirse de mí. Las demás... quien sabe si alguna me tendrá lástima, pero la compasión es poco.
- ¿De modo que la prefieres á una hermosa?
- Ya la he preferido.
- ¡A ver, cuenta, cuenta!
- Pues verá usted: una vez, vino al balneario una mujer hermosísima. Todos los bañistas acechaban sus salidas y la seguian embelesados; uno le ofreció á la enfermera mil duros porque le dejara verla al tomar la ducha; hubo quien se quiso casar con ella, apesar de que era una francesa de esas... *cocotes*; y ofrecerle, no digamos, lo que hubiera querido. Pero ella no hizo caso. Se pasaba los días encerrada, tan pronto llorando á mares como cantando á gritos. A todos los despreció menos á mí.
- ¿A tí?
- Sí. - El enano hablaba sin pizca de jactancia. - Una tarde por la siesta me mandó llamar. Subo, entro en su alcoba y está desnuda. ¿Usted ha visto la del cuadro de la ermita? Pues mucho más linda. Me coge, me abraza y me dice: "Anda, sapo, come; come, come sapo!"... Pero yo no quise. Figúrese usted, una bañista. ¡buena vendría!

Concluyó de lustrar el calzado y se alejó tambaleándose: en sus pasos torpes había cierta dignidad.

- Yo soy más enano que tú, - pensó Eduardo.

...

La esquila dió el tercer toque y los que querían oir la misa se apresuraron á entrar. de los hoteles salieron con dirección á la ermita caballeros que no parecían bañistas y mujeres que lo

parecían mucho menos. Vestían como se viste los domingos en cualquier ciudad, formando una sociedad elegante y extraña, inverosímil en aquel lugar. Algunos coches de lujo se detuvieron ante la escalinata de la verja y de ellos descendieron damas lujosas. Por un momento se olvidaba estar en pleno campo y creyérase asistir á la entrada de la misa en una de esas modernas iglesias que la piedad distinguida ha levantado en los barrios ricos de Madrid.

Y entonces fué cuando aconteció lo insólito, lo milagroso. Por la calle de los hoteles vino á la iglesia una mujer rubia; cruzó entre los arriates de musgo y subió la escalinata desapareciendo en la puerta del templo. El ágil y esbelto cuerpo de la aparecida prendia un traje blanco. Blanco era también el *canotier* que coronaba su cabecita de ese rubio de té infalsificable sólo poseído por *ellas dos*. Andaba la paloma blanca con gracioso pajaresco garbo, oculto el rostro, por la complicidad del sombrero y la sombrilla, también blanca como enorme azucena; cual si fuese la exótica recién llegada el emblema de la pureza. La visión fué rápida, fugitiva, sin dar tiempo á los ojos sorprendidos á aprisionar la imagen con la exactitud necesaria para reconocerla.

Eduardo, se restregó los párpados por si soñaba, y sintió esa sensación calofriante que nos hiela las entrañas y deprime el pecho cuando nos falta el suelo bajo las plantas. Había pasado el amor ante él, luminoso, alado, sobrenaturalmente atraído por la evocación. La presencia allí de la soñada era tan ilógica, que diputó ilusión de los sentidos el fenómeno. ¡Pero si la había visto!... Una fuerza súbita é inconsciente lo llevó á la ermita.

El brusco tránsito de la luz de fuera á la penumbra de dentro, lo cegó, y anduvo á tientas hasta tropezar con el muro. Poco á poco, después, las figuras se fueron revelando imprecisas, vagas... Por fin vió en el fondo grana de las paredes, el retablo de talla primorosa y severa y, encima del arco, el cuadro de la piscina bíblica donde *ángelus Domini descendebat*, rodeado de hombres desesperados, penantes, que alzaban al cielo sus manos clamorosas. El tullido aparecían aún al borde del estanque sin que una mano amiga lo capuzase en las aguas. Allí sufrirá siglos y siglos víctima del humano egoísmo. También

Eduardo estaba abandonado y enfermo, también él como el tullido de la historia podía decir:

- ¡*Domine; homine non habeo*!

No tenía hombre; por no tenerlo para que lo guiase al bien cuando le cegaba su juventud, estaba allí, al borde de la piscina también.
Cerca de esta figura, en la que el artista puso una expresión trágica que daba espanto, una mujer tendida mostraba su torso rotundo, sus caderas sonrosadas y carnosas, y toda la sinuosidad de sus piernas y de su pecho sobresaliente y túmido: figura sensual que, si resulta profana con sus atrayentes turgencias en el sagrado lugar, simboliza en cambio la situación de casi todos los concurrentes, que pueden ver en el cuadro la belleza tentadora, la enfermedad mortífera, y el milagro del cielo como única salvación.
La aglomeración de fieles impedía á Eduardo avanzar, forzándole á quedarse junto á la puerta. Así como fué atisbando y definiendo lo que atisbaba, abarcó su mirada un conjunto de cabezas y de espaldas distribuídas entre los reclinatorios, enracimándose compactas, todas mirando al altar, cin que le fuera dado percatar más que moños de mujer y cogotes de hombre; ni una sola cara. Buscando, buscando, dió con la mata rubia y el sombrerito blanco que allá adelante, junto al presbiterio, se columbraban merced á mil prodigios para enfilar la visual. Nada más: tenía que resignarse á esperar la salida para descifrar el enigma de aquella misteriosa aparición.
El sacerdote musitaba los latines de ritual con una lentitud desesperante mientras la cabecita rubia ora se hurtaba, ora se dejaba ver resaltando los reflejos metálicos del pelo adorado entre el melonar de testas rebullentes.
¿Quién era? El rubio único, el rubio *aquel*, dulce rubio de alba, sola cosa que ver podía, era inconfundible. La cabecita que se inclinaba ante el altar ó era de Alma o era de Herminia; una de las dos. ¿Cuál? El sólo dato de la cabellera no daba fundamento para conjeturar. El demonio puso en la cabeza de la bailarina un rubio idéntico al de la novio para perderlo, y ahora ni el demonio mismo las podría distinguir. Eran filamentos de una misma lámina de oro; háces de rayos quitados á una misma

estrella, lenguas de una llama que se apagó después para que nunca hubiera otra llama igual.

¿Y cuál de las dos quería él que fuese? Sin dudas, sin vacilaciones, el corazón fallaba de plano: quería que fuese Alma. Alma la buena, la pura, la limpia; Alma, la novia resignada y grande. ¡Alma! ¡La novia!

Reconstituía su memoria la figura de la amada intacta; la veía tras de la reja quieta y misteriosa, quedada con la impávida quietud de una estatua. La veía y la comprendía grandiosamente enamorada y fuerte, sublime en el sacrificio... Y nuevamente, como repetido por el eco de su conciencia, escuchó estremeciéndose aquel ruido trágico, aquel ruido inequívoco que producen los cuerpos humanos cuando se desploman.

Y el amor primero resucitando total y ardiente, como brilla el sol de estío después de las tormentas, caldeó nuevamente su corazón. ¡Oh, sí, que fuese Alma!

La misa transcurría con calma solemne.

Eduardo, conspuído á no ver más que la cabecita dudosa, tenía en ella fijos los ojos exaltados. ¿Cuál de las dos sería? ¿Y si fuese Herminia?... La idea no más, le causó horror: el horro de los perros hidrófobos al perro que les mordió. Sin embargo, todas las probabilidades estaban de parte de esta solución: que Herminia estuviese en Archena era una cosa muy natural-

Pues si desgraciadamente fuese Herminia, huiría de ella.

Pero... ¿y si fuese Alma, qué haría? Postrarse ante ella, pedirle perdón... ¿Y si estaba casada? ¿y si era de otro? ¡Qué miedo!... Ella prometió, juró... mas ¿con qué derecho podía él, malvado, infiel, canalla, pedir fidelidad á aquel juramento? Ahora la agitación de Eduardo era azarosa y cruel: temblaba cobarde.

- ¡Virgen de la Salud, Virgen Santa, si es así, que no sea ella, que sea la otra!... ¡Pero si me espera, si es libre, Madre de Dios, que sea Alma!

El sacerdote dijo:

- ¡*Sursum corda*!

Si fuese Alma la seguiría cautelosamente; indagaría su situación... Acabada la misa; se removió la gente y empezaron los congregados á salir. Eduardo se escondió detrás de un

confesonario para verla sin ser visto. La rubia se levantaba, la rubia volvía la cabeza, salía el sol.

- ¡Es Alma!

Apenas hubo traspuesto el dintel, salió en pos de ella. Ya había bajado la escalinata, ya cruzaba los jardinillos, ya torcía á la calle de los hoteles. Allí se detuvo Eduardo por que la calle no ofrecía donde esquivar una mirada. La vió dirigirse á la salida. En la salida había muchas tartanas; Alma subió a una de ellas ocupada ya por otra mujer, que la esperaba sin duda. El caballo partió á galope... ¡Se iba!

Echó á correr tras el vehículo traqueteante y veliz; un turbión de polvo levantado por el zapateo de las herraduras lo cegaba; sus piernas, aún débiles, se rindieron á poco esfuerzo. Gritó; no le oyeron. El carruaje se perdía en la carretera bajo el túnel de álamos y su ensordecedora trepidación, los chasquidos de la tralla, el furioso cantar del tartanero y la carcajada de los cascabeles, impidieron que se oyera un ruido inequívoco: ese trágico ruido que producen los cuerpos humanos cuando se desploman.

Eduardo había caído en la cuneta y se revolvía en el polvo vil...

3.4 Fuego

Así como iba amaneciendo, el perfume del azahar era más intenso al vesar las flores el freso coplo de la mañana: voluptuoso desperezo de las plantas que sonríe en los capullos y colma de irisadas reverberaciones sus cálices fecundos. Desde el tren se veía la verde planicie de la huerta murciana, menos riscosa cuanto más vecina de la ciudad de la luz. Desfilaban ante los ojos del viajero las casas blancas, las barracas de techo pajizo, los bancales con sus ringleras de naranjos que juntan sus frondosidades de esmeralda, los setos de almendros nudosos, los cuadros de perales y melocotoneros desgreñados y laberínticos, y el dédalo de acequias, canalillos, regueras y brazales que se entreteje, retuerce y escabulle lamiendo los troncos, atravesando los habares, escondiéndose y ondulando en sifones, saltando bullicioso en los portillos, y trazando mil ángulos y curvas, al llevar el agua á la tierra hidrópica, en trabazón tal, que parece un complicado sistema de venas de plata. Los maizales y los cañaverales se mecían en suaves oleajes; bordaban las choperas en el cielo sus encajes ingentes y las enormes *ñoras*, ruedas gigantes, batían la linfa de las corrientes adornándose con el aljofar de sus gotas, que las convertía en relucientes discos inquietos. Más lejos, moteaban los olivos la tierra parda y remotamente muraban el horizonte las sierras azules.

El tren pasaba muchas veces sobre el río que á trechos corría paralelo retratándolo y luego se internaba en las huertas que lo van desangrando con desviaciones continuas, pródigo de su caudal que es el alma cristalina de las rosas, madre amorosa de las almácigas juveniles.

Cantaban los pájaros.

Y el sol de Murcia que es otro sol más radiante y poderoso que el del resto del mundo, iluminaba los pensiles con su brillantez deslumbradora y áurea; y el cielo de Murcia, que es el cielo más resueltamente azul de todos los cielos, se tendía infinito sin una nube, sin una niebla que empañase su diafanidad inmaculada en que los rayos y las ondas no acaban nunca.

Se abrían las flores.
Y el día avanzaba con pasos lucientes su carro de fuego, descubriendo el paraíso levantino cuyos verjeles son más verdes por que les da color aquella luz poderosa y tenaz. Y los girasoles erguían mirando á oriente sus platos bruñidos con cenefa de oro; y las palmeras movían majestuosas sus penachos guarnecidos por racimos de ámbar. Y una zagala, desnudos los brazos morenos, al viento los rizos endrinos, bañando en la acequia sus piernas descalzas y entregando á la voracidad del sol, por el abierto escote, sus senos duros, cantaba una copla lenta con dejo moruno. El tren llegaba á Murcia... Murcia se ofrecía al visitante ceñida por una colosal guirnalda de todas las flores, abrillantada por un iris de todos los matices, riente y bulliciosa con la risa sonora de sus fiestas de primavera.
Saltó Eduardo al andén ganoso de encontrarse en la ciudad. Lo llevaba la esperanza de encontrar en ella á su rubia querida, que sin duda estaría entre tanta rosa. Sus pesquisas en el balneario y en Archena le habían hecho deducir, de indicio en indicio, que Alma estaba en Murcia. El tartanero que se la arrebató aquella mañana, le había asegurado que su conducida era una excursionista acompañada de una vieja sirviente; se había hecho llevar á varios sitios del contorno y, por último al empalme donde se puede tomar una diligencia que á Murcia va. En Murcia, pues, debía buscarla.
Al salir de la estación lo acosaron con sus gritos gárrulos los tartaneros que en la legión polífona le ofrecían sus vehículos: unas tartanas amarillas y rojas, livianas, inquietantes, que por dentro estaban guatadas como estuches y por fuera brillaban coruscando el sol en sus toldos charolados. Subió en una, y partió el caballejo á todo trote comunicando al carricoche todos sus movimientos que, unidos á los desniveles del empedrado, hacen al viajero bailar contra su gusto dentro del trozo de cilindro hueco.
Sábado de Gloria. Empezaban las fiestas de la alegría, pasadas las fiestas de la Pasión. Las esculturas de Salcillo se habían restituido á sus altares, apagando su ausencia en las almas el sacudimiento de dolor y de atrición. Calló el último miserere durmiéndose con sus notas penantes el postrer deliquio piadoso. Quedaba en los espíritus la calma producida por el sedante de la oración; pero eran espíritus meridionales, espíritus-palmeras,

espíritus-flores y pronto, tras el rocío que ablanda, venía el sol que enardece y la explosión de alegría, que después de la comunión produce el estado de gracia, bajo un cielo que ríe. Murcia resucitaba loca, con locura de trueno al resucitar Dios.

- Señorito - dijo el tartanero - no podemos pasar; empieza el repique.

Efectivamente, en aquel momento, el reloj de la catedral empezó á sonar las diez, y antes de la segunda campanada hendieron el viento los vibrantes y hórridos sonidos de muchas campanas más, de todas las campanas, esquilas y esquilones de Murcia, brava y furiosamente tañidos, chocando y confundiéndose el estridor taladrante de sus notas, como en un colosal espasmo de las ondas. Enseguida retumbaron asordantes mil estampidos, disparos y chasquidos de escopetas, trabucos, pistolas, morteros y tracas; un tiroteo fragoroso que hacía retemblar el suelo, sacudiendo las entrañas, quebraba los cristales y tramaba en los muros. La humareda evitaba los rayos del sol en cerrazón de nube tormentosa y ardiente. Mas por si fuera poca aquella crispación de ruidos, para completar el cuadro de vesánia en un minuto de delirio general, de balcones, terrazas y tejados, empezaron á llover sobre las calles, cántaros botijos, tiestos, alcarrazas, tejas y toda suerte de vasijas, que se estrellaban saltando en añicos, cascotes y chinas, en medio de una infernal baraunda: un *descacharramiento* unánime, un desesperado toque de rebato y un bombardeo épico; como su los murcianos, enloquecidos, se hubieran dado febrilmente á la absurda faena ruidosa de romperlo todo. Mientras duró el repique, la ciudad presentaba el aspecto sublime de un pueblo suicida que se quema y se hunde. Tal debió ser la destrucción trágica de Numancia; hasta los gritos que de todas partes salían y el ajetreo de gentes bullendo en los tejados, hacían pensar en una hecatombe fabulosa.
Pero la tranquilidad volvía como si Murcia descansara tras un orgasmo de sultana. Conforme iban las campanas aquietándose, se amortiguó el tiroteo y, últimamente, epilogaron las crisis de estruendos los postreros toques de la campana más vibrante y los zumbidos del cañón más poderoso. La ciudad quedó silenciosa después de haber inaugurado sus fiestas.

La tartana se había detenido en el puente favorecido por la *Virgen de los Peligros*. La población aparecía abrazada por los jardines de Floridablanca y el Malecón. Entre la fronda se advertían algunos chalets graciosamente imitadores del estilo árabe. Cuando el repique acabó definitivamente, el carruaje se metió por estrechas callejucas de ciudad africana - prohibido su paso por las del centro - hasta llegar á las puertas del hotel. Serían á esto las once de la mañana y Eduardo se echó pronto á la calle impaciente por empezar la búsqueda que lo obsesionaba.
La calle primera que pasó fué la llamada de *la Trapería*, calle lujosa á la que un toldo ensombrece gratamente, permitiendo á los ojos buscar en sus balcones floridos las hembras que suelen asomarse. A lo largo de toda ella se veían los veladores y sillas de cafés y cervecerías y las mecedoras del Casino. Este edificio, producto de la exuberante imaginación levantina, estaba enfrente del alojamiento del recién llegado que á él se dirigió.
Un rico vestíbulo de alcázar moro se hallaba allí imitado y rejuvenecido por inevitables retoques del artista moderno. Vórtice de colores que habla de sueños de opio; maravillosa ejecución del iris roto en partículas y preso en laberinto que admira y suspende. Al pisar aquella entrada el ánimo se predispone á desvanecerse, y se presenten patios granadinos, fuentes perfumadas, columnas octaédricas y arcos de herradura racamados y polícromos. Mas no es así; pasado el vestíbulo que es como una desbordación de la fantasía, se cae en una fría desilusión. Recias columnas de mármol blanco soportan la cubierta de cristales sin color de unas galerías pavimentadas con enormes losas, lápidas, blancas también. A cada lado se insertan severamente las puertas de los departamentos, algunos lóbregos, y hay una rotonda de arquitectura que recuerda las cúpulas de los templos. La austeridad de esta segunda parte del Casino es tal, que sobrecoge, y el visitante repropia el paso que en la oquedad resuena. Todo aquello, que es bello, resulta empequeñecido por la visión primera del alegre vestíbulo y es el edificio famoso, como uno de esos libros que tienen todo su lujo en la encuadernación.
Sentado en una de las mecedoras de la puerta revistó Eduardo con la mirada escrutadora al desfile de hembras murcianas; hembras morenas poseedoras de los únicos ojos que pueden mirar de frente al sol. Pasaban las hijas de la huerta, cristianas

moras, cuyos cuerpos ondulados, cuyos garbeos indolentes y cuyas bocas enardecidas evocan siestas calurosas á la sombre de palmeras, baños tibios y lechos de arena. Lucían las hijas de la ciudad sus primorosos atavíos de verano alarmantemente lujosos, - adelantadas un año á la moda de Madrid, antes importada de Francia por ellas que por las elegantes cortesanas - tan morenas, tan odaliscas como las del Korán; y pasaban unos hombres extraños con las ropas empolvadas de un polvo rojizo cual si acabaran de salir de las minas donde cuecen las aguas de Archena.

Pero *ella* no pasaba. Eduardo, desorientado, emprendió un oteo por las calles entoldadas con un jardín inverosímil en cada azotea. Cuantas mujeres topaba al paso eran morenas: el rubio es allí exótico y cuando existe, se tuesta y enciende pasando á rojo. *Ella* no parecía.

Por las tardes iba á la Glorieta donde se ven los más lujosos caballos y los más soberbios trenes. Las galeras, (tartanas con pescante), daban vueltas en torno al paseo ó se perdían cruzando el puente en trajín asordante.

Centenares de bellas pasaban ante él dejándole ese desaliento que nos produce la contemplación del gentío desconocido que no nos advierte. *Ella* no era hallada.

Iba por las noches al teatro - otra gallarda muestra de la esplendidez murciana - y las veía idealizarse surgiendo sus bustos saludables del cáliz del escote y destacándose del fondo rojo del decorado. *Ella* no estaba... En vano, en vano sus ojos avizores recorrían semblantes, inquirían rincones; siempre era infructuoso el pesquiseo perspicaz. ¡No la encontraba!

Se evaporaba como una ilusión después de haber estado al alcance de sus manos sin poder tocarla. ¡Qué triste su soledad! La alegría de las fiestas lo torturaba más y sentía deseos de alejarse, de desaparecer, de morir. ¡La vida sin el aliciente del amor es amarga! Ahora comprendía Eduardo las aberraciones ascéticas, las misantropías, las gélidas máximas de los extrasocilaes, las sepulcrales tendencias de ciertos libros. Los infieles que así pensaron eran sin duda los desheredados del amor... Se explicaba el cilicio, la inflicción de torturas, el odio á la carne animal y concupiscente...

- ¡Eduardo!

Fué una voz añorada; volvió la cabeza y quedó suspenso. No la reconocía. El destrozo que el vicio había hecho en ella era desastroso, aterrador. El cuerpo serpentino que lo hizo arder un día, estaba ahora desfondingado, ruín; la tez pintarrajeada sin disimular por eso las macas; no brillaban los ojos azules, antes azul del mar, ahora azul de charca, y el cabello, tintado y retintado, era ya lacio, lardoso y de un color parduzco. La ruina de una hermosura como la muerte de una flor ajada y pisoteada en el arroyo.

- ¡Herminia!

E inmediatamente, como un balazo, le atravesó el corazón una idea espantosa. ¿Sería ésta? ¿Ocurriría el sarcasmo horrible de haberle parecido?...

- Oye ¿tú has estado en Archena?
- Tú, sí, cuando preguntas. Yo no tengo fondos *pá* eso. Págamelo y verás.
- ¿Pero has estado?
- ¡Dale! ¿No oyes que no?
- ¿Y qué haces aquí?
- ¡*Tiés gracia*! Ganar un duro. Desde que dieron aquel recao, el Hospital y ¡*velay*!
- ¡Pobrecilla!
- ¡Bah, el cuerpo me las paga! Anda, vente conmino.
- No... Hoy no puedo.
- Pues mañana yo tampoco. Salgo de diosa en la carroza de *Baco*. Dan diez duros y ahora no los tiro como entonces... Mira. Eduardo, te hice una *charraná*... perdóname... que bien cara me costó. ¡Pelillos á la mar! ¿Vendrías *pasao* mañana?
- No, mira, no puedo, ¿comprendes? - Ella se reía - pero para que veas que no te guardo rencor, toma - y le dió un billete.
- ¡Salud, rumboso!
- Adiós.
- Que se te vea.

Huyó. El encuentro había sido tan repugnante como la bofetada de un leproso. El pasado se le ponía delante sintetizado por aquella mujer podrida; el pasado lo seguía negro como su sombra. ¡Y qué extraño fenómeno! El no había reparado hasta

entonces en la zafiedad y groserías de Herminia; le pareció delicada y exquisita, y ahora que la miraba sin la ceguera de su deseo bestial, la advertía sucia en el pensar, innoble en el decir, odiosa en todo su sér.

No, él no la había amado; debió ser aquello una erupción de la carne, unas viruelas del corazón. depurado después en la alquitara del dolor y del desengaño, destilada su alma y padecida, *la otra*, la romántica, la novia, era su amor único, era el cielo merecido después de cumplida la penitencia. ¡Oh, Alma, Alma! ¿Dónde estás?

▪▪▪

Al día siguiente se verificaba la célebre cabalgata del *Entierro de la sardina*. Desde el atardecer todos los balcones de la carrera estaban atestados de gente. Las mujeres engalanadas con sus mantones de Manila cundían embelleciendo la ciudad alegre. Por las calles iban y venían grupos de gente en sordo bullaje. En todas las puertas había luz y grupos que aguardaban. Eduardo contemplaba el cuadro desde el balcón del hotel pugnando inútilmente por descubrir en cada rostro el que tanto le inquietaba. El gentío se agitaba y se conmovía mezclando esos fragmentos de conversación, de saludos, de risas, de pregones y de denuestos que, conglomerados, forman la sonata imprecisa y bullanguera de las multitudes en fiesta. Todos cuantos cruzaban llevarían algo en que pensar y desearían algo; las lindas mujeres se habrían mirado al espejo acuciosas de su adorno para gustar á este ó al otro; ellos irían en busca de una ú otra; quién pagaría tributo á su vanidad luciendo un vestido nuevo, quién estudiaría cuidadoso la fisonomía esfumada de aquella muchedumbre complicadísima; ¡cuántos amores nacerían aquella noche! ¡cuántos serían luego una hermosa realidad! Y bien, tú, Eduardo, forastero, solo, triste, ¿qué buscas aquí? ¿No te sientes escupido por esa masa heterogénea? ¿Quién te advierte, quién te mira, quién ha tenido un saludo para tí? El desierto, la selva, el claustro, no deben ser tan hondamente solitarios como un pueblo indiferente y extraño, porque las arenas, los árboles, y los muros de granito son mudos naturalmente. Lo espantoso es oír millares de palabras sin que ninguna sea para nosotros; lo horrible, lo que induce al suicidio, es ver millares de hombres sin que uno nos tienda la mano, sin que unos ojos amigos se

fijen en nuestros ojos que lloran... Eduardo veía el pueblo ebrio de fiesta, lo veía pasar por debajo de su balcón como un torrente de vida, y sentía vértigos.
La calle estaba iluminada por infinitas lámparas eléctricas insertas en arcos tendidos entre las fachadas formando una galería de imaginario palacio edificado con fulgores, entre los que de vez en vez, se destacaban los deslumbrantes voltáicos y las bengalas de colores como quiméricos rubíes y esmeraldas, engarzados en el reguero de luz de un cometa caudato.
De pronto sonaron los estampidos de varias bombas disparadas en señal de que la cabalgata en marcha se ponía. La abigarrada muchedumbre tuvo un movimiento de espectación. En el confín de la calle aparecieron jinetes en caballos arlequinescamente enjaezados, unos hombres totalmente cubiertos de escamas relucientes, con los cascos que cubrían sus cabezas figurándolas de pez; y tras ellos una doble hilera de infantes asimismo vestidos de barbo. Sonaron nuevos truenos, oyéronse músicas y apareció la primera carroza del pírico cortejo.
Apolo y las musas venían entre nubes. El rubicundo Délio se sentaba en el centro, flotante su alheñada cabellera intonsa que al fuego de mil cohetes brillaba como una llama. Terpsícore ingrávida se balanceaba suspensa entre nubes, grácil, alípeda y cimbreante. Desdémona y Clío se reclinaban en vellones de niebla á los pies del Petáreo. Desdémona blandía un puñal que era una luz. Caliope dormía... Aquellas muejres carnacalescamente deificadas por unas horas, afectaban sobre la ensambladura teatral de la carroza, posturas de estatuaria inconcebibles. Iban aparentemente desnudas, que tal era la justeza de sus trajes de malla, y, sofocadas por el humo, encandiladas de tanto resplandor, llevaban las bocas enrojecidas, brillantes los ojos y sonrojadas las caras. A la imaginación exaltada de quien las contemplaba borracho de alegría, parecían divinamente hermosas, altas, fantásticas.
Pasó Apolo envuelto en ígneos cendales y navegó sobre el mar de cabezas de la muchedumbre entusiasmada, un barco de guerra tripulado por generosos marinos que cargaban sus cañones con caramelos y figulinas. Sobre la cubierta, en las torres y en la jarcias, pululaban jóvenes del comercio murciano, menudeando el cañoneo contra los balcones en que había mujeres hermosas, los que inundaban de los juguetes y

confituras, almacenados en gran cantidad en la bodega de la nave. Chorros de fuego vomitaban las fingidas ventanas de los camarotes, la hélice era una rueda de cohetería; no cesaban las bocas de fuego de lanzar la agradable metralla, y era en fin, el acorazado una maraña de chisporroteos.

Una banda de tiburones tocaba detrás un pasodoble restallante, vibrando á todo pulmón los cornetines acompañados á tambor batiente, sin que apesar de tan estridente instrumentación, se hiciera oir su música, ahogada por los disparos del cañoneo y por la gritería del gentío excitado.

Como los lampos sangrientos de las tardes de verano, era el fulgor que sucedió al paso del buque tronitoso. El *infierno* dobló la esquina. Era esta carroza de un esplendor verdaderamente satánico. Bengalas encarnadas circundaban á Luzbel armado de su descomunal tridente; las uñadas extremidades del Rey de los Avernos refulgían; refulgían sus ojos que surtían llamaradas, y su lengua de dragón flameaba también. Un ejército de diablillos rabilargos y cornudos brujuleaba entre enormes ascuas cuidando de renovar la vívida fogarata, sin olvidar por eso la faena de arrojar á los balcones diablescos obsequios.

La luz de esta carroza, empalideciendo poderosa todas las demás luces, irradiaba en torno livores que transfiguraban los rostros pintándose á su paso el éxtasis de fragua de un pueblo pirólatra.

Los demonios tizoneaban alimentando el rescoldo de las calderas en que se cocían sus finezas, á manos llenas lanzadas á balcones y miradores ó á la rebatiña de una chiquillería temeraria. Eran, pues, unos diablos simpáticos y dadivosos, que no dejarían de intentar alguna diablura con las señoritas apretujadas contra los hierros para saludarlos y pescar alguno de sus presentes.

Alejóse la carroza, dejando en el ambiente el tufo de la pólvora y continuó la cabalgata desfinaldo una legión de sacerdotes encargados de cantarle los responsos á la sardina, los cuales llevaban por sombreros grandes bacalaos y por báculos unas anguilas espantables. Otra banda de ranas seguía entonando una marcha torera, y tras ella desembocó la *carroza de Baco*.

Un monumental tonel surgía entre parras; racimos enormes pendían por todas partes un recio sarmiento se alzaba bifurcándose arriba en frondosidades. El dios beodo iba

despatarrado sobre el tonel con su corona de pámpanos, rodeado de ninfas y apurando la rebosante copa: operación que verificaba con toda propiedad; la borrachera era auténtica. Las bacantes que danzaban, adoptaban las más dislocadas posturas y una, más loca, había trepado por el parral para alcanzar un racimo. Esta era Herminia.
Eduardo vió a su amada de un tiempo cabalgando en el vástago en los más alto de la carroza. Iba al nivel de los balcones.
También de esta carroza salían chorros de chispas en todas direcciones, y las bengalas ardían entre los fantásticos pámpanos de trapo. Iluminada por un fuego de colores, ilusoriamente desnuda, Herminia le pareció nuevamente hermosa. La imagen de aquella otra Herminia bayadera, atrayente, de aquella infatigable en las noches de locura, resurgió ante los ojos de Eduardo. La decoración, el trono de irisaciones, elevaba á la pecadora fingiéndola irreal y altísima. La cabalgata se detuvo un momento y quedaron encarados. Quiso él hablarla, hablarla... de amor-

- ¡Herminia!
- ¡Ah! ¿Eres tú? No te veía. ¡Con este humazo! Me voy ahogando, no puedo más.
- Estás lindísima.
- Puede que sí, *guasón*. Lo que estoy es molida. Mira, por aquí mismo voy amarrada con una correa; me siega el muslo. mañana si quieres me verás las moraduras; por el pecho también voy atada. Esto es ir...

Quedó la frase sin acabar. Una bengala prendió fuego en la tela de la carroza y el incendio se propagó rápidamente invadiendo los bastidores que ardían enrollándose; el cartón y las tablas secas crepitaron, y la bermeja flamarada envolvió velozmente el grupo. Una nube de humo denso acabó de emborronarlo. Crujió todo el ensamblaje de telas y listones rabiosamente devorados por el fuego; el dios Baco saltó del tonel chamuscado y cayó pataleando sobre la acera; las ninfas que estaban más bajo se zafaron de las ligaduras y se arrojaron gritando; sus cabelleras perecieron brevemente y por los desgarrones de las mallas se vieron sus carnes desolladas y sangrantes.
La humareda fué tan espesa y tan súbita la inflamación, ayudada por la explosión de cuantos cohetes, carretillas y bengalas iban

de repuesto, que por unos momentos, Herminia invisible entre el foco negro y cárdeno, sólo era advertida por sus gritos de horripilación. El aire, desmelenando la hoguera, la descubrió á poco retorciéndose en las llamas que la envolvían desnudándola. La infeliz hacía esfuerzos desesperados por desprenderse, pero las correas la atarazaban, la agarrotaban pa la pira. Crispábase, se sacudía, se descoyuntaba sin lograr evadirse, y el fuego la mordía amputándole los miembros, rasgando los músculos que se rajaban en hondos surcos por los que manaba la sangre y las grasas, alimento de la serpiente ígnea que se enroscaba á ella y la escindía desgarrando los pechos, asándolos, despanzurrando el vientre y llegando ya á las entrañas palpitantes. La carne crugía y la figura firviendo se consumía como una tea.
El estupor inmovilizó unos instantes á cuantos espantados al horrible espectáculo veían, y fueron instantes suficientes para que el monstruo devorara su víctima y la carbonizara. Un fulgor siniestro alumbraba la trágica escena de la destrucción. El postrer rugido de dolor hendió las ondas y á una aspiración la llama penetró por la boca clamorosa y abrasó los pulmones, que acabaron su vida respirando fuego.
Los bomberos acudieron inmediatamente y dispararon sobre la fogata el aluvión de sus mangas, pero sólo consiguieron rociar un cadáver; su rápida maniobra no fué tan veloz como las llamas que hallaron su camino espedito por las materias combustibles de que se hizo la carroza y las substancias inflamables que en ella había.
Callaros los músicos, cesó toda la algaraza; la muerte enlutó la ciudad en su noche más alegre[10]
Eduardo había caído en tierra después de una lucha homérica. Cuando advirtió el peligro que corría su amiga, se precipitó por la escalera para salvarla; una compacta muralla de gente refugiada en el portal del hotel, le cortó el paso. Quiso avanzar entre los asustadizos que se apiñaban corriendo en dirección contraria y sólo consiguió al oponerse que la avalancha lo

[10] Durante las fiestas de Murcia del año 1905, una joven llamada Herminia pareció abrasada á consecuencia del incendio de la carroza titulada *de Baco*. El autor, en este pasaje, se atiene por lo tanto á la realidad, si bien acomodándola á la fábula novelsca.

derribara pisoteándolo. Logró levantarse y se vió prisionero de la alebronada multitud. Los hritos de Herminia le llegaba al corazón. Nueva embestida, nuevo forcejeo y pudo ganar otra vez la escalera decidido á arrojarse por el balcón. El humazo había penetrado en la estancia, haciendo irrespirable su ambiente; el punzante hedor á pinturas y á carne quemada, escaldaba la laringe y atosigaba. No veía nada: el humo lo tapaba todo. Un supremo esfuerzo heróico lo llevó al balcón: allí las llamas lo repelieron y lo hicieron caer sin sentido. La escultura tantas veces besada, perecía al mismo tiempo.

...

Su despertar fué tristísimo. Se levantó despavorido y tambaleándose salió al balcón instintivamente: la noche silenciosa y fresca besó su frente férvida despejándola. En la calle no había nadie, las iluminaciones no lucían ya; unas manchas y unos montones de ceniza y de escombros atestiguaban la catástrofe.

¿Qué había ardido? La carne, el placer; lo que se toca, lo que se muerde. Auto de fe decretado por la fatalidad y ejecutado por la alegría. La mujer viciosa, encumbrada por un pueblo de artistas á la simbolización de un ideal, había sido incinerada en el propio fuego de la fantasí exaltadora. Así ardía la carne que los ojos creyeron de diosa porque la transfiguraban los colores de brocha y las luces de artificio.

Condenación del amor que por ella sintió, del bajo amor que reaparecía ante el aderezo del cuerpo profanado y torpe... Aquella noche lo había fascinado en su trono de trapos y de tablas como en otro tiempo lo fascinó en el escenario: trono de trapos y de tablas también. Y ahora, como entonces, el mismo fuego que le daba brillo, la convertía en piltrafas...

¿Qué era, pues, el amor? Algo incorpóreo que no se quema, que no se pudre; algo excelso que está libre del fuego y de la impureza como la idea, como el alma... Y esta palabra trajo á su memoria á la novia romántica, la ideal, la intacta; á la misma hora en que volvía á salir el sol.

¡Oh, Alma, tú, la elegida! ¿Dónde estás

3.5 Maestría

A las seis de aquella tarde de verano, la plaza de la villa de Ricote, esta desierta y silenciosa. Oíase, sólo en uno de sus ángulos, el alegro runruneo de la escuela de niñas. Al declinar el sol ardiente, amarilleaba la fachada de la Casa Consistorial, y crecía enfrente la sombre de una casa solariega, remembranza de antiguos señoríos. Al cobijo de ésta, bostezaban despertando de la siesta, rezongada en el santo suelo, unas viejas greñudas, que entablaban un minuto después una plática monótona.

Quebrando las ondas dormidas y como corroborando la vida del pueblo, brotó más distinta la greguería pajarera de las niñas que de la escuela salían cantando aún. El coro iba perdiendo voces así como las cantoras trasponían del dintel y emprendían una carrera breve, en busca de la merienda. En el interior del rural templo de Minerva, no quedaba un instante después, más que la profesora y tres discípulas.

- ¿Os toca hoy á vosotras?
- Sí señora - dijeron á un tiempo tres voces infantiles, á la vez que las tres boquitas de angel se alzaban en demanda de besos.

La Maestra, obsequió á sus menudas amiguitas con pan blanco, queso y golosinas, y luego que las hubieron comido, salió con ellas. La tarde había remitido sus rigores estivales, gracias al fresco aliento de la huerta. Cruzaron la plaza donde ya había más viejas y muchos chiquillos, y siguieron por la calle más larga del lugar.

Las casas que la formaban eran bajas y denegridas. Veíase por sus puertas el interior con las paredes tiznadas por el humo, como mugrientas, con un aspecto sucio de chozas inhospitalarias, y se descubría el menguado ajuar que las alhajaba, compuesto ni más ni menos por una mesa tosca, una arca profunda, el catre de tarima, el cantarero y las enanas sillas con el asiento de tomizas. Falta anotar un centenar de ollas, superpuestas en la cornisa de la chimenea y, en las viviendas ricas, una colección de cazos de cobre de todos los tamaños,

limpios y bruñidos como el oro, chillando su brillo sobre el fondo negruzco de la pared. Las ollas en que nada se cuece, y los cazos vírgenes de todo uso, son la más soberbia expresión de lujo en aquel lugar. Y merecía la pena de que todo estuviera tan limpio como los cazos.

Generalmente había junto á cada puerta unos poyatos y en ellos, se sentaban á hacer lía los más de los habitantes de la villa. La manifactura del esparto en cuerdas, es la única industria de Ricote, y á ella se dedican todos los vecinos, que nacen duchos en la labor manual de tejer los tres ramales, imprimiendo á los dedos una celeridad portentosa.



Mujeres trenzando lias de esparto

La porción de esparto que ha de ingresar en el tejido, suele estar en la boca de los operarios, con lo cual no gana fragancias el aliento de las ricoteñas. Las lías, se miden por brazadas y se empaquetan en madejas, á las que sirve de molde el pie y la rodilla del constructor que, una vez atadas por docenas, las coloca en el suelo para que se sequen, formando con ellas estrellas, rosas de los vientos y todo género de dibujos.

El hedor del esparto, cocido en charcas pútridas, impregnaba el ambiente de la calle con sus emanaciones insanas más intensas cuando los manojos recién sacados de la alberca eran machacados sobre un pedrusco á fuerza de furibundos golpes de maza: ejercicio que, simultáneamente verificado por muchos, formaba un raro concierto de batán.

De vez en vez, las casas dejaban en claro un trecho y en el solar no edificado crecían chumberas enormes espaciando sus palas carnosas y erizadas hasta los tejados. Entre sus troncos amuñonados picoteaban el estiércol las gallinas y se revolcaban los cerdos.

La *Maestrita*, con sus tres acompañantes, cruzaba las calles saludando á las zagálas descalzas de pie y pierna que levantaban al verla sus cabezas cubiertas por sendos pañolones negros, prenda indispensable así en Enero como en Agosto. El mantón es hábito de atavismo secularmente conservado por aquellas gentes, sólo diferentes de las que se fueron con Boadil en que éstas oyen misa. El rey literato de las *Cántigas*, no reconquistó aquel territorio: son puta fábula de la Historia esos cambios de amo de los pueblos, sin cambiarles el alma.

Una mujer ricoteña que al andar nos muestra sus pies rebeldes á toda sujeción, cuando más, calzados con esparteña descubierta; que arremanga su refajo de colorines y cubre instintivamente su cabeza y su cuerpo con un luengo manto, bajo cuyos pliegues asoma el rostro apenas, no tenía sino taparse un poco más para ser arquetipo de una kabileña. Los hombres llevan asimismo descalzos los pies juanetudos y callosos, y visten los zaragüelles anchos, volanderos, blancos, cortos y á veces no muy honestos; el camisón blanco también, y de anchas mangas; la faja que suele dejar ver un alfanje y, si á tanto llegan, el chaleco desabrochado con ringleras de botones de plata prendidos de la muletilla. Añádase que tienen los rostros cetrinos, que usan luengas barbas negras, que tienen ojos profundos, que son zanquilargos, y póngase todo esto en un pueblo de casucas pardas, hollinescas, de calles enlodadas, entre nopales y palmeras, y seguramente al primero que nos sale al paso le saludaremos diciéndole:

- ¡*Aláh te guarde*!

Avanzaba la Maestra con sus tres discípulas, que triscaban alegres al verse libres por una tarde de la esclavitud de las lías. Los trabajadores la seguían con una respetuosa mirada de admiración. Era la Maestra una joven mujer rubia, de ojos azules: tristes ojos adorables que miraban mucho al cielo para que el cielo en ellos se copiase más puro y más azul. En su rostro de nieve y de rosa reñían muda batalla la sonrisa bondadosa y el resto del dolor. Brillaba en su frente angélica la altivez de la resignación, el orgullo de la pobreza laboriosa y el nimbo del pensamiento despierto y limpio. Vestía de blanco, invariablemente de blanco, como alma de invierno, sencillos trajes que recortaban su busto discreto, su cintura, y caía la falda pudorosa lo más noblemente que puede caer. Exótica mujer entre tanta morenucha ensombrecida por el consabido negro pañolón.

Salió del pueblo y tomó un caminejo que reptaba la vertiente de una montaña abrupta, pelada: amontonamiento de rocas que allá arriba aparentaban inquietantes cantos rodados de dimensiones colosales, prontos á precipitarse por la pendiente y destruir la población. El sendero, triado por el tráfico secular de las recuas, se torcía en rampas hasta ganar la altura de un respecho donde unos algarrobos circundaban la fuente famosa.

Llegaron así á la fuente que mana cuatro límpidos chorros de agua, de cuya pureza y virtudes de sanidad se hacen lenguas en muchas leguas á la redonda. Desde allí, se abarcaba el panorama completamente. El continuo contraste entre los cerros estériles y la explanada pródiga; la encantada variedad de la huerta, la diafanidad imponderable del cielo. La Maestra quedó suspensa en la contemplación de la naturaleza, y queriendo remontar con los ojos y con el pensamiento la barrera de peñascos que la separaba del mundo, suspiró.

Callaron las niñas absortas ante la figura de su profesora que inmóvil y misteriosa se destacaba blanca y dorada del fondo verde. Caía la tarde melancólicamente, la esquila tocaba las oraciones. Una de las chiquillas dijo á sus amigas:

- ¡Es como la virgen del altar!

La Maestra había acudido al expediente de hacerse acompañar cada tarde por tres de sus alumnas para poder andar sin temor á malas lenguas, y peores encuentros, por aquellos vericuetos pedregosos. Al principio fueron las mismas varios días, pero la

adoración que las pequeñuelas sentían por su Maestrita, suscitó envidias y hubo que establecer un turno para contentarlas á todas.

Regresaban. |El crepúsculo, acallando las| bulliciosas expansiones pueriles, agrupó en torno á la profesora á las niñas que, diciendo las verdades, entablaron una sabrosa conversación,

- Maestrita: el Señor cura dice que usted va para santa.
- ¡Para santa! Ya, ya... - prorrumpió la más pizpireta - Mi madre dice que hay una historia; que usted tiene una pena. Y mi padre anoche decía también: "no hay que fiarse, no hay que fiarse".
- Pues mi abuela - agregó la más menuda - no dice eso. Mi abuela dice que la señora Maestrita es una marquesa venida á menos y que se ha escondido aquí para no ver á otras marquesas que la desprecian porque ha quedado pobre.

La Maestra besó las boquitas, heraldos de la murmuración que le hacían traslúcida la reserva de los lugareños. Por ellas sabía que su llegada al pueblo enzarzó una compleja red de quisicosas, remusguillos y comentarios: que la espiaban siempre, y que no faltaban almas piadosas propiacias á la difamación.

- ¿Y qué más, qué más dicen?
- Que Nicolás la ronda á usted.
- Y que usted no le quiere.
- ¡Mírale, mírale...!

De entre los naranjos, rodeando bancales y saltando tapias surgió un hombre. La Maestrita tembló.

- Buenas tardes.
- Buenas tardes.
- Zagalas, para caramelos, ¡hala!

Las chiquillas habíanse apoderado de las monedas que el encontradizo les diera y corrían ya, pero la imperiosa voz de la Maestra las detuvo.

- ¡Niñas, aquí!
- ¿Tiene usted miedo?
- No.
- Quiero hablar sin testigos.
- Y yo quisiera enseñarle á usted que no es noble asaltar á una mujer de este modo.

- ¿Qué quiere usted? ¡No tengo otro! Además se me niega hasta la palabra.

Las niñas sobrecogidas caminaban unos pasos delante; el hombre se acercó á la Maestra é intento besarla.

- ¡Canalla!

Volvieron la cabeza las chiquillas y vieron á Nicolás rojo de ira palándose la cara.

- ¡Si no fuera por las chiquillas...!
- ¡Angeles de mi guarda!
- ¡Caerás!
- ¡Nunca!

El salteador se marchó por otro sendero. Ella lo vió alejarse pensando que la tenacidad de aquel hombre enamorado brutal la ponía en un grave aprieto. Nicolás era un muchachón de reciedumbre temible, airoso, de rostro varonil, en cuyas facciones rotundas - boca fina, grandes ojos negros, frente protuberante, quijada poderosa - se esteriorizaba la naturaleza impulsiva y vehemente de un temperamento africano. No era antipático, ni feo: las mozas del lugar se disputaban sus requiebros. Sin la presencia de la Maestra en el pueblo, Nicolás hubiera pasado de la edad juvenil, sin las violentas explosiones de pasión que lo atormentaban; una huertana hubiera sido su esposa sin trastornos y ambos, padres de numerosa prole, de robustos chiquillos.

Pero la llegada de la rubia, prendió la mina oculta, se inflamó la sangre meridional y estalló la pasión arrolladora, sensual, fiera. Al principio se le presentó manso e implorante: la quería, comprendía que era poco para ella, pero él se afinaría, sería su criado, su perro... Ella lo desahuciaba amablemente: no podía ser, amaba á otro, esperaba á otro.

Eso faltaba: celos. Nicolás, los sintió rabiosamente y entonces quiso imponerse; exigió. Sus amenazas, sus arrebatadas declaraciones, sus lágrimas arrancadas por la desesperación, encontraban siempre la afable y fría respuesta. Debía olvidarla, había llegado tarde, ella agradecía su amor, pero no podía aceptarlo. Enfurecíase él ardiendo en deseos y redoblaba sus violencias, que siempre se estrellaba como se estrellarían las acometidas de un lobo á un cordero tallado en piedra. Y entonces el amor africano, indomable de Nicolás, le sugirió un pensamiento salvaje. ¡A la fuerza! Ya no podía contenerse; en la

lucha sostenida con su obsesión brutal, había crecido el deseo terriblemente y eran ya sus horas, horas de fiebre. Al verla, sentía la voluptuosidad que siente el cocodrilo hambriento, ante el niño abandonado en la ribera; el impulso animal de la carne, del amor de la carne, de ese amor que hace retemblar las selvas y ensangrentar los bosques; amor de tigre, amor homicida: furia de amor. ¡Donde la cazara, la haría suya!

Ella veía el peligro sin gran inquietud. ¡Había vencido tantos! Cuando se halló huérfana y sin pan, un solo camino se le ofrecía expedito: ese, darse á las fieras. Cuantos pasos intentaba hacia su independencia, los estorbaba el hombre; siempre el hombre carnívoro, se le ponía delante. Primero usureros pegajosos que, no habiéndole dejado nada de valor, quisieron pignorar su belleza y su virtud. Luego *los influyentes*; mala ralea de virotes, que husmea si entre el papel sellado hay un duro que robar, ó una honestidad que corromper; *los tenorios, los respetables,* los ricos; *el hombre* en fin, que en la calle, en el templo, en las aulas, en todas partes la había acosado y perseguido, acechando un momento de flaqueza o un día de hambre.

El hombre siempre más insolente, más audaz, cuanto más indefensa la veía; el hombre haciendo de la galantería trampa, de la justicia condición, del favor sed. ¡Siempre el hombre! ¡Que es el amor de las doncellas pobres grato ejercicio de cetrería para ellos! ¿Cuándo llegará la hora de la redención? ¿Cuándo cesará esa cruzada social contra la virtud humilde y trabajadora? Ella había dicho: ¡adelante! y adelante iba. La confortaba el culto á una esperanza. Frente al amor bestial que la acometía, ponía ella el escudo de un amor romántico, dominador de los instintos, hierro de las voluntades, salvador de las almas. ¡Adelante, adelante!

La hija del Gobernador, estudió su carrera de maestra, sirviendo al mismo tiempo de institutriz á unos niños cuyos padres fueron sus iguales. Desde luego mostró predilección por educar. Cuando se graduó era ya conocida por la bondad de su carácter, y se le ofrecieron ventajosas colocaciones también de institutriz. Acaso aquello era más tranquilo, pero la idea de servidumbre, era insoportable para la que se hizo servir. Prefirió tomar por amo al Estado, que es amo de todos, desde el Rey al soldado. Y ganó por oposición su plaza de Maestra de Ricote.

Los placeres que esta profesión le proporcionaba, la indemnizaban algo de sus amarguras continuas. Sus niñas, ¿por qué se complacía llamándolas *sus niñas*? Sus niñas nacían en un medio de tosquedad que las había bestizuelas. ¡Y era tan hermoso ir sacando sus almas de entre aquella corteza, como debe ser buscar las perlas entre la aspereza de las conchas! Sus niñas eran su consuelo y su guardia de honor. Las amaba con un amor que era el aviso nobilísimo del amor maternal que en ella se revelaba santo con decisiones del espíritu, sin carne, como debió ser el amor de madre de la Madre de Dios.

Así vivía la vida de la esperanza, confiada en la venida del amado que huyó. No sabía cómo; se lo traería el sol, se lo traería la luna... El amor tiene alas y lleva impalpable á todas partes su afán, caminando en el pensamiento, y algún día tenía que acertar con el paradero de aquel que aguardaba su corazón, y llamarlo. Vendría Eduardo, vendría. Lo traería el sol, lo traería la luna...

En cuanto á Nicolás, tenía por seguro que alguna vez se vería amenazada por la fiereza de su amor terrible; entonces saldría de las brasas sin quemarse. En último término por algo tiene un poco de gata la mujer.

Sucedió como temía. Una tarde, ya entrada la noche, volvía sola de su paseo. Las niñas de turno, encontraron á sus familias en el camino, y la habían abandonado. Alma apresuraba el paso temeroso, y la noche apresuraba el suyo negreando la senda. Alma corría. La sombra de los árboles la asustaba; los peñascales estaban llenos de escondrijos, el pueblo aún lejano. Corría, corría...

El sátiro espiaba la ocasión. La vió ir sola y se emboscó en unos cañares, en lo más penumbroso y recóndito del camino. Al cruzar por allí, cayó sobre ella de un salto, como cae el tigre sobre su presa. La lucha fué breve. Alma gritó y la manaza tapó su boca. El forzador avanzaba en su obra brutalmente; sintió la zarpa en el seno, sintió que se descubrían sus pudores más escondidos, sintióse tocada por la bestia. Un sobrehumano arresto la animó, salvaje la hembra, heróica la virtud. Las manos blancas que parecían hechas para tejer ramos de flores, acudieron nerviosas y crispadas; agarraron los dedos finos y las uñitas transparentes y buídas se clavaron felinas. Apretó, tiró y

retorció con todas sus fuerzas, con todas las fuerzas increibles que tiene la desesperación.
El bruto cayó á un lado rugiendo de dolor; la gatita había estrangulado al monstruo, que tal vez perdería su fiereza para siempre. La virgen se levantó triunfadora é intacta.
A sus gritos y á los del vencido, acudió tarde alguna gente, que, enterada del lance, lo divulgó rápidamente. En tanto que Alma se serenaba del susto, bajo un parral de una huerta, la nueva de su hazaña corría de boca en boca.

- ¡Y parecía tan floja!
- ¡Ese ya no vuelve!

Aquella noche regresó á su casa, altiva y contenta como quien ha conquistado su inviolabilidad, y asentado su fama en sólidos cimientos. A trueque de esta ventaja, dió por bien empleado el susto sufrido, la emoción pasada y hasta los magullamientos de la batalla. Nada tenía ya que temer, ni al sonrojo de contar su valor ante los jueces, porque el interfecto negaba su lesión, queriendo ahorrarse burlas y escarnio.
Volvía mayestática cruzando la calle mal alumbrada por tal cual mechero de acetileno, que rompía las sombras de trecho en trecho.
En las puertas de las casucas, seguían los obreros del esparto tejiendo lías y cantando viejas canciones ó recitando consejas tradicionales. Los huertanos de vuelta del trabajo pasaban á su lado con el legón al hombro; los arrieros encerraban sus recuas dejando en la calle las angarillas y serones. En la puerta del Ayuntamiento un corrilio de propietarios conversaba quedamente. Alma saludó.

- Buenas noches.Y todos respondieron descubriéndose:
- Que Dios la acompañe.

Andando despacio pudo oir al padre de la niña de marras:

- ¡Caramba con la Maestrita! Yo decía que no hay que fiarse, pero ahora apuesto por ella.

Sonrió satisfecha y al entrar en su casa entró cantando. La vieja sirvienta, al ponerle la colación, decía:

- Lo he *sentío* contar. Hoy ha tapado usted más de cuatro bocas.
-

Se retiró á su cuarto. Pensaba. Nunca creyó que el amor fuese tan espantoso, tan animal. La mano defensora recordaba una sensación de repugnancia. ¿Era aquello lo presentido, era así el amor? Decíale que no un anhelo dulce de caricias delicadas, sin caricias, de besos leves y de brazos blandos. No podía ser así. Debía haber otro amor, el suyo, el puro, el grande.



Puerta del Ayuntamiento de Ricote
Foto: Ángel Ríos Martínez

Se desnudó lentamente para buscar los arañazos y contusiones recibidos en la refriega. Los brazos presentaban las marcas de la tenaza de aquellos dedos de hierro: manchas moradas como pétalos de lirio sobre la nieve. En la garganta unos rasguños eran como un extraño collar de rubíes. El seno, donde se sintió atarazante la zarpada, tenía moraduras en las que la sangre protestaba cárdena de la profanación. También en las piernas había lívidas huellas de la villana mano, que escorió la carne.
Desnuda ya se contempló en el espejo. La noche era cálida, cantaban los grillos venían de la huerta irresistibles esluvios de fecundidad. A su influjo pudiente, la hermosa rubia sintió una

desazón indefinida: la sed de amar. El espejo copiaba su figura perfecta de Venus griega. No pudo contener una exclamación:

- ¡Qué hermosa soy!

Y después arrobada en los recuerdos de su amor perdido y en las esperanzas de una dicha quimérica, buscó un retrato, el de Eduardo, y poniéndoselo delante, como si la oyera y viese, dijo solemne:

- ¡Para tí, amado mío, ó para la Madre Tierra!

3.6 ¡Viva el amor!

- Ahora ya no puede usted perderse. Siga la senda y al llegar á lo alto, divisará el pueblo.

Emprendió Eduardo la ascensión. La senda indicada se doblaba en zig-zag por la empinada vertiente de un cabezo en punta. Era una trocha muy propia para cabras, pero dificultosa y cansina para sus pies bien calzados con botinas de lujo. Frecuentemente tenía que auxiliarse con las manos para no caer resbalando por despeñaderos peligrosos. A ratos caminaba cerrando los ojos para librarse del vértigo que le producía el abismo. Por fin ganó la cúspide sudorosa y la fatiga le obligó á descansar sentado en una piedra.

Estaba en todo lo alto de una montaña rajada en enorme grieta; desmoronada y como quedada á medias en su derrumbamiento que los enormes bloques parados continuarán algún día. En la hondonada, una verde zona de huertas se ensanchaba pacífica y rica á cada orilla del río. Sin duda las montañas peladas, eriales amontonados como cosa que estorba, tuvieron un día celos de los vecinos verjeles y pensaron que aquel manto de vegetación próvida, mejor que tendido en la llanura, estaría cubriendo sus enhiestas soberbias espaldas y plegándose en sus declives cual colosal manto, con lo cual no serían tan espantosas las escarpaduras ni se desgranarían á cada turbión. El hombre no pensaba así, pues cultivaba el llano dejando en su desnudez las cumbres, odiando los canchales y despreciando las llecas faldas de la sierra. Entonces las rocas celosas determinaron vengarse cegando el cauce del río y anegando la vega. Para conseguirlo dos cerros inmensos empezaron á juntarse hasta unir sus fastigios altísimos, y se dieron buena traza en arrojar al lecho de las aguas peñas, desprendimientos de grandes masas y aludes de chinarros que iban dejando al río sin camino.

¡Al Segura con esas! ¡A un río que cuenta en su historia con varias ciudades inundadas, con muchos pueblos destruídos, con centenares de sólidos malecones barridos como plumas, con mil puentes arrancados de cuajo por su bravura terrible!... El río se enfureció, tornose rojo, espumarajeó, sonó con el bramido ronco de su torrente desbordado y acometió el obstáculo. Hendió las

moles con su espada brillante, metió entre las rocas su cuña líquida, demolió con vorágines, resquebrajó, volcó, tumbó, arrastró y consiguió meterse por entre sus enemigos traspasándoles las entrañas, rugiente y veloz, para salir al lado opuesto despenachándose en grandiosa pompa de férvidas espumas que al sol le brindan encajes de todos los colores. Las generaciones han dado á aquel lugar dos nombres onomatopeycos. Si por una parte las piedras se sorben el río cual sedientos colosos, es propio decir *sorbente*, que hoy es *Solvente* tal vez por corrupción del uso. Y si por otra suela estridente el chasquido de la catarata, también es adecuado decir ¡*Chin…te*! *Chinte ó Solvente*, pues, se llama aquello.

Eduardo sintió ante las ingentes masas de roca viva que amenazaban repetir el cataclismo, el pasmo de lo sublime. En la concavidad en que, socabando perdurablemente el seno de la montaña, abren las aguas un templo de arquitectura incatalogable, las horas cantaban su sonata eterna…

¡Hermoso salmo que en su grandeza era tan grande como los anhelos de su corazón!

¡Iba á Ricote!

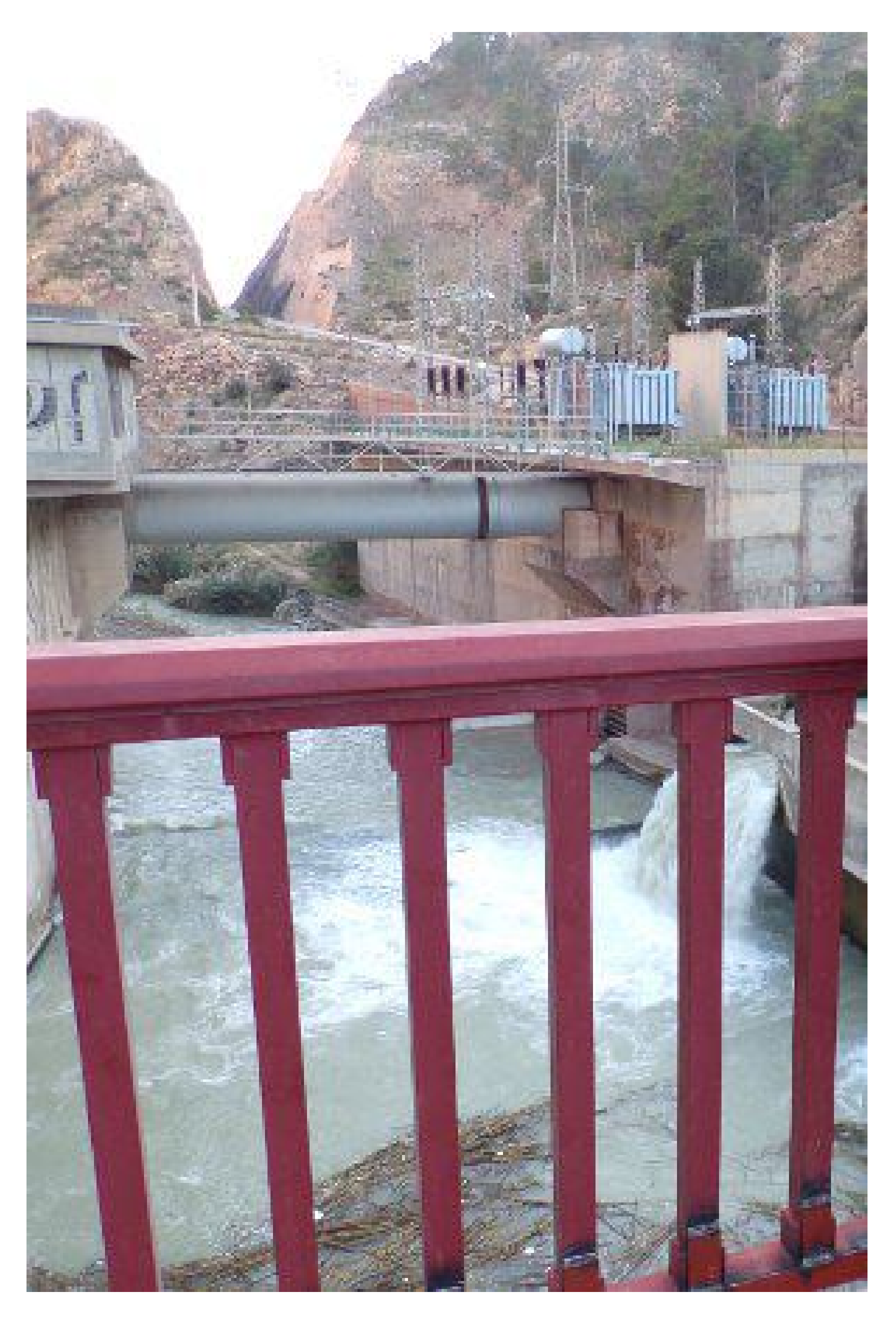
Para llegar, aún tenía que triscar por vericuetos y acantilados. Reanudó su marcha metiéndose en callejones abiertos á pico que le hicieron muy luego perder de vista el río. Subía más, más, aunque le pareció estar ya en las nubes; los altibajos se escalonaban y era cada vez el camino más fatigoso y áspero; siempre hacia arriba como si aquel fuera el camino de la Gloria. Siempre subir; cada montículo servía de base á otro más empingorotado. Creyérase pesadilla tanta altura y tan pertinaz visión de una cuesta inacabable. Pero unos pasos más, y la sorpresa.

Ante sus ojos se presentaba un panorama deslumbrador.

Allá arriba, á lomos de la sierra eminente, había un pueblo y junto al pueblo una explanada de huertas de naranjos y limoneros. Para creerlo hay que verlo.

Cuentan que el cólera no llegó á Ricote. ¿Cómo iba á llegar? ¡Pues flojos pulmones hacen falta para ello!

Lo maravilloso es que casi en la cúspide los picachos que Eduardo acababa de trasponer, está la fuente.



El Solvente hoy en día
Foto: Govert Westerveld



Ricote
Foto: Ángel Ríos Martínez

No es concebible que el líquido venga buscando su nivel. Debe ser cosa de los ángeles, que bajarán al amanecer con ánforas de oro. Así es el agua.

¡Eduardo iba á ricote! Iba á ver á Alma. Cuatro meses antes perdió toda esperanza de encontrarla. La aparición de una mañana de primavera debió ser sueño. En Murcia, sólo vió arder á la mujer de sus pecados, pero no obtuvo ni el más leve indicio del paradero de la mujer de sus amores. Cuantas indagaciones hizo en la ciudad, en el balneario, en Archena, resultaron fallidas; nadie daba razón de la palomita blanca. Alma no debía vivir; su espíritu constante fué quien le sugirió el delirio de que la veía para que no la olvidase... Y ahora, cuando ya había caído en una desesperanza mortal y consagraba á la divina novia un culto religioso, se le ponía delante, de golpe, real y viva... y desgraciada. La suerte juega con los hombres como el huracán con las hojas secas. Fué el enano quien le hizo la revelación.

- ¿Sabe, señorito? Dí con el paradero de la mujer que buscaba usted en la temporada pasada. Suele venir algún

domingo á misa al balneario. Es la Maestra de escuela de Ricote.

- ¿Estás seguro?
- ¡Vaya si lo estoy! Y sé como se llama, ¡qué nombre, caray! Alma. Pero allí todos la conocen por *la Maestrita*.
- ¿Está cerca ese pueblo?
- Por lo derecho menos de una legua.

La perniciosa indecisión, achaque de los débiles, torturó su ánimo. ¿Debía ir? ¿Estaría casada *la Maestrita*? ¿Lo querría después de su mala acción? Iguales dudas que cuando la vió en la ermita. Dudas de pecador que se reconoce indigno de la felicidad y teme que se desvanezca siempre antes de tocarla. De cualquier modo, presentarse sin exploración previa era imprudente; podía sufrir otro desengaño. Acudió pues, al expediente de todos los tímidos; escribió:

"Por fin te hallo, Alma mía. ¿Me odias? Fuí malvado y no te merezco. El tiempo, gran médico, habrá tal vez curado la herida que yo abrí con mi desvío. El tiempo, tenaz roedor, ha descubierto la que yo me inferí entonces sin notarlo. Dime si llego demasiado tarde".

"Vuelvo después de haber purgado horriblemente mi felonía"-

"Soy, como la escoria, escupido por el fuego. Soy egoísta porque me acojo al templo de Dios horrorizado de mi apostasía. Quiero vivir porque he visto la mano esquelética de la muerte que arrancaba la carne y mostrándome el sér desnudo de la forma me dijo: ¡esto es lo que no viste!"

"Soy ruín. Dime tú, Alma, si aún puedo esperar mi redención".

Despachó un propio con la carta encargándole que esperase la contestación, y después que lo vió partir por atajos y trochas sintió que de zozobra le dolía el corazón.

Ya estaba bien contrastada, ya estaba probada á todos los fuegos la pasión aquella que cuando naciente parecía efímera é inconsútil como una pompa de jabón. Ahora el padre no podría pegar la hebra de sus retóricas hilvanando otro discurso de engañifas. Ahora el amor grande como el oro puro se presentaba triunfador de todos los reactivos, saliendo uno y esencial, incorrupto é inatacable de todas las retortas y crisoles. Ahora, señor senador, ha triunfado el tirano, y hay que dejarse de cancamusas parlamentarias.

▪▪▪

La Maestrita se hallaba en la escuela cuando llegó el enviado. La presencia del polvoriento *archenero*, conocido enseguida por la traza chulesca, produjo en las chiquillas un movimiento general de curiosidad; y todas prontamente aprovecharon la suspensión de las labores para hacerse carantoñas, cuchichear y enredar lo que pudieron.

Las más revoltosas se aventuraron á levantarse de puntillas y tirar de la trenza á las que tenían delante; en pie otras; comenzaron una danza de marionetas; algunas, muy audaces, salieron de los bancos haciendo piruetas con el tambor del bordado en la cabeza á guisa de sombrero.

Alma, al reconocer la letra del sobre, quedó suspensa, helada. Durante unos segundos paralizó todos sus movimientos el estupor. Clavados los ojos en aquellas letras que bailaban ante ella como diablillos retorcidos, una oleada gélida la recorrió de arriba á abajo, un aflujo de sangre alterada. Temblaban sus manos sin acertar á romper el sobre, que al fin se rasgó irregularmente, y el pliego abrió sus alas de mariposa.

Leía, leía, leía. Y así como leía se le iba metiendo el cielo por los ojos y se desataba una loca revolución en su alma deslumbrada. Leía presa de un espanto delicioso, alucinada, enloquecida de placer, á mil leguas de la realidad que la rodeaba. Leía, leía, leía...

En vista de su abstracción, otras niñas abandonaron sus asientos y el rumor fue creciendo hasta convertirse en barullo. Rompióse decididamente la disciplina, y aquí unas bailaban, otras, contaban cuentos, más allá, se pelamesaban dos fierecillas disputándose un cromo; ésta se pintaba bigotes de tinta; cual recortaba muñecos de papel que recorrían las mesas empujados á soplos y, en fin, algunas se acercaban al propio y, mientras lo entretenían con donaires, no perdían de vista á las que por la espalda le prendían un rabo de trapo.

La Maestrita seguía leyendo inmovilizada por la emoción intensa y á beneficio de su indiferente ensimismamiento se proclamó en la escuela la anarquía. Volaban los silabarios, rodaron algunos tinteros, cayeron bancos y fué tal el trajín que hizo descender á Alma del alto cielo en que se hallaba. Y fué de ver cómo las párvulas asustadizas corrían á sus puestos cuando ella levantó la vista del papel.

- ¡Bailad, hijas mías! - dijo en vez de reprenderlas - ¡La Maestrita también baila y canta! ¡Bailad, ángeles míos!

¡Viva el amor!
No sé cuándo vendrá
¡Viva la roa en el rosal!

Miráronse las chiquillas unas á otras sin saber qué era aquello, pero al ver que efectivamente la Maestrita saltaba de contento y reía ¡reía! - ella no recordaban haberla visto nunca reir - contestaron cantando á grito herido:

No sé cuándo vendrá.
¡Viva la rosa en el rosal!

Y sin esperar á más razones, en tumultuaria escapada se marchaban las discípulas felices á quienes la Maestra feliz besaba tiernamente, corriendo de un lado á otro, alzando á muchas en sus brazos y cantando la canción del amante que se fué y no sabe cuando vendrá.

¡Viva el amor!

El propio espera á que amainase el temporal para exigir la respuesta. Alma se anticipó.

- Le dice usted que venga, que venga enseguida... No ¡pobrecito! hace mucho calor; se va á asar. Que venga esta misma tarde ¿sabe usted? Esta misma tarde en cuanto cese el calor. Esta misma tarde sin falta, ¡sin falta!... Usted va volando. Estará impaciente; se va usted volando... ¡Ahora que reparo! Necesita usted almorzar. ¡Francisca, Francias!...
- Voy, voy ¿qué pasa?
- Que almuerce este hombre. Lo que sea, lo que antes se haga. En tres minutos, ¡lista!

La vieja acostumbrada á la calma de la anterior tristeza de su ama, se asombró al verla inquieta y alegre como unas catañuelas.

- ¡Ave María! ¿Se ha vuelto usted loca?
- Sí, enloqueceré de gusto. Bueno, que almuerce este hombre en un periquete. - Y volviéndose al enviado. -

Puesto que se ha de detener usted unos momentos, yo escribo entretanto.

El propio creyó que aquella señorita estaba de atar. Francisca improvisó un refrigerio suculento: huevos, jamón y vino, amén de unos melocotones de terciopelo. Sentóse el buen hombre sosegadamente y acometió á las viandas con diente seguro. Era cosa de corroborarse bien para volver ¡volando! y luego que el vinillo estaba muy fresco.

Alma escribió:

"Quien te ha esperado tanto tiempo, no puede sufrir más. Ven. Que no se ponga el sol sin que haya llegado mi Felicidad. ¡Cuánto te amo! A las seis saldré á tu encuentro por el camino del Solvente que es el más corto. Dios ha tenido misericordia de mí y te envía. Ven por tu

Alma".

Cerró el sobre precipitadamente y fué junto al comensal. El vino estaba muy fresco, el jamón era sabrosísimo y el apetito acompañaba. ¡Con qué desesperante parsimonia engullía aquel azacán! Despacio, con voluptuosidad, iba cortando trozos de pan que untaba en el aceite y se los llevaba á la boca con unción. Francisca había tenido que rehenchir dos veces el porrón y otras dos había renovado la ración de pan, en tanto que las magras no menguaban cosa, distribuídas parcamente por el glotón.

Alma se sentaba, se levantaba, iba y venía soliviantada.

- ¡Hombre de Dios, acabe usted de una vez!

No se inmutaba el jayán. Le había tomado el gusto y no se levantaría mientras quedase ni gota.

- Descuide la *señorica*; voy en cuatro zancadas.

Y continuó paladeando sabiamente el vinillo jumillano. Aun por remate, se embolsó una buena provisión de fruta para el camino, lió un cigarro, se colgó el cayado y salió sin prisa guardándose la carta.

- Descuida le *señorica*: yo voy por la sierra en dos zancadas, en dos zancadas.

Partió. Si tarda un momento más, á Alma le da un ataque de nervios.

¡Cuántas horas faltaban! ¿Por qué no había venido él con la carta? La carta lo decía; por temor de llegar tarde. ¿Se figuraría el muy tonto que era su Almita capaz de querer á otro?

- No, amado mío, ¡para tí ó para la Madre Tierra!

Apenas probó bocado y bajó á la escuela muchos antes de la hora de clase. Todo lo quería hacer antes de su hora para darle prisa al reloj: aquel péndulo inconmovible que le contó tantas horas de pena. La escuela solitaria tenía cierta solemnidad de templo con su crucifijo campeando bajo el dosel, sus cuadros de Historia Sagrada y su lobreguez. Humilde escuela desmantelada en cuya sordidez de prisión sufrió su cautiverio la Maestrita. Sola, sin poder compartir con nadie sus aflicciones, extrañada á un país desconocido, sin madre, sin hermanos, sin amigos. Sola entre las palmeras.

Ganaba un pedazo de pan pasando la aridez esteparia de una vida sin norte. Era como esas estrellas pálidas, hijas de la melancolía del crepúsculo, que lagrimean en horizontes perdidos. Ganaba su pedazo de pan enseñando á amar á Dios sobre todas las coas y al prójimo como á ti mismo, y teniendo que defenderse del prójimo fieramente. Y era su vivir penante amarrada á la cadena perpetua de su trabajo, indefinidamente prolongado y mezquinamente retribuído. Ganaba solamente su pedazo de pan.

¿Qué hubiera sido de ella sin el amor? Habría muerto. ¡Oh, amor, bendito amor, ley de la vida! La escuela silenciosa, su cárcel, seguía desierta. En sus muros esquivos estaban las ringleras de cartelones con grandes letras primero, casándolas en sílabas después, en palabras, en cortos párrafos luego, en extensos textos por último. Peregrinación que va atando á los trazos de tinta las ideas, sujetándolas luego con dobles ligaduras, uniendo sonidos y combinando modulaciones para crear la palabra, abeja del pensar, cuyos enjambres forman la maravillosa trama del idioma. Los bastidores con rosarios de cuentas representaban otra misteriosa evolución mental que primero torpemente con las yemas de los dedos dice: uno, dos; con los ojos, diez, veinte; con la razón creadora que exclama por fin sin tocar ni ver: ciento, mil, un millón. Y los mapas eran la más grandiosa de las abstracciones humanas porque convierten en viajeras á las inteligentes haciéndolas dar la vuelta al mundo alrededor de una esfera de escayola.

¿Y por qué pensaba todo aquello que tanto la aburrió en la Escuela Normal? ¡Ah, sí! Había asistido á una Escuela Normal y

había estudiado cómo se mueven los astros y cómo se hizo la Historia. Se había emancipado de su memez de señorita abriendo los ojos á un mundo nuevo que la hubiera salvado mucho antes si antes lo hubiera conocido. Ahora acusaba de dañina la frívola instrucción *de adorno* que constituyó su educación burguesa. ¿Para qué servía todo aquello? Con todo su saber de cosas elegantes estaba inerme para procurarse la subsistencia; muy antentos sus mentores á enderezarle la inteligencia, como el cuerpo, con galas de trapo, no cuidaban en cambio de prepararla para el caso de no ser *colocada* matrimonialmente. Esa es una situación imprevista á cuyo evento no se atiende, así ¡pobres señoritas! ó se casan ó... *el hombre* se encargará de ellas. ¡Qué horror!

Y bien ¿qué tenía que ver eso con su situación de hoy? Mucho. Lo pensaba, lo recordaba porque temía parecerle caída. Ella, ante el rico, ante el lujoso, no era ya la hija del Gobernador popada, envidiada y con surtido guardarropa; era *una maestrilla de escuela*. ¡Cuánto más era ahora que entonces, cuánto más valía! ¿Comprendería él eso? ¿Le agradaría pobre y servidora la que conoció señoril? El decía en su carta que había sufrido ¡quién sabe! Acaso viniera pobre. ¡Pobre! Esta idea la alborozaba. ¡Que viniera pobre y desvalido, que viniera vencido, menesteroso, paria! Así ¡oh, qué ilusión! podría ella ofrecerle su amor y su hogar.

Fueron llegando las niñas y empezó en la escuela el mosconeo de voces infantiles como la siesta amodorradas y lentas. Las infelices criaturas llegaban sudorosas después de recorrer bajo el sol quemante las calles sin sombra escaldándose los pies descalzos en el rescoldo de la arena de los caminos. Empezó la clase de lectura: balbucientes las bocas pueriles iban decorando las sílabas del escrito que no entendían. Alma, obsesa en su amor, no se enteraba tanto...

- Hijas mías, lo que hoy pienso, no os lo puedo enseñar. Id con Dios; no hay escuela.

Y á las tres que se quedaban:

- Ni paseo.

Se marcharon omo bandada de pájaros que oye la piedra y volvió á su monólogo la Maestrita.

- Viene aquél: el primero, el único, el esperado. Ahora no le dejaré escapar; ahora no podrá romper la dulce cadena de mis brazos. Viene el dueño, viene el amor. ¡A ver, las cuatro" Ya, ya se acerca.

Subió á su habitación para cambiarse de ropa, poniéndose otra adecuada á la gran ceremonia. Tenía por cierto, que aquella tarde se unirían sus vidas para siempre.

Al desnudarse, el espejo copió una imagen nueva. Hermosa, hoy más hermosa porque tenían sus labios una sonrisa retozona y las pupilas azules relampagueaban. Hasta parecía que sus curvas eran más túmidas y que la sangre en orgía llenaba más su seno.

- ¡Para tí, amado mío, ó para la Madre Tierra!

Los lienzos níveos cubrieron castamente su desnudez, lloviendo cataratas de encaje sobre el nácar y la rosa. Blanco era el vestido, siempre era blanco. Volvió á contemplarse. El cristal reflejaba esta vez una de esas esbeltas figuras que sólo se ven en los cromos porque la realidad las modela raramente con tal perfección. La coquetería, hermana de la mujer, le dijo al oído:

- En cuanto te vea, es tuyo.

Salió. Ya eran las cinco y media y aún sofocaba un poco el sol de despedida del verano. El pueblo vejetaba en su quieta de tejer los rubicundos hilos de esparto, y la tarde desleía en el azul las bermejas ráfagas de un crepúsculo largo, que empezaba en llamas y acabaría en sangre, como si el astro ígneo dijese al hundirse: "Hasta mañana, que apretaré más".

Alma cruzaba las calles pululadas de esparteros oyendo á su paso:

- Que Dios la bendiga.
- Es una rosa.
- Es una azucena.



Limoneros de Ricote
Foto: Govert Westerveld

Se halló en el campo. La huerta reverberaba rayos verdes; los limones brillaban entre la espesura como pepitas de oro; y los cabezos tenías refracciones opalinas como si fuesen transparentes.

Iba la Maestrita despacio refrenando su deseo. A veces se detenía sobre un montículo atalayando la lejanía por donde el amado había de venir.

Y andando cada cual en dirección opuesta, llegaron los novios á un punto en que sólo un canchal los separaba, y les impedía verse, tan cerca ya no de otro, que pudieran haberse advertido con sólo poner oído atento al rescíproco y simultáneo golpeteo de sus corazones. Un paso más y...

- ¡Ahí está! - pensó él.
- ¡El es! - se dijo ella.

Un momento estuvieron quietos. Los ataba la emoción intensa anudando las palabras en sus gargantas. Entretanto las

imaginaciones rapidísimas y los ojos de hito en hito, sagaces, los sometían á mutuo examen.

- ¡Qué linda!
- ¡Qué pálido!

Esto en lo que tarda un rayo. Enseguida se buscaron, y así como se acercaban se enturbiaban las miradas y crecían las congojas. En un súbito arranque se precipitaron á abrazarse...

Y no se dijeron nada; los sollozos fueron unos y las lágrimas se mezclaron hermanas.

3.7 El salto de la novia

Primero reinaron los ojos. El mutuo arrobamiento de la contemplación los enmudecía. Avidos, con hambre de saberse, se miraban como si temieran la burla de unas pesadillas, afanosas, necesitados de tenerse por ciertos y contrastar la vaga imagen de los recuerdos con la realidad viva.
Eduardo acusaba de mezquina á su memoria: era la amada mucho más bella de lo que sus soledades le decían. En la cámara obscura del pensamiento perduró la figura, mas los retoques de la imaginación y el difumino del tiempo. la imprecisaron envolviéndola como en nieblas. La sonrisa que ahora veía y las pupilas que ahora lo hipnotizaban no tenían en el retrato añorado la espiritual expresión fascinadora. Una comparación le vino á las mientes. ¿Cómo había adunado en su locura las bellezas de las dos rubias? Cierto que se asemejaban algo, pero aquí la hermosura era pristina, original, y allí era un remedo tosco. Aparentaban ser la una, Alma, la estatua tallada en mármol y la otra, Herminia, el vaciado imperfecto obtenido en mala arcilla. Había de una á otra lo que hay del cielo en el cielo, al cielo en el estanque.
Alma, á su vez, recordaba al estudiante, diferenciándole del hombre aplomado y serio que ahora se le presentaba. El mancebo barbilampiño era el adulto; las facciones definiéndose habían adquirido una bella fijeza. Faltaban en aquel cuerpo firme las elasticidades y encabritadas inquietudes primitivas; se echaba de ver la ausencia del color en el rostro, y los ojazos negros, antes juguetones, habían reforzado su poder á expensas de su alegría. Algo trasmanaba de él que decía daño y duelo. Con todo, estaba hermoso; la pubertad, cumpliendo su palabra, trocó la esbeltez garbosa en gallardía serena y fuerte.
Callados, anduvieron por entre chumberas y zarzamoras aproximándose instintivamente á la huerta. Una acequia en que cabrilleaban los rojeces de la puesta de sol, les cortó el paso. Allí cerca, una ñora volteaba su rueda enorme impelida por la corriente que empujaba sus paletas, y á sus isócronas

revoluciones, elevaba la carga de agua en canjilones pequeños, que en lo alto vertían desgranados rosarios de brillantes.



Chumberas de Ricote
Foto: Govert Westerveld

Los chopos rectos alzaban sus ramajes ganosos de cubrir y los sauces lánguidos abatían los suyos cansados de crecer. Allí se sentaron en el almohadillado margen, cercanos á un limonero que se desgajaba al peso de sus pomos. El ambiente era fragante, la soledad grandiosa.

- ¡Alma qué cambio! Tú alta, y yo hundido, tú fiel, y yo traidor.
- ¿Y qué, me quieres?
- ¡Oh, sí, sí! Eso sí. Ahora es cuando te quiero de veras, del todo. Ahora te amo con el amor definitivo y grande de toda mi vida. Ahora te amo sabiéndolo, pensándolo, hermosa mía. Pero tú no me debes, no me puedes querer. No soy digno de tí. Mis manos manchadas con todas las manchas no pueden tocar el Ara divina de tu sacratísima

pureza... Oye... Espera. Yo quiero que antes de todo recibas mi confesión.



Limoneros de Ricote
Foto: Govert Westerveld

- Yo te perdono, yo te absuelvo sin oirla.
- Espera, espera. Busqué en otras mujeres antídoto de un dolor que yo quería ocultarme; para no sentirlo acudí á la liviandad y á la embriaguez. Fuí concupiscente.
- Y yo te perdono.
- Espera, espera... Cogí tu amor, el amor casto de nuestra primera vida, y llevándolo en las manos pecadoras y en los labios viciosos, lo deposité sobre un lecho nefando y ungí con él el cuerpo mercenario de una ramera. Te amé en ella encenagando tus recuerdos, y en el paroxismo de mi vesania, la besé pensando que te besaba y la llamé "¡alma mía!" dándole tu nombre.
- Y yo te perdono.
- Espera, espera... Cuando ella me dejó para seguir la senda de su lascivia, estaban ya tan confundidos mi amor por tí y mis apetitos por ella, que érais una, y en ella te escupí, y en ella te ultrajé y en ella te aborrecí.
- Espera, espera... Tú en ella fuiste para mí la mujer, y la mujer fué para mí carne que se devora, placer que se harta y bestia que se doma...
- Y yo te perdono.
- Más, más aún. ¡Te maldije!
- Y yo te perdono.
- Todavía más. Se inficcionó mi sangre, y se corrompió mi cuerpo. Las llagas pintaron en mi cara sus horrores; cayeron mis cabellos, se ulceraron mis labios, se ribetearon mis ojos, y fuí como un leproso evitado y encarnecido. Me negaron su mano los amigos, en mi hogar mi padre, y sus besos las meretrices; y á mi paso escapaban las gentes; y se cebaron en mí el daño de la sangre y la amargura de la ignominia.
- ¡Y entonces debiste venir a mí! Y mis manos te hubieran curado, y mi boca te hubiera dado sus besos, y mi amor el consuelo que el mundo te negaba.

Eduardo, confundido por la excelsitud de aquella mujer incomprensible, cayó de rodillas.

- ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres!

Alma respondió:

- ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!
- ¿Es que me quieres todavía? - preguntó él ansiosamente.
- Ahora más. Has sufrido, ya eres apto para el amor grande. Has sufrido, pobrecito mío, y sufriendo has aprendido á querer... como yo.

▪▪▪

Un sentimiento femenino la urgó curiosa.

- ¿Y esa?
- Murió.
- ¿En tu corazón?
- Primero. Después ardiendo: se quemó en una carroza.
- ¿Era la de Murcia?
- Esa era.
- ¡Qué horror! Ví sus retratos. Dicen que se parecía un poco á mí. Debió padecer de un modo espantoso.
- Yo la ví. La catástrofe ocurrió delante del balcón desde donde yo presenciaba el desfile.
- ¿Y no la salvaste?
- No pude: el humo y el atolondramiento de la gente me lo impidieron. La ví perecer achicharrada. Su agonía fué ardiente como su vida. Con ella sentí que ardían mis aberraciones. Fué como su me fundieran el pensamiento de cuyas cenizas te ví surgir divina.
- ¿Soy, pues, el Fénix, no es eso?
- Eres mi resurrección.
- ¡Aleluya!
- ¡Y Gloria!

Enlazadas las manos se miraban dichosos. Eduardo cogió por las sienes la cabez rubia y... se arrepintió. La nube volvía; quedó serio otra vez.

- No puedo creer, Alma, que después de lo que has oído sigas queriéndome.
- ¡Te conozco pícaro! Siempre fuiste muy exigente. ¿Quieres mimo?
- ¡Eres un angel!
- Ahora me toca a mí. Atención. Yo tuve un novio.

Movimiento de disgusto en Eduardo y un gorgorito en la garganta de ella.

- ¿Quieres creer que no sé reir? ¡Hace tanto tiempo que no lo hago! Pero ahora hay que reir, hay que reir, verás.

La carcajada debió sonar, pero no se puede dar fe de ello. Andaba un ruiseñor por allí trinando, y pudo ser del pájaro gorgeo.

- Verás, celoso. Yo tuve un novio... y no quise tener más. Espera, espera, espera... ¡y por fin volvió el novio! ¿Eh? ¿Qué tal?

Ahora sí que fué ella quien gorgeó.

- ¿Me esperaste siempre?
- ¡Siempre! Como tú a mí. Buscaste á esa porque se me parecía, porque no me olvidabas. En realidad te eras infiel á tí mismo, á mí no. Es como cuando te dan una moneda falsa ¿qué culpa tienes tú?

La tarde se acababa lentamente, azuleando en las cumbres remotas; se oían las canciones de los huertanos y una mano romántica tenía dulcemente la esquila del *Angelus*.

- Has de volver al balneario; es tarde. Acompáñame hasta el pueblo.
- ¿Y si nos ven?
- Diré que eres mi novio; la verdad.
- Vamos.
- En las afueras hay gente.

Alma se sonrojó hasta las uñas al decir esto. El comprendió.

- No me atrevía.

Inclinó ella su frente, y el beso de sus desposorios quedó depositado en el estuche de nácar. Anduvieron hasta las primeras casas. Allí ella dijo:

- Mañana es domingo; no tengo escuela.
- ¿Quieres que te venga á buscar y pasaremos juntos el día?
- Sí, sí.
- ¿A qué hora?
- A... las ocho.
- Antes.
- A las seis.
- Antes.
- Al salir el sol.
- Adiós, hermosa, hasta que salga el sol.

La vió adentrarse en el poblado obscuro, resaltando la nota blanca de su vestido, y cuando desapareció definitivamente, pensó:

- ¡Bien llamada eres Alma!

▪▪▪

Aún alumbraban las estrellas, cuando Eduardo llegó a Ricote. La tartana lo llevó por la carretera que repta el cerro al lado opuesto del río. Llegó á la plaza aún solitaria y llamó á la puerta de la escuela. Ella esperaba ya.

A ambos le empalidecían las huellas de una noche de insomnio. Los dos se anticiparon á la hora fijada, y hubieran querido los dos coger el sol por sus trenzas de oro y tirar de él hasta sacarlo por encima de las rocosas cumbres. Después de torturarse en las horas del deseo, volvían á verse y las pobres palabras, mezquinas siempre para expresar los dolores supremos y las alegrías grandes, no salieron de sus labios tremulentos. Hablaron los ojos otra vez.

La presencia del tartanero les molestaba; deseaban estar solor, sin fiscales, para decirse muchas veces cuanto se querían.

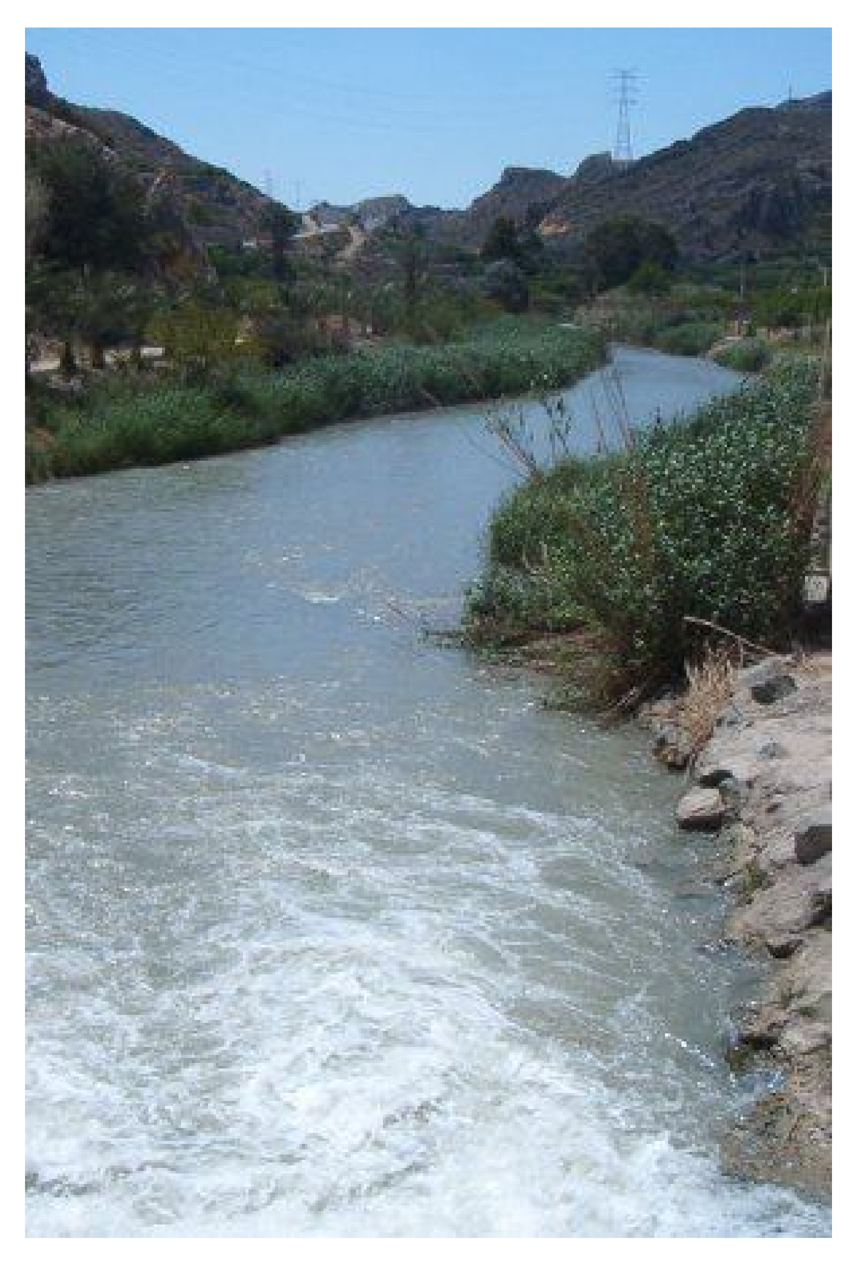
- Podemos ir por el camino del río.
- Sí, sí, por las sendas.

Despidieron el carruaje y emprendieron la marcha cogidos de la mano como dos niños. Mientras atravesaban las calles, seguían callados temerosos de ser oídos. Empezaban á abrirse algunas puertas; de vez en cuando se cruzaban con un morazo que salía á dar el primero riego, ó con una beata que iba á la primera misa. La luz se iba esclareciendo y los penachos de las palmeras, tal vez veían ya el sol.

Cuando salieron al campo, los saludó la gran bola bermeja, que emergió en la lejanía, tiñendo de carmín sus rostros al primer destello disparado como una saeta. Ascendían por entre pedruscos y nopales que ya ocultaban la población; sólo la torre seguía atalayando las cumbres, como si no quisiera perderlos de vista; pero torcieron un montículo y la torre fisgona se hundió también.

Llegaban al *Solvente*. Ahora el río tenía en sus espumas un alboroto de cambiantes, donde el iris bailaba de gusto. Las empingorotadas moles no amenazaban como por la tarde: las

pintaba de ámbar la alborada. De la huerta subía un grato perfume. Eduardo se sentó en *aquella* piedra.



El río Segura cerca del Solvente
Foto: Govert Westerveld

- Ayer también descansé aquí, y hoy se me ha antojado - dijo - no dar un paso más sin que me digas cuanto me quieres.

Alma, se plantó delante y anegándolo en su mirada azul, le respondió:

- ¡Todo esto!

Y el sol celoso, se enardeció acabando de salir resueltamente, como si les dijese: "¡Eh, señoritos, que lo veo yo!"

Bajaban por los vericuetos corriendo, saltando y triscando, como los pájaros; jugaban cual chiquillos y se reían, se reían sin saber de qué. La risa era la espuma de la felicidad. A veces dejaban de reir, para mirarse un momento y volver á reir más estrepitosamente.

Y saltaba aquella risa idílica de roca en roca, y volaba en las ondas, prendiéndose en las palmas, besando las flores y acabando por confundirse con aquella otra risa de colores de la linfa del Segura.

- Yo digo - hablaba ella - que ahora nos toca ser dichosos, dueño mío, porque los dos hemos consumido nuestra parte de dolor. A cada criatura le debe corresponder tanto de alegría, tanto de pena. Y todos van gastando su tanto correspondiente. Lo que hay es que la mayoría, lo van entremezclando, y saltean los goces y los sufrimientos en esos vaivenes que constituyen las vidas vulgares. Pero nosotros no; nosotros hemos tomado nuestro tanto de dolor y, seguido, seguido, lo hemos pasado todo entero; lo hemos agotado. Pues ya no queda más que la parte alícuota de felicidad. Lo que temo es, que la vamos á derrochar; yo he gozado desde ayer más que he padecido en toda mi vida. ¿Verdad que no me volverás á dejar? Ahora me mataría.
- ¡Preciosa!
- ¡En, alto, alto! ¡Pero qué atrevido te has vuelto! ¡Habrase visto!
- ¿A que me das un beso?
- ¡A que no!
- Verás.

Corría ella como una corza y corriendo pasaron junto á una fuente y atravesaron unos callejones y llegaron á otro pueblecillo.



Ojós
Foto: Govert Westerveld

- ¡Quieto, que estamos en poblado!
- Pero no hay nadie.
- ¡Besa, hambrón!

Se había entado en un pretil. La fatiga aceleraba su corazón, á cuyos golpes temblaban los senos; la respiración agitada entreabría la boca, el calor del ejercicio sonrojaba más sus mejillas, y el viento había desprendido unos rizos que caracoleaban en las sienes. Un retozo de felicidad dábale la expresión del amanecer: vida y luz.

- Dame tus ojos, mírame con esos luceros de la mañana. Con tus ojos azules de Purísima; con tus ojos azules como las ondas. Dame ese espejo para que me vea allá dentro, en tu alma.
- Míralos: son tuyos, ¿sabes? tuyos. Para mirarte á tí; para clavarte y que no te puedas escapar otra vez. ¡Mira mis ojos que saben hablar, y te dirán que al no verte han llorado mucho!

Reanudaron su camino, entrando en Ojós. Este pueblecillo que dista de Ricote un vuelo de perdiz, no se parece en nada á la villa del esparto y del agua pura. En Ojós, se ha edificado aprovechando el suelo hasta lo inverosímil. Las casas se apiñan, se aprietan y no son las calles más que rajaduras, por las que malamente se puede cruzar. Hay, y esto es notable, profusión de escudos heráldicos en las fachadas de caserones subdivididos, blasonando linajes de familias huidas de las grandes poblaciones.

Los novios atravesaron de punta á punta esta villa, más árabe que Damasco, sin ver ni uno de sus vecinos. Dormían aún los ojeteros. Nadie da por aquellas latitudes, explicación satisfactoria al fenómeno; pero el hecho es que en Ojós, amanece una hora más tarde que en Ricote. Cruzaron el pueblo y se encontraron otra vez con el río. Para salvarlo existe un puente colgante, formado por tres cabes de alambre retorcido, sujetos á sendos pilares en las orillas; sobre los cables un piso de tablas, y éste era el puente.

- Y ahora menos mal - decía Alma - que hay esto. Antes, todo se reducía á unas maromas de esparto, con travesaños de palo de trecho en trecho; para cruzar había que ir pisando en los palos y agarrándose á otra maroma

más alta. Se mecía la escala horizontal á cada paso del temerario que á tales funambulismos se arriesgaba, y de ahí viene que llamen á este sitio *la cuna*.

El puente nuevo era más sólido; los cables ofrecían resistencia, y por barandillas había otros cables: no se podía pedir más. Con todo, la cinta se *pandereteaba*, como dicen los lugareños. Alma y Eduardo se aventuraron á pasar: el piso cedía bajo sus plantas, acentuando la curva de manera que siempre estaban en lo más hondo; los cables, poco tensos, iniciaron un vaivén mareante; crujían las tablas; los novios se abrazaron y se deslizaron sospechosos hasta el soporte de enfrente.

- Algo le habíamos de agradecer al puente colgante.
- ¡Malo!



Puente Colgante en Ojós
Foto: Vegamediapress[11]

Otra vez tuvieron que escalar pedrizas, rocas y pendientes, en brusca ascensión hasta la cima de la elevada montaña, que allí se alza estrechando al río. Arriba el panorama se espació de

[11] http://vegamediapress.com/art/20275/el-estrecho-del-solvente-en-ojos-declarado-bic-con-categoria-de-sitio-historico - 13.2.2021

repente. Los cerros se separaban costeando un mar de huertas; se divisaban varios pueblos casi escondidos entre el verdor; no muy lejos se columbraba la frondosidad del Parque de los Baños de Archena.



Vista panorámica del Parque. Fototipia Thomas-Barcelona

Los amantes se detuvieron, embargados de una intensa emoción contemplativa en el pico sobresaliente desde cuya altura en las noches serenas se pueden ver las luces del puerto de Cartagena distante muchas leguas. Aquella montaña es la hermana mayor de todas, y á todas las domina para ver el mar lejano. Su prominencia reina como atalaya de toda la vega y vuelve á cerrar el inmenso óvalo de paz que se abre después del *Solvente*. Las piedras calizas que forman tan elevado parapeto son blancas, de un blanco refulgente que contrasta con el color obscuro de los demás cabezos, algunos de los cuales son negros como de azabache. Por el otro lado está cortada á paramento recto sobre un abismo, en cuyo fondo el Segura se precipita roncamente.

- ¡Qué hermoso es esto"
- Es *El salto de la novia* - dijo Alma. - Se cuenta una bella tradición. Escucha. erase que se era en Ricote, una

doncella cristiana, bella como las palmas y casta como la flor de los naranjos. Esta perla tenía dueño: un mancebo cristiano con quien se iba á casar. El rey moro de Mula, vió un día á la novia y se prendó de ella. El novio que lo supo, se dispuso á huir llevándosela, temeroso de que el agareno se la robara. Una noche los desposados montaron á caballo y salieron sigilosos del lugar. Cuando llegaban por aquí cerca, después de haber vadeado el río para despistar al enemigo, vieron que éste, con buen golpe de jinetes, les perseguía.



El salto de la novia
Foto: Guillermo Carrión / AGM

- Galoparon sus corceles andaluces; los de los moros, de raza más ligera, corrían más. Le alcanzaron; el novio hizo frente á los infierles; lucharon, fué muerto; eran ellos más... La novia entonces castigó á su potro, que emprendió un galope ráudo. El rey moro venía detrás, muy cerca. Cruzaron así estas vegas; los corceles frenéticos saltaban de roca en roca, trepaban por la montaña cual ciervos perseguidos; corrían, corrían, corrían... Y llegó á este sitio la doncella. Ya no había más camino; la senda se cortaba bruscamente; delante, el

abismo, detrás el moro que llegaba, llegaba... La novia clavó su acicate en el vientre del caballo y el caballo saltó.

- Y se estrelló.
- Ese es el milagro. Saltó al otro lado y partió velocísimo, salvando la heróica virtud de la cristiana. ¿Ves allí enfrente unas huellas redondas en las piedras? Allí puso sus cascos el caballo de la novia.

Y después de una pausa.

- Yo también he tenido mi *salto de la novia*. Prefiero contártelo á que te lo cuenten.

Y refirió como pudo la historia de Nicolás.

- Te defendiste bravamente.
- Como me defendería de tí, si te viera hecho una bestia. ¿Sois así todos? ¡Me da miedo!
- No, verás, dame un beso.
- ¡Que me arrojo por el *salto*!
- ¡Cruel!
- ¡De todo has de sacar partido! ¡Toma, pillo!

Y sonó el beso. Eduardo, al saborearlo, era el primer beso que *le daba ella*, advirtió que era *nuevo* aquel modo de besar. Los labios de Alma sabían á un néctar para él desconocido. No era aquel beso como los que recordaba, tenía una esencia celestial; algo eucarístico y santo que, sin rebeliones de la carne, embriagaba. Era como los besos de las madres y de las hermanas. Paraíso sin serpiente; desposorio de las almas.

- No, Alma, no somos así más que cuando no somos hombres. Esto es otra cosa. Yo te amo intacta y te amaría así siempre. Lo otro vendría sin sentirlo, dulcemente, blandamente...
- Así soñaba yo - decía ella - pero las gentes y los libros me hacían temblar. Existe un empeño social de hacer del amor una cosa cruenta y maldita: un sangriento pecado vergonzoso. Las gentes hablan del amor, como de la guerra; sus leyendas, cual la de la mora, son siempre trágicas. Se dice conquista, caída, seducción... Hablan del amor como de una rabia, en que la mujer es devorada. Cuando pasa la comitiva de una boda todos compadecen á la victima; su madre llora... Eso espanta. ¿Y los libros? Los libros dicen: condenación, infierno, enemigo del

alma. Yo le he leído, curiosa, obras místicas y obras de ciencia; quería estudiar mi mal. Los santos maldicen el amor, los sabios lo diputan sencillamente un deseo animal. Yo no siento así.

- Es el bramido de la bestia humana. Los médicos y los sociólogos afirman muy serios que el amor es, en último término, la ley eterna de la perpetuación de las especies. Y yo los llamaría para que vieran cómo tú y yo nos amamos sin *eso*, cómo tú y yo nos besamos sin *eso* y les preguntaría: "Señores filósofos, ¿qué es ésto entonces?"

3.8 El problema

Llegaron al balneario cuando todavía no transitaba nadie por la calle de los hoteles. El grupo de edificaciones blancas tenía el mismo aspecto de soledad que lo entristece en las épocas que no son de temporada oficial. Los pabellones estaban silenciosos, parecían vacíos; en las terrazas se amontonaban las sillas y los veladores; callaban hasta los chorros del agua del alto depósito todavía no requeridos por los grifos recónditos para refrigerar el agua hirviente del manantial.

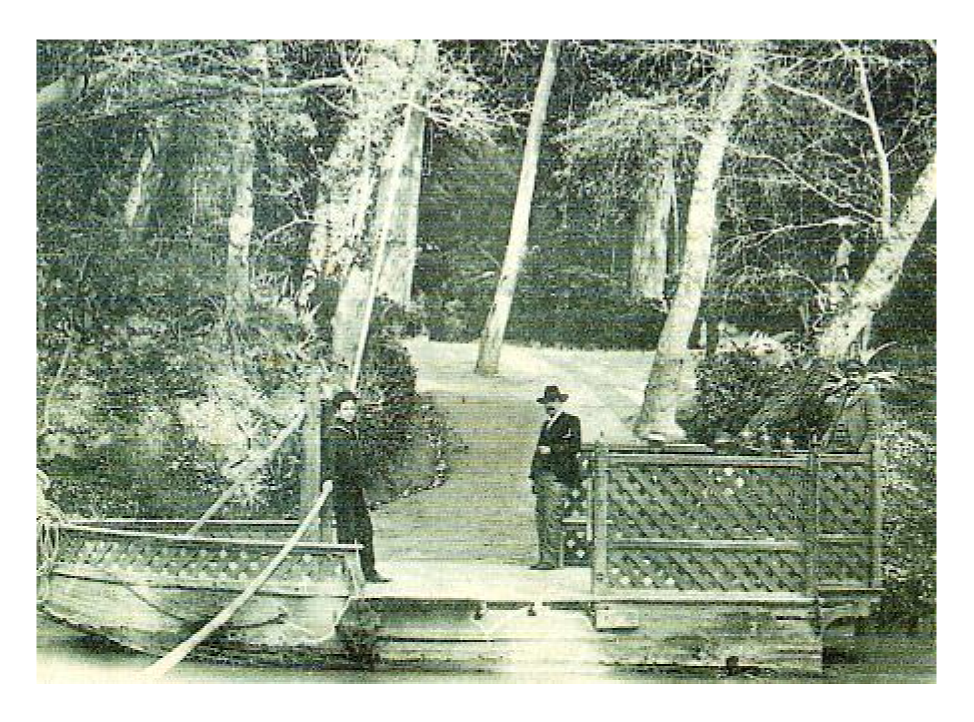


Grabado del balneario de Archena[12]

A pesar de ser aquellos los días de mayor afluencia de bañistas, el balneario en las primeras horas de la mañana y hasta muy

[12] Este grabado en color está publicado en el periódico La Ilustración Española y Americana del Año XVII, Número XV, pág.228. Se puede consultar on line desde la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

entrado el día, parecía desierto: los jardines solos, la barca abandonada, cerrados los kioskos y tenderetes de la *calle de los bazares*...
Eran las horas calmosas en que los enfermos se despiertan atosigados en las alcobas bochornosas y se disponen á recibir las abluciones salutíferas.
Alma y Eduardo se sentaron en un banco de la terraza central. Desde aquel punto se veía todo el establecimiento constituído por el pabellón termal y una serie fondas que se alineaban á cada lado de la carrera formando la consabida y única calle de los hoteles.



La barca "Carmencita" que unía el Balneario y el Parque[13]
Gentileza de Ricardo Montes Bernárdez

Arriba los cerros cerraban el inmenso anillo de sus espinazos rocosos dejando las huertas y el jardín como enquistados.
Lentamente fueron surgiendo de uno y otro hospedaje los bañistas. Primero venía uno renqueando calle delante, clau-

[13] **MONTES BERNÁRDEZ, Ricardo** (2017). Historias de Murcia verdaderas..., y verdaderamente falsas, p. 46

dicante y lívido, apoyado en muletas á que se asían sus manos exqueléticas, gemebundo, feble. Luego otro que arrastraba los pies, colgantes los cordones de sus zapatos sin atar, con un brazo en cabestrillo y la gorra encasquetada para recatar una alopécia que arrodalaba su pelambre lacia. Otro enseguida con el rostro oculto tras un vendaje de máscara que le daba un aspecto horrible, recortados en el lienzo blanco sus ojos, su boca y su nariz como los de una calavera. Otros muchos por fin, lisiados, contorcidos, torturados, vacilantes, iban acudiendo al pabellón termal. Todos arrastraban penosamente sus males en marcha trabajosa, gesticulando y quejándose á cada paso según los latigazos del dolor que anquilosaba sus remos. Tras éstos, menos desgraciados que al fin podían valerse, empezó el transporte de los impedidos en sillas de mano. Estos eran conducidos en las sarcásticas *gestatorias* y con el vaivén de la marcha, venían mareados, llevando en las caras asténicas y papulosas la mueca del sufrimiento. Iban acudiendo de todas partes las visiones espantables de la miseria como citados á un aquelarre de lacerías y el pabellón termal los engullía cual fiera que se alimentase de carne corrompida. Los hoteles vomitaban incesantemente más y más enfermos; crecía el hormiguero, la gusanera... Iban pasando los cojos, los mancos, los paralíticos, los reumáticos, los artríticos, los herpéticos, los sifilíticos, los tullidos, los tuertos, los llagados, los sarnosos, contemplando un horrible catálogo de putrefacciones y dolencias; revista de ponzoñas, asqueante cortejo carroñoso, chorro de pus, acarreo truculento de colgados y esquirias, residuos mefíticos del festín de la carne. Iban pasando los crapulosos, los sádicos, los mujeriegos, los lujuriosos... El pabellón termal se los iba tragando; ellos entonaban la espantosa balada de su morir y buscaban en vano un abracadabra de sus torturas. Iba pasando la procesión del vicio...

Alma sentía la sublime caridad de Santa Isabel de Hungría y los miraba con sus ojos azules húmedos por el llanto que quería brotar.

- ¡Oh, cuánto dolor!

Entraron ellos también en las termas. El vaho caliente del agua los saludó en el vestíbulo con su olor repugnante. Bajaron por la suntuosa escalera de mármol rojo que ostenta en su arco la

lápida romana ejecutoria del remoto uso de las aguas preciosas. En la *buvette* había algunos enfermos pugnando por beber un trago del líquido; por las galerías pululaban los bañeros conduciendo otros dolientes de un lado para otro, y se oía el chapoteo de las pilas, el aluvión de las duchas y el áspero rascar de los *massages*.



Gran Balneario de Archena. Fuente de los Leones.
Gentileza de Adolfo Fernández Aguilar

De los ocultos recintos partían de vez en vez ayer lastimeros, blasfemias e imprecaciones. Allí el dolor se cocía, se liquidaba; se fregaban las pupas, se desprendían las escaras, se desentumecían los miembros y, en fin, el agua se quedaba con lo malo dejando los cuerpos sanos. Todos salían curados... menos unos. Eduardo no recordaba todavía que *hay unos* que no se curan jamás.

Vieron bajar un joven que debía haber sido hermoso. Se apoyaba en dos cayados y descansaba en cada escalón agotado de fuerzas y agarrotado de dolores. Imposible adivinas sus facciones: las pápulas le cubrían el rostro acorchándolo y plagándolo de surcos por donde manaba su sangre como si estuviera desollado. Cruzó ante ellos bajando la cabeza, avergonzado tal vez, y se alejó

cojeando con las piernas separadas, con los brazos encogidos en la más lastimosa destrucción de una figura que sin duda fué gallarda. Eduardo dijo simplemente.

- ¡Así vine yo!
- ¿Así? - contestó Alma. - ¡Y yo sin saberlo! Si te hubiera visto entonces, dueño mío, hubieras padecido menos. ¿Por qué no me buscastes? Mis manos saben curar y mis besos dar alegría.
- Observa, Alma (te he traído aquí para que lo observes) que me ví así por mi traición, por mi olvido, por mis vicios.
- ¡Mejor! Yo te hubiera curado de una vez el mal, el vicio y el olvido.
- ¿Eres loca ó santa?
- ¡Bah, soy enamorada!
- ¿Perdonas aún?
- ¡Y te adoro!
- ¡Bien llamada eres Alma!

▪▪▪

Aquí el idilio de unas horas sufre una brusca transformación. Muere la mariposa y nacen los gusanos otra vez; es la rueda eterna.

Por la escalera descendían otros bañistas interesantes: un matrimonio y dos niños. El marido tenía la cara monstruosamente desfigurada por cicatrices que tiraban de la piel torciendo de la nariz y remellando los ojos lagrimeantes. La mujer se oprimía el vientre quejándose de desgarraduras en las entrañas.

- ¡Virgen de la Salud, yo me muero! ¡Sálvame, sálvame, Virgen de la Salud!

Se dejó caer en uno de los peldaños pesadamente.

- ¡No puedo más!

Los dos niños, raquíticos y escrufulosos, lloraban á coro. El mayorcito, mostraba en una pierna flácida una úlcera penetrante hasta el hueso; el más pequeño, tenía en el cuello una cortadura profunda y repugnante que parecía que lo iba á degollar. Lloraban los hijos, chillaba la madre, el padre blasfemaba.

Alma al ver toda una familia contagiada, sintió espanto.

- ¡Qué pena, Dios mío!

Ayudó á la señora á levantarse.

- ¡Gracias, gracias! Tiene usted cara de angel. ¡Que la virgen de la Salud la preserve de este horrible mal!

Eduardo palideció, y herido de una idea, estuvo á punto de caer. El cuadro era elocuente: marido infecto, esposa contaminada, hijos podridos. Fué como la lectura de su sentencia de muerte. Miró á la novia pura, inmaculada, hermosa y la pensó contagiada del gérmen maldito, destruída su belleza, llagada su carne nítida y sagrada. La idea se le clavó como un puñal. La intacta se convertía en lo imposible; la novia saltaba el abismo dejando al sátiro burlado. El sabía - ¡ahora lo recordaba!- que estaba condenado para siempre, que no tenía remedio su mal, que era como una víbora, venenoso.

¿Por qué esta idea no acudió antes á su razón trastornada? Había corrido á buscarla insensato, iluso, loco, sin pararse á pensar que en reato de su culpa se la vedaba. ¡Horrible despertar de un sueño feliz! ¡Si él lo sabía!... Pero lo olvidó, y acaso sin la presencia de aquellos desgraciados no lo hubiera recordado á tiempo. ¡Tantos hay que no lo recuerdan!... Ahora, cuando la tenía cerca, el diablo se la robaba haciendo muecas... ¡Escuerzo del cieno! ¿Qué te figurabas tú? ¡Atrás, cochino!

Ella adivinó en los ojos del amado una gran lucha interna que no sabía traducir. Creyó que lo atormentaban los remordimientos.

- Esto te apena, salgamos.

Salieron callados cada cual abstraído en su pensamiento. Ella recapitulando sus impresiones espantosas: las visiones de la carne lacerada, las caras contraídas, vinosas, terribles; recordaba al joven agobiado por la podredumbre en plena vida, á la madre derrengada de las entrañas pútridas, á los hijos llagados...

- ¡Qué lástima de criaturas!
- ¡Oh, sí, sí, dijo Eduardo, que iba pensando en lo mismo - ¡Qué lástima y qué crimen!

Iban por la calle de los hoteles. Un grupo de bañistas de la última clase, borrachos y asquerosos, cantaba á la puerta de un fonducho canciones canallescas. Conocían á Eduardo desde la temporada anterior, y al verlo acompañado de la linda rubia, salió del corro una voz soez y aguardentosa:

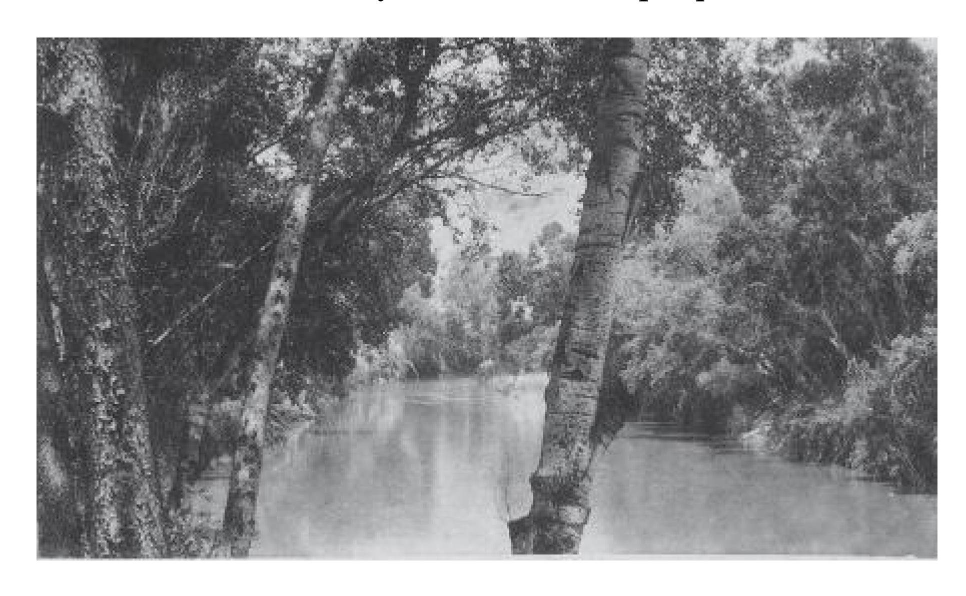
- ¡Buena la va usted á poner, amigo!

Eduardo volvió otra vez por el camino andado. Quería ocultarse pronto; se sonrojaba ante cuantos topaba al paso sorprendiendo en las fisonomías una mirada de admiración para la belleza de Alma y un gesto de odio, una acusación para él. Le parecía que todos querían decirle: "¡No la toques, asesino!".
Subieron á los comedores y se hicieron servir en un reservado. No comieron apenas. Ella estaba sobrecogida ante la seriedad insólita de su novio. ¿Por qué estaba triste? Apenas sirvieron el café exclamó ansiosa:

- No debías haberme traído aquí. Llévame enseguida adonde haya luz, alegría, pájaros y flores. Vayamos al jardín.

...

A la perezosa hora de la siesta el balneario recordaba su aspecto solitario de la mañana. Recluídos los bañistas en sus habitaciones, la calle desierta, callado todo. Atravesaron los novios el río en la barca y se hallaron en el parque.

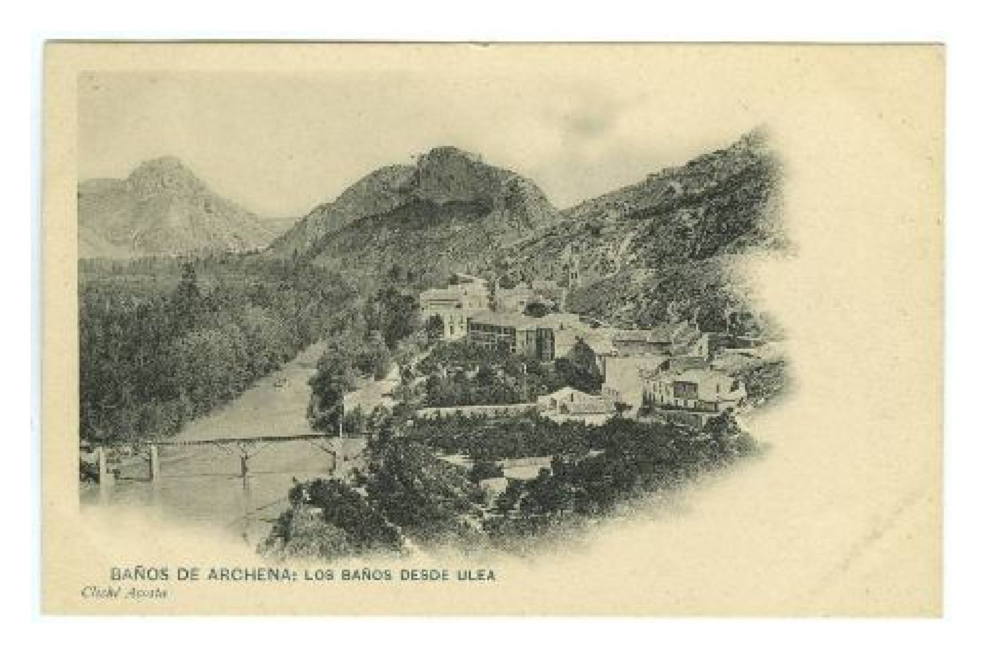


El río Segura a su paso por el Parque. Fototipia Thomas. Barcelona[14].
Gentileza de Ricardo Montes Bernárdez

---

[14] **MONTES BERNÁRDEZ, Ricardo** (2017). Historias de Murcia verdaderas..., y verdaderamente falsas, p. 53

Bajo los chopos y las palmeras, había sombra y plácido retiro; en la silente calma de la tarde, se oían los fléviles murmurios de los surtidores, besos de las hojas, y el manso correr del río que allí depone sus arrogancias como si temiera agravar con ellas la situación de los enfermos. El parque estaba solo: nadie los veía. Los macizos de evónimos, trazaban emboscadas y recovecos. las trepadoras extendían su manto verde, sobre cimbras de alambres y bambú, entoldando discretamente grutas que eran invitaciones.



Vista del balneario desde Ulea
Gentileza de Adolfo Fernández Aguilar

De la huerta venía el penetrante perfume de los limones maduros, y el dormilón susurro del viento, entre las copas de los árboles: misteriosa cantata de los campos, acompañada por el saltério de las ramas. Un hálito soberano de germinación, emanaba de la tierra recién regada y fecunda. Las horas ricas y calientes de la tarde, transcurrían blandamente.
Los novios se sentaron á la orilla del río, cobijados y ocultos por un seto de rosales; sobre sus cabezas los álamos cerraban in dosel y á sus plantas había mullido cesped, ese mullido é inevitable cesped, de todas las escenas de amor en la pradera. La

vida vegetal, que es la más fuerte y expansiva de todas las vidas, triunfaba en verdor, en flores, en aromas, en semillas que bajo la tierra se hinchaban, haciéndola abultarse como vientre de preñada. Dominándolo todo, algunas palmeras macho, se alzaban para enviar su viento transcendental á sus hembras lejanas.

Alma anegó sus pupilas azules en el cielo, aspiró el aire puro, y extendiendo los brazos exclamó:

- ¡Qué hermoso es el amor!

Eduardo se acercó más á ella, abarcóle con un brazo la cintura, mientras con la otra mano acariciaba una de las de ella, y habló de esta manera:

- ¡Qué grande es el amor! El amor es la ley de Dios. Los hombres no debían acatar otra ley, ni seguir otro norte. El amor impulso del mundo, razón de la vida, debía ser el único anhelo de la Humanidad. Si el amor fuese nuestro único código, todos los hombres seríamos justos, seríamos buenos. La vida sería perfecta. No retardaríamos las uniones de la juventud, no torceríamos sus impulsos sinceros. Des posaríamos al hombre, en la razón de su vitalidad pura. No aherrojaríamos los corazones clasificándolos; no envileceríamos la vida, en la lucha de los sexos, que es la lucha contra el amor. Contra el amor, Alma, porque los hombres le han declarado la guerra; una guerra brutal. Las uniones se contratan, se legislan los besos; se ponderan, no las aptitudes prolíferas, en bien de la raza, sino las posiciones, en bien del individuo. Los jóvenes, obligados á huir del amor cuando más los llama, para procurarse la pitanza, tornan á él, cuando tornan, habiendo agostado en la pelea sus energías, habiendo espantado los nobles sueños de su juventud. Vuelven los hombres al amor, cuando ya son indignos de él, y ya no aman: desean ó tasan. Probablemente toda su hidalguía, se quedó olvidada con la primera peseta que ganaron. Se les dice, como á mí me dijeron, que ha llegado la hora de pensar, y se les encierra en la pocilga. Ellas... ¡pobres ingenuas, pobres dominadoras!, reducidas á tomar el amor como un oficio que da de comer como *colocación* se habitúan á

estudiarse, á calcular, y á esgrimir las armas de sus atractivos como armas del combate por el pan nuestro de cada día y, oculto más de una vez un amor inconfesado, se venden legalmente por cinco duros, que todo es venta... Y así, podados los brotes de la primavera de la vida, la sabia rezuma á ras de tierra, las mujeres son mercancía, los hombres comerciantes y el amor lujuria.

La Maestrita oía todo aquello como la revelación de cosas que dormían en el fondo de su alma. Eran ideas suyas nunca pensadas, pero que le parecían cosa propia, así como si Eduardo hubiera encontrado el rincón donde las escondía y se las presentase. A ella le dijeron apenas tuvo uso de razón: "Tu destino es casarte" y nunca oyó una santa voz que la aconsejase: "Tu destino es amar". El novio seguía diciendo:

- Vicio, nada más. Se descartan las afinidades, se refrenan ó engañan las inclinaciones; se escarnece el embeleso, la fusión de almas... ¡Eso son cosas de poetas!... Y queda la carne bruta, la codicia vil. La carne se ayunta espasmódica y lasciva, fermenta y se pudre. ¡Se pudre, Alma! La sociedad se pudre. Los hombres, que no pueden evadirse de una ley natural más fuerte que ellos, llegan al matrimonio de apetitos indomables en el amor reglamentado por el Estado que el Estado protege y hasta explota; ese amor es siempre insano; el morbo prende, las generaciones lo llevan en la sangre, cunde la infección y la sociedad se pudre. ¿Por qué no dar al amor sus fueros? ¿Por qué rodearlo de pudores y misterios como un pecado, cuando es la más bella, la más santa obra de los humanos? Las plantas se visten de gala y respiran aromas cuando se aman en sus flores; los pájaros cantan, los animales todos se embellecen y se aman sin escondites ni vergüenzas. Sólo el hombre tapa y esconde sus amores, ahora, cuando esa patraña que llaman civilización, los ha convertido en groseros apetitos.

Se exaltaba vertiendo su hiel. Tenía á su lado á la novia hermosa y propicia pidiendo con los ojos y los labios el beso creador; pero la valla, el cordón de gusanos, se interponía. No la podía tocar; no podía envenenar aquel cuerpo sano, impoluto, perfecto: ¡no la podía tocar! Revolviéndose contra este imposible como se

revuelve el cautivo haciendo rechinar sus cadenas, seguía él hablando:

- ¡Alma, virgen! ¿Por qué no fuimos valientes cuando nos quisieron separar? ¡Qué traición! Truncar la felicidad, condenar á no ser infinitos seres, arrojar al estercolero los orígenes y las ideas... ¡Mundo canalla!... ¡Así te hundes, raza de mezquinos! ¿No se remediará nunca esta criminal matanza de hombres?

Alma había reclinado su cabeza en el hombro de Eduardo y le rodeaba el cuello con sus brazos. La tarde hacía sentir más y más su influjo vivificante; los surcos de la tierra, madre perdurable, se abrían para recibir la semilla. La novia languidecía amorosamente en la agonía de su recato.

- Pero nosotros - dijo- aún estamos á tiempo de ser felices. Mira á tu esposa joven y amante; tu espesa ya ante Dios que nos ve. Muchas veces, Eduardo, yo me contemplaba al espejo, me veía fuerte y sentía un imperioso deseo de rendir mi juventud al amado lejano: algo como una fuerza magnética que se dirigía al polo fatalmente. Y volvía á mirarme al espejo, y me encontraba apta, mujer, y era muy grande la rebelión. Entonces yo consagraba mis vehemencias á tu recuerdo y le decía á tu retrato: "¡Para tí, amado mío, ó para la madre Tierra!" Ahora ya estás aquí.

Los ojos se entornaron, prometiendo no escandalizarse, cayó definitivamente en los brazos del esperado. Eduardo instintivamente estampó en aquella boca ardorosa un beso pasional, chispazo que inflamó la sangre, y Alma se apretó contra él convulsiva, abandonándose.

- ¡No!

Lo gritó, lo rujió con rujido horrible, como si acabaran de hendirle las entrañas con un hierro candente. Se levantó brusco, ligero, sacudido, apartándose de ella, que rodó al empujón. Exaltado Eduardo, extrávicos los ojos, encrespado el cabello que se mesaba furiosamente, pateando, cual acometido de locura súpita, gritaba otra vez:

- ¡No, no, no!

Se agitaba de un lado á otro como se agitan las fieras enjauladas; retorcía entre sus manos un enemigo invisible. Cayó.

Alma en el primer instante enmudeció de espanto. ¡Estaba loco! Mas enseguida recapacitó su acción, volvió en sí casta, y pensando que se había ofrecido impúdica, se sonrojó, escondió entre sus manos el rostro avergonzada, y rompió á llorar.

- ¡Perdón, perdón! Fué una embriaguez, un instante de enagenación. He sido liviana. ¡Perdón, amado mío, perdón, ó mátame!



Gran Balneario de Archena (Murcia)
Patio de las Caballerías de B.Irureta (Andrés Fabert-Valencia) Ap.1915

Pero Eduardo no atendía; se revolcaba, se retorcía rabioso. De repente, levantándose demudado, muy abiertos los ojazos negros, con siniestro brillo ahora, contraída la faz en una mueca horrible, alzó al cielo los puños amenazantes y gritó nuevamente; con el gritar espantable de los dementes:

- ¡Maldito sea yo!

Callaba ella aterrada. Indudablemente á su amado le ocurría algo que ella no podía comprender. ¿Lo conturbaría el pasado pecaminoso? ¡Se ella lo había perdonado! ¿Era que la apasionada invitación de ella había herido sus sueños de pureza? ¡Qué tremendo castigo, qué verguenza tan grande!

Y callaba llorando.
Eduardo había quedado mudo y sombrío.
Un largo espacio permaneció así, indescifrable, su quietud de esfinge. Por fin dijo sordamente:

- Es preciso que te lleve inmediatamente á tu casa.

Obedeció ella sin replicar. Ya creía comprenderlo todo. Su arranque de amor era delito que purgaría con la pérdida de su felicidad. Por liviana, por torpe, por su carne, estaba condenada al desamor. Qué vergüenza!
La tartana los trasladó en breve tiempo á las afueras de Ricote. Estaban en el mismo sitio donde se encontraron. Eduardo se separaba de ella sin dar explicación de su conducta; era cobarde. Le vió alejarse.

- ¡Adiós amor mío, adiós vida mía!...

Y se oyó un ruido inequívoco: ese trágico ruido que producen los cuerpos humanos cuando se desploman.

3.9 La solución

"Alma, mujer: Ayer has debido juzgarme cruel ó loco. Llegaste tú, la excelsa, la purísima, á pedirme perdón. Faltaba este sarcasmo á mi dolor. No soy verdugo, Alma ¡ni eso! soy cobarde. Tan cobarde que por faltarme valor para decirte frente á frente cual es la causa de nuestra desgracia te la escribo."

"Separémonos para siempre; no volvamos á vernos jamás. Antes de huir de tí, quiero solo saber que no me odias. Dímelo y marcharé sereno á mi proscripción inacabable: esperaré tranquilo la muerte bienhechora."

"Alma: nos separa la fatalidad, el imposible se interpone. Oye: el mal de mis pecados no se cura; se esconde, y escondido espera una coyuntura para resurgir. Lo llevo como una sierpe enroscado á las entrañas. Ahora duerme como los reptiles de invierno: al calor de nuestras caricias despertaría, sus dientes morderían tu carne inmaculada y te pudrirías con el veneno de la mordedura. Ayer viste unos padres infectos y unos hijos herederos de su infección: era la profecía. Así te contaminarías tú, poblarían las pústulas tus senos blancos y las úlceras rasgarían tus tesoros intactos. Y nuestros hijos nacerían con la sangre purulenta."

"Mancho. El reato de mi culpa se pega á quien yo toque, y la perpetuaría en mis descendientes. Estoy maldito."

"Las leyes de los hombres no me prohiben que perpetre el crimen; las leyes de los hombres me consienten enfermar á los sanos y legar á las generaciones la semilla del mal. Las leyes de los hombres no se cuidan más que de asegurar tus bienes y legitimar los hijos: de librarte á tí de la muerte y á ellos de la podredumbre, no se ocupan las leyes de los hombres. Leyes de la codicia, dejan que el virus circule y se propague encenagando tálamos, dañando vírgenes y matando ángeles. La raza se destruye, pero los bienes parafernales están muy seguros."

"Yo te amo, Alma, y no he de asesinarte. Adiós. Dime que no me odias. Soy uno de tantos; una piltrafa escupida por el medio social; soy inocente. Mi propio padre me arrojó á la ciénaga: ¡el Estado la tenía dispuesta!"

"Adiós. Llórame como muerto."

...

Alma leyó y releyó esta horrible carta. La sangre se le replegaba en el corazón empalideciendo su rostro blanco que adquirió una sublime expresión trágica. Poco á poco iba entendiendo la espantosa verdad. A su mente acudieron nociones fragmentarias adquiridas al vuelo en retazos de conversación, frases sueltas, lecturas furtivas, visiones de lacerías... Muchas cosas antes incomprensibles para ella, iban adquiriendo un sentido preciso y aterrador. Un eco fatídico repitió en su oído la frase soez del bañista borracho: "¡Buena la va usted á poner, amigo!"

¿Y qué? A ella le importaba poco el contagio. Morir con él, ahogarse con él en el cieno, ahogarse abrazada á él... ¡Mejor! ¡Si ella lo amaría en los infiernos, si con él iría al crimen! ¿Por qué temer por una carne que al fin se ha de engusanar en la tierra? Sería como un anticipo de la muerte. ¿No era cien veces más horrible vivir sin él? ¡Hermosura, salud!... ¿Para qué? ¿Para agostarlas en el lento martirio de una ausencia sin esperanza? ¿Para qué huir de una tumba y meterse en otra? La yacija de un alma desesperada es más triste que la de un cuerpo deleznable: el cuerpo deja un día de ser, el alma, no. ¡Oh, mejor morir con él!

Mas... ¿quién protestaba? La madre que latía en las entrañas, se revelaba valiente y abnegada. ¡No, no! Concebir sapos, arrojar al mundo nuevos mártires, crear y ser parricida al mismo tiempo. ¡Eso no!

Y la virgen lloraba los dolores de unos hijos que no tendría. ¡Qué horror! Sus hijitos muriéndose de un mal que ella les trasmitiría á sabiendas.

- ¡Hijos de mi vida! ¡Eso no!

La maestrita deliraba; un torbellino de ideas trastornaba sus cerebro férvido, y el pobre corazón enamorado se hinchaba y se oprimía como si unas formidables tenazas lo esprimiesen, lo soltasen y lo retorciesen. Cayó en el lecho aplanada, medio muerta, presa del terror.

Llegó el dolor á su último límite y de este paroxismo salió Alma con la espantosa impavidez de los mártires. Había tomado su resolución. Escribió:

"Antes de separarnos para siempre, quiero verte una vez. Cuando sea la media noche, te esperaré en el Salto de la Novia".

Envió la carta y empezó lentamente su tocado. Buscó en el fondo del armario unas prendas de lienzos y encajes que amarilleaban y olían á membrillo; prendas no tocadas en muchos años: las que llevó su madre el día de la boda. Buscó un collar de perlas - está escrito que no haya historia de mujer sin un collar - y las perlas brillaron sorprendidas en su encierro prolongado, y sonaron al ser removidas una risita diablesca. Y buscó un anillo nupcial que tenía grabada una fecha lejana. Todo era de la madre perdida en la niñez: de aquella madre sólo conocida por retratos en que aparecía romántica y triste; de aquella santa madre, cuyos besos remotos, dejaron en su frente un sello de pureza y en su corazón la vaga dulcedumbre de un recuerdo querido. Aquellas prendas cubrieron su cuerpo bellísimo; ciñó su garganta el collar de perlas que asemejaba un dogal de lágrimas, y puso en su dedo delicado y blanco como un capullo de nardo, la sortija de desposada.

Después salió. El pueblo dormía y cruzó sus calles como un fantasma sabático. En el campo las chumberas aumentaban las sombras agrupando borrones cual conciliábulos de brujas. La huerta era negra y los picachos se alzaban semejantes á los gigantes de una pesadilla. La Maestrita andaba, andaba buscando los atajos, metiéndose entre breñales, saltando zanjas y trepando riscos. Pasó por el *Solvente* que llenaba las ondas de la noche con el fragor de su batalla eterna; recorrió una senda que tiene destacados de trecho en trecho machones enjabelgados en que hay hornacinas con estampas y cifras marcando tétricamente las estaciones del *Via crucis;* rodeó por callejones sospechosos y obscuros para no entrar en el pueblo, donde amanece más tarde; el puente colgante no se cimbreó con peso tan leve; ascendió rápida, como alada, por la áspera pendiente que triscó fugitiva la doncella de la leyenda, y remontó la cumbre simultáneamente con la aparición de la luna pálida sobre otros cerros, cual otra novia triste.

El panorama era grandioso. Las montañas tendían por el valle inmensos girones de sobra; al fulgor mortecino brillaban las plantas, y el río, en lo profundo, roncaba amenazador. La enorme roca adelantaba su pico cual si intentara tocar la roca de enfrente, y el abismo se abría entre ambas, insondable, como la boca de la eternidad.

Alma en pie sobre el peñasco, extraña gaviota, atalayaba las lejanías para descubrir al novio. El novio ascendía silencioso por la vertiente; llegaba.

Cuando se encontraron, ella lo cogió de las manos y mirándole en los ojos hasta penetrar en su alma con la mirada intensa, preguntó:

- ¿Es imposible?
- ¡Es imposible?
- ¿El abismo es hondo?
- ¡Más que éste!

Los ecos de la noche repitieron una carcajada sardónia, una sacudiente carcajada, semejante á esos truenos secos, que suceden al rayo muy próximo.

- Verás.

Saltaron botones, se rasgaron telas y la novia apareció desnuda. La luna vió la más bella desnudez, que han besado sus rayos de plata. A su luz era Alma, como una Venus de mármol. Sobre la ruda brusquedad de las peñas, saliendo del bellón de las ropas caidas, que serían su lecho, contrastaban las curvas suaves, la copa de su cintura se colmaba en el pecho desbordando niéves; eran firmes y armónicas las columnas del templo redondo de la generación. Los brazos se abrían escultóricos y la cabeza se alzaba coronada por la lluvia de fuego de su cabellera. Coruscaban las pupilas y la boca ardía.

- ¡Soy tu esposa, tu esposa, aunque se oponga la misma muerte! ¡Ven, ven!...

Y Eva, comió de la manzana y dió de comer de ella á su marido.

Y la serpiente, se reía abriendo sus fauces demoniacas.

Súbitamente, Eduardo la notó deslizarse ágil é ingrávida, como una paloma que se escapa, y la vió correr.

Corría al abismo y sonaba en su garganta aquella carcajada trágica, aquella horripilante carcajada de loca...

- ¡Espera, espera, ¡yo voy también!

Se oyó el golpe magullante contra las peñas. Después los cuerpos rodaron al río. Las aguas turbulentas se los tragaron ávidamente.

4 NOVELISTAS JÓVENES

(Aparece en la obra: “Rosario”)

Rafael López de Haro.

Recuerdo que pocos meses atrás, *El imparcial*, haciendo un alto en su diaria labor de rotativo - mezquina labor de estos diarios de España, mitad veta de sangre - crónica de sucesos - y mitad hediondez de cloaca - información de política, - consagró su artículo de fondo al actual renacimiento de nuestras letras. Había allí una noble vibración, un aire poderoso de aliento y de parabién, suficientes á acallar el porteril alboroto de nuestros cenáculos y sostener con un puntual nuevo y sólido esta fe, este noble entusiasmo de que vamos careciendo los que vemos aún en el arte un asilo, un saludo y una jerarquía.

Añadía el editorial, colofonando así la encendida prosa á que aludo: «Al amparo de otras literaturas y buscando en la nuestra calor y simpatia, acaba de nacer toda una generación que anuncia días de gloria para las letras españolas. »

Esa generación está pasando, con fanfarria de triunfo, por la hoja de *Los Lunes*. Sin embargo, esta hoja de columnas anchas como ojos de puente - gracias á la indulgencia de su ilustre director D. Luis López Ballesteros - debiera achicarse y transformarse, por obra de esta severidad, compatible con toda clase de tolerancias, en criba, á través de cuyos agujeros fuera cerniéndose, en noble selección, esa juventud. Así, el espaldarazo que á los catecúmenos literarios da la aludida hoja tendría más valiosa virtualidad, con el aditamento de que, siendo garantía, en cierto modo parecería marchamo.

Mutación escenográfico editorial fué aquella que hizo del yermo un edén, del calvario, un triunfo, del horizonte brumoso, una llamarada orientadora y hospitalaria. La juventud caminaba entre aire inquietadoramente sombroso de crepúsculo, cuando el altruismo editorial surgió con lumbre milagrosa de luna.

Había una quimera, un camino para la quimera y un mesón para remate del camino.

Entonces, bajo la acertada inspiración de Eduardo Zamacois - cuyo cerebro, como se ve, no era tan sólo yacija de pornografías regocijantes para Institutos, - apareció *El Cuento Semanal*. En su colección, si bien no puede registrarse á ningún cuentista de la magnitud de un Guy de Maupassant - hago mías las palabras del más joven y más agudo crítico de los críticos españoles, Andrés Gonzáles Blanco - (1), quedan las huellas, heraldos de recios y notables novelistas, como José Francés, Arturo Gómez - Lobo, Rafael Leyda, Pedro de Répide, *Angel Guerra*, Manuel Ugarte, Alberto Insúa y alguno más.
La casa Pérez Villavicencio secundó las nobles, y orquestadas en aplausos, iniciativas del autor de *Memorias de una cortesana*. Rectificadas, en parte, las torpezas propias de toda tentativa editorial, esta casa que da, eclécticamente fecunda, obras de Julia Fons, Rubén Dario y el doctor Toledo, vamos olvidando aquel libro de crónicas de D. Luis Bello, que nos amenazaba con una Biblioteca de adormidera, verborrea de Rodriguez San Pedro y asesinato del caro deleite de la lectura.
Entre tanto, la casa de Gregorio Pueyo lanzaba volúmenes con una constancia que, si bien no corría parejas con el acierto, ponía en alto lugar el nombre de un editor laborioso, funámbulo inexperto, más inclinado á caer ¡ay! del lado de la poesía lirica que de los libros de cuentas corrientes.
En uno de estos empeños editoriales conocía á D. Rafael López de Haro, con su primera novela *En un lugar de la Mancha*... Poco después, su nueva obra *Dominadoras*, siendo ratificación fué senda de simpatía y creile nuevo retoño en el frondoso árbol de nuestra literatura moderna.
Y para ello tuvo una sinceridad, (1) nacida de honradez de criterio y confianza en obras futuras, lejos del prejuicio jovial que en otros temperamentos podía alojar la circunstancia, verdaderamente peregrina, de que el Sr. López de Haro era Notario en un pueblo de la Mancha y colaboraba en esa revista de agua de azahar y cuentecitos de D. José de Roure, intitulada *Blanco y Negro*.
Viene todo esto á cuento de que - con la relatividad que proclamaba el moratinesco Don Hormógenes, - fuimos enterándonos, por conducto de tres editores algo más generosos que sus colegas de cartel, de cuáles, entre los novísimos escritores, eran los llamados, y cuáles los elegidos.

Procede, en primer término, celebrar la aparición de este nuevo novelista D. Rafael López de Haro. Tanto porque, en la generación reciente á la que pertenezco, adviértense, por fortuna, aislados desvíos hacia este arte, el más excelso y ubérrimo, como porque en novelistas que nos preceden inmediatamente ha nacido un amor - de dudosa sinceridad y que quiero creer engendrado en imposiciones de moda ó en la densidad de ciertos ambientes cuya actualidad tengo por bien efímera, - al apacible y cómodo cultivo de las musas.
Don Miguel de Unamuno, que hizo arte hondo en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, claudicó después con sus *Poesías*. Y él, que dedicó sendos artículos á renegar de los poetas de charca, ratificó lo que estimaba defectuosidad en ellos imperdonable: metros dislocados, acentuación arbitraria y prosaísmos discordantes.
Luego el muy admirado y querido Martinez Sierra desvió su emotividad de aquellos amables cauces, por los que con tanta fortuna corria, y en *La casa de la primavera* dió un segundo golpe (el primero, según sabéis, fue *Flores de escarcha*), á su fiero afán de poner en verso toda la poesía de sus prosas. No voy á analizar los resultados de esta tentativa, que compete al tiempo, y que yo, por otra parte, he admirado sin grandes reservas. Unicamente sentí cierta desilusión, ya que el nuevo libro del autor de *La humilde verdad* suponía un tácito desdén á la novela.
También Francisco Acebal, el delicadísimo poeta en prosa y narrador delicioso de *Huella de almas*, dedicó sus oficios de novelista notable á «epatar» á D. Juan de Dios Blas ó D. Félix Cuquerella. Yo, aun reconociendo que sus poesías tienen un innegable sello personal, lamento que todas estas evoluciones vengan á quedar reducidas á poner en endecasílabos, un poco inarmónicos, párrados de sonora y emocionante prosa. ¿Qué afán es este de hacer con la blanda tela del estilo vestiduras de diverso corte, si en el fondo, la constitución del artista no se altera y la morbidez y la línea quebrada de su «modo» permanecen inmutables?
Siempre entre nosotros, á pesar de *El milagro de las rosas*- novela, según Villaespesa - le consideraré poeta, el poeta de *Rapsodias* y *El alto de los bohemios*, como proclamaré novelista

á Acebal, á despecho de sus bellas estrofas publicadas (1). Igual criterio meréceme Rubén Dario, poeta maguo en sus crónicas como en sus *Cantos de vida y esperanza,* y lo mismo puedo decir del Sr. López de Haro, aunque como rimador ó conciliador de asonantes y consonantes haya debutado en *Blanco y Negro*.

Teófilo Gautier no quedó ni como crítico, á pesar de sus artículos suficientes á llenar 300 volúmenes, ni como novelista, aunque alguien quiera ver lo contrario leyendo *Mademoiselle Maupín* (2).

Nuestro Salvador Rueda, que era en la portada de *La cópula* la calificó novela, no ha hecho otra cosa que un encendido, vibrante poema, de irradiación épica, en honor de la fecundidad. Poeta y poeta será, como lo fué siempre, aunque no se requiera precisamente para merecer tal glorioso calificativo el escribir en renglones cortos.

Hablé antes del desvío expreso, casi rencoroso de mozos que en nuestro Ateneo han simulado una especie de cruzada en favor del arte de repostería y bonituras cursis de abanico.

Y se ha blasfemado que la literatura de Galdós, de Pereda, de Blasco Ibáñez, de la Pardo Bazán es cosa pesada y vulgarota. Frente á este ataque, y apoyándose en él, han proclamado como con traza de definitiva esa otra literatura de Baroja - nueva fórmula de novela, según la cual, salta la trabazón de la vida para desmenuzarla en fragmentos novelescos, con lo que quedamos en arte de cuentas de rosario sin rosario, y mejor aún, en plato de liebre sin liebre - ó esa otra del Sr. Valle Inclán, literatura de ensueño á veces, y de exaltaciones de tiempos remotos, que no devuelve la visión real y minuciosa de medios y almas, y que únicamente puede soportarse comulgando en la disparatada divisa de el arte por el arte.

La disyuntiva, por sobrado clara, es demasiado perogullesca. Hace años la señora Pardo Bazán disertaba donosamente acerca de la *novela novelesca*, que en tiempos de Daudet y Goncourt susció curiosas polémicas. Frente á *La tierra*, ó *Safo*, ó *Germinia Lacerteva*, ó *La barraca*, ó *Los Maias*, cabe poner el exquisito arte de minucia y de ironía de una Anatole France ó la morbosa intensidad de un Jean Lorrain. Todo refulge bajo el buen sol de la novela.

Confieso que tan admirable es la gentileza de un lirio al borde de un camino, como el batallón de olivos que trepa por una ladera,

allá á lo lejos. La vida es detalle, y en detalles derivan, ante la repidez y tumulto humanos, las grandes hecatombes, sintetizadas en un grito, una cruz, una efeméride y una frase. Pero ese eslabonamiento de detalles, el análisis de esas sintesis, el enracimado de gritos y lamentos y melancolías y puerilidades, integran ese bloque, ese troquel, esa matriz que se llama novela.
¿De qué nacen los conjuntos? Un haz de dolores engendra, en labios humanos, menos que una silaba, un suspiro. ¿De cuántas flores se obtuvo una gota de miel? ¿Qué tortuosa serie de hazañas cumple realizar á un hombres para que florezca junto á un adjetivo en la historia, y un Alejandro pueda llamarse el *Magno*?
Este arte de pequeñez, arte de cuentagotas, de fragmentos y paciencia, merece loa y suscita admiración; pero, aunque debe llevarse á esa nueva fórmula de novela como elemento accesorio, no puede constituir su esencia y fundamento. Equivaldría á cubrir la Venus de Milo con una túnica rebosante de bordados y abalorios. Para mi despierta mayor devoción un frontón griego que un arco mudéjar. Teófilo Gautier confesaba: «Me han gustado mucho las catedrales estilo *Notre Dame*; pero la vista del Parthenón me curó la enfermedad gótica, que nunca había arraigado mucho en mi.»
Un arte á lo Balzac, á lo Zola - y mejor á lo Flaubert - es, con relación á estos jóvenes de bizantina labor y orfebrerismo, lo que, por ejemplo, un *Entierro del Conde de Orgaz* á la de aquel taraceista llamado el *Provenzal*, que hizo figurar en el rostro de Paulo V un millón setecientos mil pedacitos de vidrio.
La paciencia no fué siempre alcahueta del genio. *Madame Bovary* es admirable, y no precisamente porque Flaubert se levantara muchas veces á media noche para sustituir en las cuartillas un adjetivo ó un verbo de impensada justeza y brillantez.
¡Si pudiera, en maravillosa fusión, lograr que la forma y el fondo armonizasen, que contienente y contenido conservaran igual euritmia!
Este es el ideal: y como idea, dificilmente irrealizable. Las palabras son indoloras: cuanto más, hebras de hilo con las cuales puede tejerse una bella y policromada tela. Para que esas palabras diluyan aromas letales ó analépticos, preciso es que la

riqueza emocional esté debajo, que haya en este á modo de subsuelo un generoso tacimiento de ideas. Odio esa prosa musical y hueca cuyos vocablos son como cascabeles.
Decía Carlos Reyles, en su breve prólogo de *El extraño* que «la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que *afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones*, y TAN PROFUNDO que dilate *nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara*.»
El vigoroso autor de *La raza de Cain* asestaba un rudo golpe á esa seudo novela de aquitectura liviana y quebradiza, por la que hoy abogan cuatro malabaristas del idioma.
¡Hacer sentir y pensar!... Ahí es nada para los abaniqueros, para los jóvenes del siglo XVIII, que tienen la *posse* de admirar á Bach y llaman maestros, con el mismo temblor de voz, á un Bellini y á un Wagner. Aún así, en Bellini puede haber emoción ya que la sinceridad se desborda; pero mezquina oposición es la suya ante la transcendencia filosófica y emocional de la tetralogía de los Nibelungos.
Por otra parte, la novela, ese lecho ancho, donde la Vida cabe perfectamente, en todas las posturas que la Voluptuosidad y el Dolor le impongan, no necesita defensa alguna ya que los ataques que se la infieren pecan de inofensivos y carecen de autoridad.
Es la más alta, la más noble expresión de Arte. Palacio con celdas para el ascentismo, con azoteas para la ensoñación, con discretos camarines para el sensualismo. Boquete abierto en la vida, igual avidez sufre por recoger luz yerta de luna que insolencia de sol. Corchete entre el mundo psíquico y el físico, la misma hospitalidad ofrece al villano que al soñador. Es salón de ateneo y jardín de zambra. Noria humana, eternamente voltijeando sus cangilones, que todos babean belleza clara como agua de pozo, y unos vierten pesimismos y otros vierten exaltación.
¿Cómo, pues, ha nacido en nuestra moderna mentalidad ese desdén, hipócrita ó expreso, hacia este género de literatura? El cansancio, tal vez, de los «viejos» moldes. El hambre de nuevas modalidades... Tenemos ya la novela hibrida: fórmula armonizadora entre la novela y el teatro. Tenemos mil recetas: mil recetas y mil rótulos para una sola substancia.

¿Es que los artistas jóvenes se aupan en su fiero afán de renovación, de cataclimo? Abundan más los poetas que los prosadores; en la nueva generación escasean los cuentistas y menguado, pero con sello de escogido, es el número de noveladores. Hay quien abomina de la literatura sensual, buscando en no sé qué exaltaciones ultra carnales una quintaesencia de emoción. La inquietud, el ansia de refinamiento, de perfección, han determinado en las jóvenes letras españolas, cierto misticismo que, en definitiva, no anuncia obra fundamental ni vigorosa.

Siendo la vida tan multiforme, tan paradójica, tan bien tramada con retazos de tragedia y retazos de farsa, nos detenemos en esa belleza trivial que consiste en rimar alma con calma ó en retorcer un metro ó en fabricar un neologismo.

En lugar de medir la vida, medimos las palabras. Y, rechazando los estimulantes, atacados de un mal - todo lo voluptuoso que se quiera - mal de melancolía, creemos que lo sano, lo vibrante, lo jocundo de todas nuestras horas sólo merecen el remedio de unas estrofas dolientes. ¡Bienaventurada mocedad esta, que teniendo brios de flor recien abierta, nace inclinada y mustia ya sobre su tallo!

Sófocles y Eschylo ¿estorbariais hoy en nuestro planeta? El alma ¿no es ya tortuosa, turbia é intermitentemente sensible? ¿No hay, como en la eterna inquietud sideral, choques de ideas y sentimientos en el mundo de los subjetivo? ¿Es que al final de todos los caminos se alza la muralla de los mismos cipreses?

¿De qué parte del globo extraeria ahora Shakespeare sus enormes sintesis? Abundando aún los Quijotes y los Sanchos, conmoviendo los mismos temblores la tierra y las almas, siendo esta cárcel del ayer y del mañana venero de sensaciones, no se explica este *nirvana*, este desaliento y este desdén que tan fuertemente caracteriza á buena parte de mi generación.

Para las heridas que abren nuestras carnes, ningún cauterio mejor que el bienaventurado lirismo. Desde mucho antes que Victor Hugo lo repitiese, sabemos que la vida es una canción cuyo estribillo es la muerte.

Todo está desflorado. Sobre las vidas cae, como una pesada túnica, la eterna negación.

Antes se buscaba la paz allá en lo hondo de un cañón de revólver; ahora parece como que se encuentra en un modesto dodecasílabo. Werther no recurriría al suicidio insensato: compondría cuatro estrofas, y en paz. Porque la vida permanece, en todos momentos - con armas libertadoras y con rimas favorables, - perfectamente, insultadoramente tranquila y ni el estampido de un disparo, ni la nueva edición de un libro de versos, rectifican el florecimiento de una acacia ni modelan una nueva curva en el gentilísimo cuerpo de la mujer.

De esto hay que felicitarse. Quizá toda la emoción del Arte proviene de la impasibilidad de la Naturaleza. Bendito el desamor y bendita la ingratitud y bendito el tedio y bendito todo lo negativo, ya que deriva, por su propia fatalidad, en ancho reguero de lamentaciones y desconsolanzas. La piedra inmóvil y la novia que se nos va, merecen un suspirillo poético. Como lo merecen también los amaneceres que van contando nuestra vida, y las francas risas, y las estrellas que parpadean en lo hondo del cielo, y ese pajarillo de nuestro corazón, que se va quedando sin plumas. Todo es lamentable porque todo pasa y nosotros con ellos, según nos dijo el asceta. Y cien veces sea loada esta vida nuestra, que es tránsito...

A la vida no puede encerrársela bajo un rótulo. El amor y la tristeza y el odio y el ensueño y el placer, son plazoletas de las que salen y en donde acaban cien caminos y cien atajos.

¿A qué caminar, pues, por uno solo? Siendo la vida marcha, peregrinación, éxodo, no veo razones naturales para convertirla en pista ó en lago, llorando siempre las mismas inquietudes ó amando eternamente idénticas perspectivas.

No las veo, al amparo de un arte que tiene la fortuna de interesarme demasiado, á esa hora augusta en que reconozco que hay dentro de mi algo más que una leve vibración romántica y un suspiro gozoso bajo la penumbra del crepúsculo.

Porque amo las *marzukas* de los merenderos y las sonatas de Beethoven; porque voy algunos domingos, de mañana, al Museo Arqueológico á ver las momias egipcias, y por la tarde á sentir el calofrío de la fiesta de sol y de sangra en un tendido de la plaza de toros; porque vivo entre Cervantes y la Pastora Imperio; porque leo á Nieztsche y voy á ver *La alegre trompeteria*; porque me agradan los bocadillos de jamón y los ojos de las modistas y los buenos versos y los ramos de violetas; porque

siseo en el paraíso del Real y soporto dulces romanticismos vulgares de mi novia; porque me emociono en el campo y me fastidio en mi casa, y, porque, en fin, tengo sana y ágil la carne y debajo de ella un algo misterioso que me tortura y me consuela alternativamente, en un pacifico y sabio turno, regido por no me importa qué autoridad.
¿Eclectisismo? Sea. Me enoja la linea recta, el criterio sistemático, esa tutoría social que obliga á decir con el mismo aire - «Acompaño á usted en el sentimiento» - á un señor desgraciado cuya desgracia no interesa, que el - «Es usted muy amable» - á una señorita cursi, cuya cursilería ni siquiera indigna.
Por eso llegué á temer si en estos tiempos de frio y desolación otoñales, había comenzado, á compás de la poda de árboles, la mutilación en el arte de novelar. Bajo este bendito temporal de rimas, no veíamos á ningún novelista por la calle.
Hasta que ayer *El cuento semanal* me hizo conocer á unos y confirmar á otros, y la casa Pueyo me presentó á D. Rafael López de Haro, de quien ya va siendo hora que me ocupe.

II

Su primera novela *En un lugar de la Mancha,* es un sombrío drama rural, de rembranescas tonalidades, tal vez sorprendido por el autor en uno de esos rincones de la meseta castellana donde el sol rebota con la grave vertical del anatema.
López de Haro, desde esta primera hora, suscita el recuerdo de Octavio Mirbeau. Tiene el grande fustigador francés el verbo rotundo, la crispación potente, el desatado realismo que hace de sus prosas pingajos de vida, habladores documentos humanos.
No ha llegado aún, claro es, á la «manera» definitiva que tan solo puso en letras francesas al autor de *Journal d'une femme de chambre.* Pero marcha por la misma senda, y, más o menos lejos, tal vez le aguarde una generosa Samaritana con la ofrenda de su cántaro lleno de agua fresca y clara del renombre.
La pluma del Sr. López de Haro es un látigo. Con la mirada tenaz va el intenso calor del flagelamiento.

En un lugar de la Mancha, es obra de extraño vigor, acribillada de defectos puramente secundarios é inevitables en toda creación primeriza.
Pero apunta en ella una inquisitiva fiscalización de almas, sobre las que, como en varias obras de Ibsen, prevalece el influjo psíquico ó patológico, socialmente transcendental, que irradia la ley de herencia.
Acaso lo más lamentable, en primer termino, es cierta parcialidad, la misma que Zola no supo reprimir á hora postrimera en sus *Evangelios* y en nuestro país Pérez Galdós, atacado, con exceso, de «clerofobia».
El Sr. López de Haro, en cuya constitución ética, asoma el sociólogo, no puede evitar el prurito de ir interpolando, entre los paisajes y episodios de su novela, largas parrafadas en que, transparentándose su criterio personal, trata de acoplarle á las situaciones de sus personajes. Diseca, describe y, á veces, *sermonea*.
A lo largo de la novela á que aludo, adviértese con insistencia un poco fatigosa esta última manía. Fáltale aún - y más adelante veremos cómo fue limando este, en cierto modo, defecto - «esa impasibilidad» del novelador que, luego de hacer óptimo acopio en su microcosmos interior, le devuelve serenamente, objetivamente, á la manera del espejo - cuyo símil expuso Sthendal - que, recogiendo minucioso luces y penumbras, tiene la impertubabilidad de reintegrarlo en visión lúcidamente concreta.
Frente á la vida, ó desde un ángulo de ella, el novelista es un ser en apariencia pasivo. No debe enriquecer con su propia substancia la substancia de sus personajes como «despendidos» de él, atados á su temperamento por el cordón umbilical de la trama ó fábula preconcebida.
Sentir sus fiebres, sus odios, sus pesimismos; tener todos los héroes de novela, ese «aire paternal» que les impone el autor, es, á mi juicio, origen de parcialidad, y por ende, demérito en la fiel reproducción de la vida.
El novelista se detiene tras su «modo» como tras una reja. Los dolores, los regocijos que describe no son ni deben parecer los suyos. Piensan las personas por su cuenta, gozan su propio libre albedrio; son almas que gimen ó cantan bajo la batuta de la fábula.

De este modo, se cumple el milagro de que el lector supla al autor, puesto que, en nombre suyo, colaborando con él, va subrayando, deduciendo y glosando la idea capital en la obra esbozada ó concretada. La armonía prevalece: sobre la novela, se forma ese puente que el autor ha tendido para que, pasando la emoción ética ó sensorial, vaya en busca de los nervios del lector, apercibidos al otro extremo.
En definitiva, queda vibrando, precisa y firme, la personalidad del creador. Hemos visto la vida, al través de su temperamento; la hemos bebido en la copa complicada ó sencilla de su léxico; le debemos una torvedad ó una dulzura, pero siempre por conducto suyo, por imposición categórica de su arte.
El mundo es el mismo: bola que gira bajo un sol, lanzando mil reflejos de diversa tonalidad. Eça de Queiroz no *ve* como Gabriel D'Annunzio. Daudet descubre más la tierna poesía de las vidas humildes que Zola. Y, en nuestros escritores, Baroja no hace paisaje como Valle Inclán, y Blasco Ibáñez, siendo colorista y externo, vuelve de espaldas su arte frente al de Trigo, abismado en las cavernas pavorosas del auto-análisis.
El Sr. López de Haro espiga en la vida de un pueblo castellano. No le pidáis muchas amapolas; su amor es más del cardo, más del aire caliente de las siestas, que de la «morandença» suave de los crepúsculos.
Está en su perfecto derecho, ya que mira hacia donde su temperamento lo ordena.
Jorge Dóriga, Lorenzo Antúnez, Carmen Pacheco, su prima Enriqueta, el tío Antonio, son seres de carne y hueso, recipientes de maldad que merecen tan sólo una mirada «compasiva» de cirujano. En definitiva, son todos ellos productos de la selección que el Sr. López de Haro hizo ante la proteíca opulencia humana, gentes ruines, comidas por los siete pecados capitales.
Ellas, casquivanas, coquetas, perversas: ellos calculistas, groseros, codiciosos. Toda la gangrena social puesta al descubierto por el estilo del Sr. López de Haro, incisivo y saludable como un bisturí.
En un lugar de la Mancha - que bien puede ser otro lugar de más opuestas latitudes -- hay adulterios, asesinatos morales, almas que sueñan con números, cretinos y desalmados. Apunta

un dulce misterio de *invertidas*; surge la asqueante intensidad de un parto prolijamente narrado...

La impresión total es de un pesimismo demasiado intenso. Ni una veta de poesía apenas. Carmen, la *Mater dolorosa*, es quizá la que, como la salamandra, no se quema las alas en aquel fuego villano y nocivo. Es tan frívola y vanidosa como su prima; pero, colocada en ese trance en que la maternidad ciñe á algunas mujeres aquella aureola de que carecían, se capta cierta misericordia, que no merece incondicionalmente ya que la generaron las circunstancias.

El final de esta novela, en pleno campo, tiene una nota vibrante, irónicamente optimista.

Ante Lorenzo que va á pegarse un tiro, pasa el entierro de Carmen. Lorenzo, como Jorge Dóriga, duélese también de su viudez, más afrentosa y punzante, porque na ción de un adulterio. Y cuando apoya el cañón del revólver en la sien, con aquella ansia del suicida, un poco miedoso y otro poco filosófico, recuerda la dulce verdad que la Naturaleza ofrece renovándose. El corazón, como el almendro «tiene nuevas yemas», nuevos brotes de amor.

Y un grito que le arranca la vida, la Gran Testaruda, queda temblando en la novela. «¡A vivir!»

El Sr. López de Haro debutó con una obra débil, un tanto vulgar, aunque acusaba un vigoroso temperamento de novelista. Esto era bastante como tentativa. Sin embargo, quedaba la expectación, la ansiedad que todo balbuceo despierta. Era media luz de amanecido; pero en la penumbra se presentía la potencia de una hora máxima, hora cegadora de resistero.

La prosa, limpia y sencilla, permitía sospechar una abundante corriente de vocablos y giros. No era aún todo lo plástica, todo lo musical que una obra requiere, y más en nuestros días en que el faán de transmitir la sensación atormenta á todo escritor como nunca. Generoso afán, ya que es exacto que «las emociones- según frase de Taine- son verdaderas sugestiones».

Aditamento es aquel que, con encerrar innegable importancia, merece, en el arte de novelar, puesto un poco más secundario. Elemento supremo de belleza y vehículo de emoción es la sencillez. Con claras palabras gozamos inefables sensaciones. Olor á epopeya tienen los serenos, dulces versículos de los Evangelios. Gregorio Martínez Sierra, el admirado autor de

Teatro de ensueño, ha confesado que ambicionaba «escribir en línea recta y única, con tal ansia que casi me hacen llorar de envidia por sencillos, los tallos de los juncos y las espigas» (1).
Y Enrique Heine, el delicado padre de media lírica actual, aun en los últimos años de su vida, iba arrastrándose hacia el *Lovre* para mirar la regla sencillez de la Venus de Milo...
Mejoramiento visible se nota en la segunda novela del Sr. López de Haro, titulada *Dominadoras*, en cuanto atañe á la tan manida cuestión de la forma.
Ya pasó el culteranismo, en letras de España, al menos. Aún algún flamante poeta americano divide sus amores entre don Luis de Góngora y este otro moderno francés, melancólico y grande, que fué llamado *le pauvre Lelián*. Pero de todos modos el arte del lapidario de *Fetes galantes*, toma un rumbo opuesto al del que vengo ocupándome.
Dominadoras es una obra muy superior á *En un lugar de la mancha*. El Sr. López de Haro conoce bastante la clase media, esa cantera inagotable de la que Galdós ha extraído preciosos bloques.
También concede reconcentrada atención al estudio del ambiente, y la fortuna lo acompaña con bastante fidelidad. *En un lugar de la Mancha* tiene, ante todo, cierta sobria pintura del medio en que los cataclismos de sus personajes van desdoblándose. Allí, hasta la teoría del influjo étnico es irrefutable. Sobre la ingrata llanura, frente á la desolación del paisaje, las almas no pueden ser jugosas. Adustez en todo: lejanías foscas y almas áridas.
Dominadoras es un estudio de psicología social. Plantéase en esta novela un tema de gran importancia en nuestro país, donde la mujer recibe una educación deficiente y rutinaria, engendradora, por lógica derivación, de graves trastornos domésticos.
Divide el Sr. López de Haro ese enigma, flor irresistible cuyo cáliz ofreció hartazgos á todas las literaturas, en cuatro fases ó capitulos: *La mujer de piedra; La mujer de carne; La mujer de nervios, y La mujer de oro.*
Semejante clasificación nos permite conocer á una desalmada, á una ninfómana, á una histérica y á una egoísta. Todas son incubadoras de perdición. Extendiendo, consolidando su

dominio, avetan desgracia, destilan veneno, son seres malditos, siempre codiciados, en cuyas entrañas la destrucción tiene esa música épica que guardan las volutas marinas.
El Sr. Bonilla Sanmartín dice en el prólogo de *Dominadoras*: «... Constituye, además una intensa lección de moralidad viviente. Parodiando á Balzac, con cuya manera tiene muchos puntos de contacto la de López de Haro, el libro podría llevar el siguiente subtítulo: *Grandes miserias de la vida conyugal*. En ninguna parte como en esta obra, que parece un trozo arrancado de la realidad, se observan patentes con mayor relieve, sin huir de crudeza alguna (véase, por ejemplo, la página 128), ni ruborizarse hipócritamente ante ningún vicio, la desastrosa organización de la familia y de matrimonio en nuestros tiempos. Es una lección semejante á la que podría constituir para el vicioso la vista á un hospital de sifilíticos».
Cierto. La descarnada visión de la vida que el Sr. López de Hato nos ofrece, empuja el pesimismo á más impensadas lejanías. Apaga hasta el apetito de vivir.
Tal tesón de novelista injerto en pedagogo provoca cierta contrariedad ineluctable. ¿A qué ensañarse? ¿Es que el sol resulta una antorcha en esta caverna que se llama humanidad? ¿Es que todas las almas no tienen un tragaluz por donde se vierta, si no á raudales, gota á gota, la belleza, la gracia, la poesía?
La verdad es maléfica. Sin necesidad de mixtificarla, rehuyámosla alguna vez. Porque tremenda trayectoria es la que traza una torvedad á lo Schopenhauer cuando acaba en la boca luciente de un *Browing*. Ya que no podamos cauterizar la llaga, ocultemos su hediondez con la misericordia de una túnica.
Suscitadora de acerbas melancolías, tiene en ello *Dominadoras* su pristino valor. Todos conocemos ó hemos conocido á alguna de las cuatro mujeres que el Sr. López de Haro ha «documentado» prolijamente.
Acaso son hermanas, novias nuestras. Se interponen en nuestro camino; mutilan nuestros ideales; amortajan nuestras quimeras. Son vórtices. Son producto del medio: de este medio frívolo, cruel y canalla, en que vivimos, bajo las mismas alucinaciones del buen D. Alonso Quijano. El creía gigantes los molinos; nosotros consideramos compañeras, faros de luz, caricia en hora

de cansancio, á esas mujeres que nos quebrantan la carne, nos enturbian el espíritu, nos trituran las voliciones.
Embaucadoras mujercitas estas que despiertan una epifanía romántica en nuestro corazón al arrullo de un *vals* cursi y luego abaten nuestras horas de actividad y de consciencia. Rémoras en el artista, vampiresas en el hombre, y en todo momento tentación, obstáculo, fuente de desgracia.
Pero ¿son todas así? No. El Sr. López de Haro lo sabe tan bien como nosotros. El novelista puede gozar el derecho de ser arbitrario.
Arbitrariedad - por lo insistente, un poco lastimosa - es la del autor de *Dominadoras*. Sin embargo, la indulgencia puede arroparle, ya que su propósito fué enseñar, no distraer.
Clarín se preguntaba: «¿Qué será que no hay obra buena que no nos deje tristes?».
El Sr. López de Haro, que en *Dominadoras* sabe mirar la vida con microscopio, produce tan excelsa presión en el alma del lector.
Aquí hay un novelista. La forma mejora, el léxico se enriquece; la sintaxis tiene soltura. Mana sin intermitencias - acusadoras de pauperismo y tortura - la prosa, una prosa más ondulante, más blanda, más dócil y servidora de las situaciones.
En el capítulo X, por ejemplo, brota un vigora, una intensidad que caldean sus páginas. Hay paisaje y felices buceos psicológicos que ponen el nombre del Sr. López de Haro en rango delantero.
Y, sobre todo, va dominando el secreto, reservado en primer lugar al novelista, de conmover al tiempo que roba vibraciones á los nervios y acumula derivaciones en el cerebro. Nunca olvidaré el derrumbamiento en que Daudet dobló mis años más mozos despues de la lectura de *Sapho*. Las grandes novelas deben ser así: como los huracanes que dejan, al pasar, un largo cabeceo en las copas de los árboles.
Detalles de crudo realismo abundan en las novelas de que vengo hablando. No me escandalizo por ello, aunque gustaría de que algunos, por innecesarios ó por premeditadamente interpolados, desapareciesen. Porque no debe confundirse el hacinamiento laborioso y en altas miras sustentado, de estos detalles que llenan la existencia, con el estúpido capricho de hacer novela

acumulando inmundicias que, aisladas, nada nos dirían ni justificarían.
He admirado cien veces el soberano estudio critico que Emilio Zola hizo de *Germinia Lacerteux*; pero tan reprobable me parecen los prejuicios cuando de hacer novela *real, humana* se trata como cuando algún afeminado artista se empeña en creer que la belleza reside tan sólo en la luna, en la flor, ó en un parque pulidito á punta de tijera..
Bien se nota que el culto á la verdad sugestiona al Sr. López de Haro. Vocablos audaces, conceptos sobrado valientes, salpican *Dominadoras* con loco chisporroteo. El noble afán de ser sincero, de ser honrado, inflama las ideas y arde su léxico en una combustión admirable y purificadora.
Algún reparo debe ponerse á la segunda obra de este escritor que todo lo sacrifica á la exactitud. Tanto más digno de anotarse, cuanto que, como dije, posee cierta maña en la pintura de la clase media.
Por ejemplo, de grotesco que Don Justo Guitiérrez, empleado en Hacienda, con la categoría de Jefe de Negociado de 2.ª clase y veinte mil reales de sueldo, se duerma un atardecer, esperando el tranvía, en la escalinata de la Cibeles. Ni el tranvía de las Ventas tarda tanto aún que pueda dormirse un señor Jefe de Negociado, ni es admisible que carezca, por muy pobre hombre que sea, de la dignidad necesaria para tumbarse con desaprensión de *golfo* en una plaza y «descabezar un sueñecito.»
Falso también es el empresario de Carlos Lebrija. Su psicología es de una simplicidad verdaderamente grotesca. Sin querer, el Sr. López de Haro hizo una escena de delicioso humorismo, obligando á este señor, en plena noche de estreno, á ir en busca del autor para llevarle al teatro, donde crepitan los aplausos, y de paso soltar un discurso de retórica infantil, defendiendo el arte ante los ataques de la histérica mujer de Carlos.
El Sr. López de Haro, desconoce, afortunadamente, á nuestros empresarios. Ni son tan retóricos ni tan bondadosos como éste de *Dominadoras*.
Igual desconocimiento implica, y esto es más lamentable todavía, la reunión de «intelectuales» en el *bier-hall* de la plaza de Santa Ana. No se les retrata precisamente con describir su indumentaria y sus melenas (tanto van escaseando que hoy ya

las lucen solamente los apreciables pianistas de los cinematógrafos), ni obligarles á que llamen besugo á Cervantes y congrio á Lope de Vega.
Quédense esos retratos estupendos para un D. Pablo Parellada, un D. Sinesio Delgado, ó un D. Luis de Larra, que harto hacen estos terribles satíricos para la edad que tienen.
Se puede abordar este aspecto de la vida ridícula con la ironía de un Daudet en *L'inmortel* o en *Jack* ó con el manso humorismo de un Queiroz en *La ilustre casa de Ramires*. Todo lo demás es burdo, falso, y no conduce más que al propio ridículo del autor.
Y conste que, como la reunión á que aludo (Capítulo II), conocí muchas, todas ellas de una fuerza cómica, digna de un Luis Taboada. ¡Cafés de Levante, de Fornos, de la Luna! ¿Cuándo se sentó ante vuestras mesas un poetilla que se vanagloriase, como este Carlos Lebrija, de haber publicado unos versos en *Blanco y Negro*? Y eso, si no fué en tiempos de Navarro Ledesma...
Lo esencial es que, aparte estas concesiones al mal gusto-medios ilícitos de buscar un aplauso en mentalidades mezquinas - el Sr. López de Haro había hecho, en general, una novela estimable, segundo jalón en su rápida carrera.
La circunstancia de desempeñar una Notaría fuera de Madrid le ha favorecido copiosamente.
Aislado, lejos de estas *cacharrerias* y cafés donde el renombre le distribuyen cuatro mozos amigos míos con cucharón de furriel, el Sr. López de Haro compuso su tercera novela, *El salto de la novia*, que hoy pone á la venta.
De «arquitectura» es más endeble que *Dominadoras*, pero en cuanto á plasticidad, á forma, es evidentemente superior.
Breve, florido camino este de novelista. En dos ó tres años escasos tiene ganado ya medio triunfo. Va rectificándose, mejorándose. Y todo ello, sin gregueria, sin puñetazos en mesas de mármol, sin súplicas furtivas de *bombos*, sin renuncia á la espina dorsal que, como hombre fisiológicamente bien constituido, le corresponde...
De estos hombres aislados, sanos y robustos que supieron abrirse camino, sólo conozco a Eduardo Zamacois y á José Francés. En el silencio de sus despachos y de sus vidas se alzaron esas obras sólidas, ricas en fondo y forma que se titulan, en el primero *Duelo á muerte, El seductor, TikNay*; en el

segundo, *El alma viajera, Guignol, Mientras las horas duermen...*

Las dos bellezas más salientes de *El salto de la novia* son: los paisajes y el estudio psicológico de Alma, la heroína de esta novela. Más nebulosa resulta Herminia, tanto por su papel secundario en la obra, cuanto porque es una vulgar cupletista, uno de esos montones de carne indocumentados que conocemos en las mancebias y miramos sin curiosidad.

El Sr. López de Haro aparece ahora bajo un nuevo aspecto. Tienda á la exaltación. De su primera «manera» es aun Eduardo, el novio de Alma, sobre todo en la primera mitad de esta obra, y bien fácilmente se adivina su parentesco con el Jorge Dóriga de *En un lugar de la Mancha* y con las cuatro síntesis femeninas de Dominadoras.

Alma, por el contrario, es una excepción, un personaje «inclusero» me atrevería á decir. Tipo exótico este de mujer, todo espiritualidad, todo delirio por encima de la carne, á la manera, aunque no por completo, de la Aurea que Felipe Trigo acaba de diseñarnos en *La bruta*.

En *El salto de la novia* asoma también un problema de los innúmeros que integran la vida, un caso singular por virtud del que Eduardo y Alma no pueden consumar la doble conjunción de sus ideales y sus afinidades físicas.

Como en *Dominadoras*, el autor se abroga en esta novela la misión del sociólogo. Y aprovechando la situación en que dejan á Eduardo los fríos cálculos de su padre, traza un vigoroso esquema novelesco, pintando con paleta de veneciano toda la tortuosa ruta que un mozo, «aun virgen á las primeras impresiones del amor» recorre desde la novia romántica á la querida grosera cuyo amor usa tarifa. Al final de penoso camino, Alma, la Presentida, la Unica, espera. Pero la halla tarde, demasiado tarde: cuando, ante el imperativo de una incurable dolencia, dan juntos, para celebrar el maridaje de sus almas, un salto hacia el abismo.

Este capítulo es de épica grandeza y tiene tumulto de terremoto.

Soberbia descripción es la del balneario de Archena, mundo de tullidos y atormentados que produce repulsión idéntica á la que Zola dió en algún capitulo de *Lourdes*. Realmente es la única descripción: toda ella absorbe la novela, se extiende con maleficio de pesadilla.

Junto al acierto de Alma, una mujer un poco incomprensible, de constitución psicológica un tanto nebulosamente sorprendida, ya que el autor se cuidó muy poco de *desnudarla* al principio, debe ponerse el del jorobadito que lustra botas en el balneario: tipo dulce y doliente que pasa sin tumulto, derramando una melancólica estela de «cosa humana».

De poderosa plasticidad es la descripción de Ricote, el señero y plácido pueblecillo murciano y toda su contornada. Como humedecida la prosa, suave y musical es, en esta novela, mucho más notablemente que en las anteriores. Tales paisajes son digno marco de Alma, la bondadosa *maestrita* fiel en el amor, pura en la vida, á pesar de que tantos cienos pasaron sobre ella.

Allí Eduardo se transforma. Halló el ideal y una voz misteriosa le musitó que tal hallazgo supone hiperestesia, aquietamiento, cambio radical de rumbo. Habló claro la noble voz de la conciencia. Y la fatalidad, que pone un eco sombrío en las más depuradas filantropías, empezó á romper el trenzado que unas almas se obstinaban en construir luego de grandes luchas.

No. La unión soñada es imposible. En las almas la malaventura, inexorable, alza su linde de espinos.

«Mancho- escribe Eduardo, contagiado de un mal que envía dolientes caravanas á Archena. -- «Mancho. El reato de mi culpa se pega á quien yo toque y la perpeturía en mis descendientes. Estoy maldito.»

Y frente al abismo que en tierras murcianas conocer con el legendario nombre del *Salto de la novia*, Eduardo y Alma siente la misma infinita desolación que abruma á Gabriel Luna y Sagrario frente al claustro de las Claverías, en *La Catedral*, de Blasco Ibáñez. Ellos no pueden, no deben engendrar una humanidad deforme. Vibra en ellos un santo temor; no quieren hacerse cómplices de la social inconsciencia y dosdoblar, en un nuevo lamento, ese lamento que, desde el estercolero de Job, viene perforando todas las literaturas.

Observaciones donosas, de honda transcendencia abundan en *El salto de la novia* que denotan un espíritu educado en todas las sutiles añagazas de la vida. Así, en la página 52, se lee este justo y lamentable comentario de la vida matrimonial, pródiga en prosaismos homicidas: «Hay algo repulsivo en la habitualidad de una alcoba legal en que se ronca, y hay algo endia;

bladamente seductor en los nidos nefandos á los que se acude sin pensar en el sueño. Mientras las buenas casadas no aprendan bien esta verdad, habrá maridos infieles. ¡Oh, burguesa, lávate, báñate, perfúmate, que tu felicidad se espanta del sudor de tus axilas!»

Aunque abundan frases de dudoso gusto, como «Sí, sí, estaba en Archena, curándose una enfermedad gorrina» (pág. 60) - «¿Cómo fue aquello? ¿Quién «le pringó?» (página 61); «la mala obra se completaba «cochinamente» (página 62); «por huir de la cochina eutrapelia» (pág. 71); «estaba ahora desfondingado, ruín», (página 93); y otras más, exceden las bellas descripciones, que confirman el adelantamiento de que hablé antes.

Por ejemplo: léase toda la descripción del balneario (páginas 64 y siguientes) y todo el capítulo VII.

También se encuentran períodos de una suavidad y perfección como éstos:

«Era como esas estrellas pálidas, hijas de la melancolía del crepúsculo que lagrimean en horizontes perdidos (pág. 157).

«Las dos se anticiparon á la hora fijada, y hubieran querido coger al sol por sus trenzas de oro y trenzas de oro y tirar de él hasta sacarlo por encima de las rocas cumbre» (página 153).

El salto de la novia, es, pues, una obra que confirma las promesas hechas por su autor. Tendiendo, como en las anteriores, á la redención social de la mujer, es, á la vez que de apóstol, obra de soñador y de analista. El Sr. López de Haro que, en apariencia es un cruel, un irritable, no deja de ser, en definitiva, un gran compasivo.

Laboriosamente va realizando ese ideal que á todos nos seduce, de hermanar lo fundamental con lo accesorio; de adornar la opulencia del pensamiento con las ricas gemas de las palabras precisas. ¡Ay; quién será capaz de celebrar, como deseaba Gabriel D'Annunzio en la epístola á su amigo Nichetti, el triunfo *del color, del sonido y de la forma!*

No cabe negar que en alguno de nuestros primeros novelistas contemporáneos, la prosa adolece de un descuido lamentable, bárbaro á las veces. Pero si el fanático culto al estilo roba la devoción al examen paciente de las costumbres y de las almas, preferible es, siempre, que la forma ceda para que el triunfo del

análisis y la pintura de los grandes fondos sociales no se quebrante.
Loada mil veces la arbitrariedad en sintaxis si es cauce, recipiente, senda de emoción.
En su holocausto se dislocan procedimientos, se derriban fórmulas, se crean otras nuevas. El iconoclastismo, no exacerbado, con un dulce aire de sensatez, puede ser nave, atraída en amor por costas lejanas y tentadoras.
Pero ¿quién halló aún, en novela, la fórmula definitiva? Además, estas tentativas, como de carácter adjetivo, deben posponerse. Tengamos dinamismo y ya nos agenciaremos todos, con idéntico afán, elementos en que pueda resplandecer su aplicación.
Por animoso, peregrino y luchador tengo al Sr. López de Haro. En cuanto á su credo, á su irradiación estética...
¿Qué importa que por esta preciosa cualidad suya, sea un pesimista? Hijo de la época es este mal, derivado en endémico por culpa de la herencia que nuestros padres nos legaron: luchas, fracasos é inquietudes.
Nuestro moderno arte sonríe pocas veces con aquella franqueza de los buenos siglos de oro en las novelas de pícaros. Tenemos una corte de poetas elegíacos que nos caen en nuestras horas de lectura con femenil desmayo de bosque de sauces. El más carcajeante, optimista y despreocupado de nuestros mozos, en su vida íntima, Zamacois, ha confesado con la pluma:
«La vida es lucha y el triunfo ó el desastre van con nosotros; el hombro amigo sobre que podamos apoyarnos para no caer, no se ha engendrado aún: Cristo pagó en la cruz la sublime locura de haber creído que todos éramos hermanos»...

III

Salve, hermano.
Bienvenido seas tú, que te sumas al miserable grupo de noveladores jóvenes de España. Loable tu arte y tu tendencia, ahora que dicen febles mozuelos de mi generación que la novela es cosa pesada y vulgarota.

Cordialmente te saludo, porque, aunque no perfecto, eres elegido. Como araña te agenciaste un rincón y á su abrigaño te afanaste en ir tejiendo el triángulo de tus soñaciones.
Eres uno más, uno de los míos y tu retablo es igual al que yo quiero mirar, devoto, en todas las horas y bajo todas las inquietudes. Flagélame y tiéndeme luego la consolación; vierte simiente divina hasta colmar la copa de mi cráneo y tira del arpa de mis nervios para que den música de emoción.
En mi España, en mi lengua, bajo mi sol, al borde de mi camino, viven esos pintores de almas y de cosas que se llaman, con prosaica fonética civil, Vicente Blasco Ibáñez, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Armando Palacio Valdés... Y, en lo alto, porque murieron ya ó laboraron más allá de las montañas de mi tierra sin montañas, Emilio Zola, Julio y Edmundo de Goncouut, Alfonso Daudet, Guy de Maupasant, Gustavo Flaubert, Octavio Mirbeau, Eça de Queiroz, Carlos Dikens, Anatolio France, Gabriel D' Annunzio.
España convalece. Tenemos mal de rima, que es mal simpático, pero nocivo; que es nocivo, pero necesario; que es necesario, pero harto, harto contagioso.
Bien está la consolanza del ritmo y todo su sentimental bagaje de estos tiempos, cuando en los paladines del arte reine un prudente equilibrio; que todos nos amariamos y tengo por seguro que iría ganando el corazón con la fraternidad de tanto combatiente.

Pero hemos instalado las tiendas; hemos abierto fosos y alzado murallones y apercibido catapultas, y un viento de discordia zumba fatídico por encima de la paz de mi lámpara.
¿Clarín de guerra, señal de combate? Venga mi arma, que el brazo harto dispuesto le tuve siempre. Y de prisa, contémonos, agrupémonos; sepamos quiénes están con nosotros y quienes incurrieron en traición. Poco dicen las fogaratas y estruendos amedrentradores que ya iniciaron la épica contienda desde un torreón de la calle del Prado; nuestra Patrona, la Novela, cuida por los que bien la amamos y sabe de sonrisas altivas para los que con cefirillos y pulimentos pueriles pretenden soliviantarla...

Salve, recien llegado. Si unes á la tozudez el estudio, el triunfo te cortará vestiduras de soberano. Al menos la intención te unge y te va abocetando un blasón. ¿En qué edades venideras podrás tener la ventura de lucirle, ya rematado y listo?

La palabra que premie tus esfuerzos, que premie los de cuatro excelsos compañeros míos, están en el aire, con vuelo indeciso de mensajera que no aprendió aún el color del palomar elegido.

Trabaja, trabaja en tu silencio y en tu rincón. Yo no tiño tu nombre, recien llegado, con otro color que el púrpura de mi elogio sincero. A otras gentes corresponde tal misión; quién sabe en qué épocas. Pero procura elevar tu arte, severo y siempre enverdecido, como cima de ciprés, para que en alguna mañana radiosa la palabra inmortal - esa blanca paloma que ahora duda en el aire, - venga á refugiarse entre sus ramas con un aleteo de gloria cuyo rumor salte de siglo á siglo...

EMILIANO RAMÍRES - ANGEL.